PELIGRO EN EL
ESPACIO PROFUNDO
Serie Cadete Espacial 2
CAREY ROCKWELL
Clásicos de Ciencia Ficción # 4

Créditos

Título: **Clásicos de Ciencia Ficción - núm. 4**

- Peligro en el espacio profundo

(Versión gratuita en español. Prohibida su venta.)
Traducción y Edición: Artifacs, junio 2021.

Ebook publicado en Artifacs Libros

__oOo__

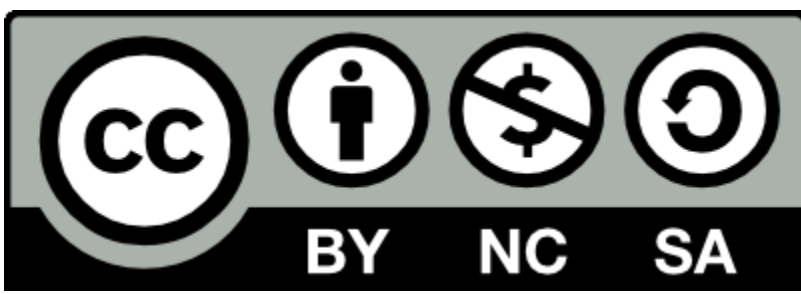
Obra Original de **Carey Rockwell** con Copyright en el Dominio Público.
Danger in Deep Space (Grosset & Dunlap Publishers New York, ©1953. Rockhill Radio)
Texto en inglés publicado en Proyecto Gutenberg el 4 de noviembre de 2006.
Texto en inglés revisado y producido por Greg Weeks, Patricia A Benoy y el Online Distributed Proofreading Team.

Licencia Creative Commons

Clásicos de Ciencia Ficción - núm. 4 se publica bajo Licencia CC-BY-NC-SA 4.0 https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es

Si quieres hacer una obra derivada, por favor, incluye el texto de la sección de Créditos de este eBook.

Licencia CC-BY-NC-SA



Esto es un resumen inteligible para humanos (y no un sustituto) de la licencia, disponible en Castellano. Advertencia:

Usted es libre de:

- **Compartir**: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar**: remezclar, transformar y crear a partir del material.
- El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.
- **Bajo las condiciones siguientes:**
- **Reconocimiento**: Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **No Comercial**: No puede utilizar el material para

una finalidad comercial.

- **Compartir Igual**: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, deberá difundir sus contribuciones bajo la misma licencia que el original.
- **No hay restricciones adicionales**: No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.

Sobre la serie Cadete Espacial

Tom Corbett es el personaje principal de la serie de historias "Cadete Espacial" (*Space Cadet*) que se presentaron en radio, televisión, libros, tiras ilustradas y comics en la década de 1950.

Las historias siguen las aventuras de los cadetes Corbett, Astro y Roger Manning (más tarde llamado TJ Thistle) mientras entrenan para convertirse en miembros de la Guardia Solar. La acción tiene lugar en las aulas de la Academia y en sus dependencias, así como a bordo de la nave de entrenamiento (el crucero espacial Polaris) y en mundos alienígenas, tanto dentro del sistema solar como orbitando otras estrellas cercanas.

Curiosamente, la serie comenzó en 1949 como una radionovela y luego como una serie de televisión y cómic antes de pasar por fin al formato libro. La serie de libros comenzó como un enlace al personaje con tramas que se hacían eco de los guiones de radio, más que de los de la televisión o los cómics.

El asesoramiento técnico para las novelas fue proporcionado por Willy Ley, uno de los principales expertos en cohetes a reacción de la década de 1950, y también escritor de ciencia ficción, conocido tanto como ser una voz clave que instaba el desarrollo de la exploración espacial en los EE. UU. como autor de innumerables artículos de revistas y libros, incluidas contribuciones en otras series.

Grosset & Dunlap publicó su octavo título en 1955/56, marcando el final efectivo de la serie en radio, televisión y los libros.

Novelas traducidas al castellano

Novelas traducidas entre junio y agosto de 2021.

- Clásicos de Ciencia Ficción #3 ¡En espera hacia Marte! (Stand By For Mars!, 1952)
- Clásicos de Ciencia Ficción #4 Peligro en el espacio profundo

(Danger in Deep Space, 1953)
- Clásicos de Ciencia Ficción #5 Tras el rastro de los piratas espaciales (On the Trail of the Space Pirates, 1953)
- Clásicos de Ciencia Ficción #6 Los pioneros espaciales (The Space Pioneers, 1953)
- Clásicos de Ciencia Ficción #7 La revuelta en Venus (The Revolt on Venus, 1954)
- Clásicos de Ciencia Ficción #8 Traición en el espacio exterior (Treachery in Outer Space, 1954)
- Clásicos de Ciencia Ficción #9 Sabotaje en el espacio (Sabotage in Space, 1955)
- Clásicos de Ciencia Ficción #10 El Reactor Robot (The Robot Rocket, 1956)

Sobre el autor

Carey Rockwell es el seudónimo bajo el cual la editorial *Grosset & Dunlap Publishers New York* publicó las novelas de la serie del Cadete Espacial, con Willy Ley como asesor técnico.

Se desconoce el verdadero nombre del escritor original de estas novelas y, de hecho, se cree que los textos no fueron escritos por una única persona. Es problable que las historias fueran inventadas por un grupo de escritores contratados por palabras o que ya colaboraban con la editorial en otros proyectos, esporádicos o no.

Ahora bien, también es muy posible que las novelas de Tom Corbett fueran todas escritas por el propio Joseph Lawrence Greene (1914-1990), autor estadounidense de novelas y cuentos de ciencia ficción entre cuyas creaciones más familiares se encuentra *Tom Corbett, Space Cadet*. Siendo un escritor prolífico, también contribuyó con numerosas historias a los cómics y fue editor para la editorial *Grosset & Dunlap* mientras escribía bajo varios seudónimos que incluían, supuestamente, el seudónimo de la casa "Alvin Schwartz" y también "Richard Mark", y usando diversas variaciones de su propio nombre ("Joseph Lawrence", "Joe Green", "Joseph Verdy", "Larry Verdi", "Lawrence Vert"), que ejemplifica tales juegos de palabras en idiomas extranjeros para "Green" como "Verdy", "Verdi" y "Vert".

La autoría de la serie no está muy bien documentada, pero las sugerencias incluyen al propio Greene, editor de la serie, también como escritor. Otra posibilidad nombra al autor de *The Cincinnati Kid*, Richard Jessup, como candidato a la autoría de las novelas de Corbett.

Peligro en el espacio profundo

por

Corey Rockwell

Capítulo 1

"¡En espera para reducir el empuje de los impulsores principales del reactor!" El alto oficial de anchos hombros con el uniforme de la Guardia Solar espetó la orden mientras miraba la pantalla del telescáner y observaba el hemisferio occidental de la Tierra asomando cada vez más grande.

"Sí, Capitán Strong," respondió un apuesto cadete espacial de cabello rizado. Se volvió hacia el intercomunicador de la nave y habló rápidamente por el micrófono.

"Cubierta de control a cubierta de energía. ¡Adelante!"

"Cubierta de energía, recibido.," bramó una gutural voz de toro por el altavoz.

"¡En espera para los reactores, Astro! Vamos a descender para aterrizar."

"¡En espera!"

El oficial de la Guardia Solar se apartó del telescáner y examinó rápidamente los indicadores iluminados del panel de control. "¿Está despejada nuestra órbita hacia la Academia Espacial?" le preguntó al cadete. "¿Nos han asignado una rampa de aterrizaje?"

"Verificaré la parte superior, señor," respondió el cadete volviéndose hacia el intercomunicador. "Cubierta de control a cubierta de radar. ¡Adelante!"

"Puente de radar, recibido," dijo una voz perezosa por el altavoz.

"¿Tenemos camino despejado para aterrizar, Roger?"

"Todo despejado como el cristal por delante, Tom," fue la tranquila respuesta. "En espera en órbita y tocamos tierra en la rampa siete. Y después," comenzó a acelerarse la voz con entusiasmo; "¡Tres semanas de libertad a la vista!"

La voz retumbante del cadete de la cubierta de energía se oyó de repente por el intercomunicador. "Déjate de ese gas espacial, Manning. Tú vigila que este cascarón espacial llegue al suelo en una sola pieza. ¡Entonces podrás soñar con tu permiso!"

"Cierra ese chorro, gigante simio venusiano," fue la respuesta, "¡O te daré la vuelta como un calcetín!"

"¿Sí? ¿Tú y qué flota de naves espaciales?"

"¡Solo yo, tío, con mis propias manos!"

El oficial de la Guardia Solar en la cubierta de control sonrió al joven cadete que estaba a su lado mientras la afable discusión crujía por el altavoz del intercomunicador en el techo. "Parece que esos dos no dejan de discutir nunca, Corbett," comentó secamente.

"Supongo que nunca aprenderán, señor," suspiró el cadete.

"Tranquilo. Cuando dejen de batallar será cuando empiece a preocuparme," respondió el oficial. Se volvió hacia los controles. "¡Treinta y tres metros de la superficie de la Tierra! ¡Inicen procedimiento de aterrizaje!"

Mientras el cadete Tom Corbett daba órdenes por el intercomunicador y sus compañeros de unidad respondían con una continua acción coordinada, el gigante crucero espacial Polaris se arqueó lentamente por la atmósfera de la Tierra, apuntando primero hacia arriba para perder velocidad y luego colocándose de cola hacia su destino: el espaciopuerto en Academia Espacial, EE. UU.

Muy abajo, en los terrenos de la Academia, los cadetes de uniformes del verde de las Lombrices de Tierra de primer año y el azul de los de la clase superior detuvieron toda actividad al oír el estallido de los impulsores de frenado en lo alto del cielo. Miraron con envidia al cielo, observando la suave nave espacial con casco de acero caer hacia el área de la rampa de hormigón del espaciopuerto, a cinco kilómetros de distancia.

En su oficina en lo alto de la reluciente Torre de Galileo, el

comandante Walters, al mando de la Academia Espacial, se detuvo un momento en sus deberes y se giró en su escritorio para ver el aterrizaje de la gran nave espacial. Y en el cuadrángulo cubierto de hierba, el Oficial de Seguridad Mike McKenny, bajo y rechoncho, con su uniforme escarlata alistado a la Guardia Solar, detuvo su frustrante tarea de entrenar a los cadetes recién llegados para ver la poderosa nave llegar a la Tierra.

Jóvenes y mayores, la sensación de pertenecer a la gran flota que patrullaba las rutas espaciales a lo largo de los millones de kilómetros del sistema solar era algo que nunca moría en un verdadero astronauta. Los cadetes de verde soñaban con el futuro en el que sentirían los reactores en la espalda. Y los hombres mayores sonreían levemente cuando les venían a la mente los recuerdos de su primer vuelo espacial.

A bordo de la Polaris, la joven tripulación cadete trabajaba rápida y eficientemente para llevar la nave hacia un aterrizaje seguro. Estaba Tom Corbett, un joven normal en esta era de la ciencia, seleccionado a la cubierta de control y cadete al mando de la unidad Polaris después de rigurosos exámenes y pruebas. En la parte superior, en el puente del radar, estaba Roger Manning, arrogante y descarado, pero un especialista en radar y comunicaciones. Abajo, en la cubierta de energía, estaba Astro, un colono de Venus acusado de afilarse los dientes con un motor atómico, así de grande era su habilidad con los poderosos "cubos de impulsión," como llamaba amorosamente él a los cohetes atómicos.

Ahora, al regresar de un vuelo de entrenamiento de rutina que los había llevado a las lunas de Júpiter, los tres cadetes, Corbett, Manning y Astro, y su patrón de unidad, el capitán Steve Strong, completaban la delicada tarea de posar la gran nave en el espaciopuerto de la Academia.

"Acercándonos rápido, señor," anunció Tom, su atención estaba centrada en los medidores y diales frente a él. "Ciento sesenta y cinco metros para tomar tierra."

"¡Impulso de frenado al máximo!" espetó enérgicamente Strong.

En el interior de la Polaris, los impulsores de frenado rugieron con

incesante potencia, y la poderosa nave espacial se acomodó hacia la superficie de hormigón del espaciopuerto de la Academia.

"¡Tierra!" gritó Tom. Cerró Rlrápidamente la palanca de control maestro, cortando toda la energía, y un repentino silencio llenó la nave. Se puso de pie y miró a Strong para saludar con elegancia.

"El crucero espacial Polaris completa la misión," miró el cronómetro astral del tablero; "a las quince treinta y tres, señor.

"Muy bien, Corbett,"respondió Strong devolviéndole el saludo. "Verifica de inmediato la Polaris desde el mástil del radar hasta los puertos de extracción."

"Sí, señor," fue la respuesta automática de Tom, y luego se contuvo. "Pero yo pensaba..."

Strong lo interrumpió con un gesto de la mano. "Lo sé, Corbett, pensabas que la Polaris sería atracada para una revisión general y que vosotros tres tendríais un permiso."

"Sí, señor," respondió Tom.

"No estoy seguro de que no obtengáis ese permiso," dijo Strong, "pero recibí un mensaje anoche del Comandante Walters. ¡Creo que la unidad Polaris podría tener otra misión a la vista!"

"Por los anillos de Saturno," dijo Roger desde la escotilla abierta del puente del radar; "¿Quién iba a pensar que el viejo tendría otra misión para nosotros? ¡No hemos tenido un permiso desde que éramos Lombrices de Tierra!

"Lo siento, Manning," dijo Strong, "pero ya sabes que si dependiera de mí, ciertamente os darían un permiso. Si alguien lo merece, sois vosotros tres."

Para entonces, Astro se había unido al grupo en la cubierta de control.

"Pero, señor," aventuró Tom, "todos hemos hecho planes, quiero decir... bueno, mis padres me están esperando."

"Nos estás esperando, querrás decir," interrumpió Roger. "Astro y yo somos tus invitados, ¿recuerdas?"

"Claro que lo recuerdo," dijo Tom sonriendo. Se volvió hacia el Capitán Strong. "Le agradeceríamos que pudiera hacer algo por nosotros, señor. Quiero decir, bueno, que asignen a otra unidad."

Strong dio un paso adelante y puso sus brazos alrededor de los hombros de Tom y Roger, y encaró a Astro. "Me temo que vosotros tres habéis cometido un gran error al convertiros en la mejor unidad de la Academia. Ahora cada vez que haya una tarea importante, ¡el nombre de la unidad Polaris destaca como un buen reactor!"

"Menudo consuelo," dijo Roger con severidad.

Strong sonrió. "De acuerdo, revisad este cascarón y luego presentaos en mis dependencias por la mañana. Tendréis esta noche libre al menos. ¡Unidad a discreción!"

Los tres cadetes se enderezaron de golpe, se pusieron rígidos y saludaron mientras su oficial superior se dirigía hacia la escotilla. Con el pie en la escalera, este se giró para mirarlos.

"Esta ha sido una buena misión. Quiero felicitaros por la forma en que os habéis comportado estos últimos meses. ¡Vosotros, muchachos, sois verdaderos astronautas!" Saludó y desapareció por la escalera que conducía a la escotilla de salida.

"¡Y eso," dijo Roger, volviéndose hacia sus compañeros de unidad, "se conoce como el regio cebo para atraerte a un sucio asunto!"

"Ahhh, deja de gasear, Manning," gruñó Astro. "Tú asegúrate de que tu puente de radar esté bien. Si tenemos que salir de aquí a toda prisa, quiero llegar adonde se supone que debemos ir."

"Y tú preocúpate de la cubierta de energía, chico astronauta, y deja que el pequeño Roger se encargue de su propio departamento," respondió Roger.

Astro lo miró especulativamente. "¿Sabes cuál fue la única razón por la que permitieron que este loconauta entrara en la Academia,

Tom?" preguntó Astro.

"No, ¿por que?" preguntó Tom, siguiéndole el juego.

"¡Porque sabían que cada vez que la Polaris se quedara sin combustible reactante podríamos meter a Manning en los tubos del cohete y hacer que él sople un poco de su marca registrada de gas espacial!"

"¡Escucha, retroceso venusiano! Una palabra tuya más y..."

"¡De acuerdo, los dos!" interrumpió Tom afablemente. "¡Ya es suficiente! Vamos. Tenemos el tiempo justo para correr al comedor y comer algo bueno antes de revisar la nave."

"Eso es para mí," dijo Astro. "Llevo comiendo esos concentrados tanto tiempo que mi estómago cree que me he convertido en un tubo de ensayo."

Astro se refería a la comida llevada en las misiones espaciales. Estaba deshidratada y empaquetada en recipientes de plástico para ahorrar peso y espacio. Los concentrados nunca eran una comida satisfactoria, a pesar de que proporcionaban todo lo necesario para una dieta saludable.

Unos momentos después, los tres miembros de la Polaris estaban en la acera principal, un interminable cinturón de plástico impulsado por gigantes rodillos subterráneos que transportaba desde el espaciopuerto hasta el edificio principal de administración de la academia, la gran y reluciente Torre de Galileo.

La Academia Espacial, la universidad de los planetas, estaba ubicada entre las bajas colinas de la parte occidental del continente norteamericano. Aquí, en el nido de astronautas novatos, los chicos de la Tierra y las colonias de Venus y Marte aprendían la compleja ciencia que les permitiría alcanzar alturas ilimitadas; volar a través del infinito vacío del espacio y visitar nuevos mundos de planetas distantes a millones de kilómetros de la Tierra.

Este era el año 2353: ¡la era del espacio! Una época en la que los chicos solo soñaban con convertirse en Cadetes Espaciales en la

Academia Espacial, aprender su oficio y luego ingresar en la poderosa Guardia Solar, o unirse al servicio espacial comercial en rápida expansión que enviaba diariamente grandes flotas de cohetes a todos los rincones del sistema solar.

Mientras la acera transportaba a los tres cadetes entre los edificios que rodeaban el patio cubierto de hierba de la Academia, Tom miraba hacia la Torre de Galileo que dominaba toda el área.

"¿Sabéis?," comenzó vacilante, "cada vez que me acerco a este lugar se me hace un nudo en la garganta."

"Sí," suspiró Astro, "a mí también."

Roger no hizo ningún comentario. Sus ojos seguían la trayectoria del reflector del telescopio gigante que se movía en un lento arco, poniéndose en posición para las observaciones de la noche siguiente. Tom siguió su mirada hacia el enorme edificio abovedado, que albergaba el reflector gigante de veinticinco metros.

"¿Crees que alguna vez podremos ir con una nave espacial tan lejos en el espacio profundo como el que podemos ver con el gran reflector?" preguntó Tom.

"No lo sé," respondió Roger. "Ese chisme puede penetrar otros sistemas estelares en nuestra galaxia. ¡Y eso está muy lejos!"

"La más cercana a nosotros es Alpha Centauri en nuestra propia galaxia, y eso está a cuatro billones de kilómetros de distancia," comentó Astro.

"Eso no es tan lejos," argumentó Tom. "Hace sólo unos meses, la Alianza Solar envió una exploración científica para echar un vistazo a ese bebé."

"Debe de haber sido algún salto," comentó Roger.

"¡Ey!" gritó Tom de repente. "¡Ahí está Alfie Higgins!" Señaló en la dirección de otra acera que se movía en ángulo recto con la suya. El cadete que destacaba en la acera era tan delgado y pequeño que parecía demacrado. Llevaba gafas y en ese momento estaba absorto

en un papel que sostenía en la mano.

"¡Bueno, quién iba a imaginarlo!" gritó Astro. "¡El Cerebro!"

Roger golpeó a Astro en la sección media. "Si fueras tan inteligente como él, gran mono grasiento, estarías bien."

"¡Nah!" respondió Astro. "Si fuera tan inteligente como Alfie, estaría asustado. Y además, ¿para qué necesito ser inteligente? Te tengo a ti, ¿no?"

Cuando se acercaron a la otra acera deslizante, los tres miembros de la unidad Polaris se acercaron con un ligero salto y se abrieron paso entre otros viajeros hacia el cadete de ligera complexión.

"¡Alfie!" gritó Tom antes de darle al cadete una palmada en la espalda. Alfie se volvió, se le habían torcido las gafas por el golpe de Tom, y miró a los tres miembros de Polaris con calma.

"Me complace enormemente volver a ver vuestros rostros, Cadetes Corbett, Manning y Astro," dijo solemnemente, asintiendo hacia cada uno.

Astro arrugó el rostro en una mueca. "¿Qué ha dicho, Roger?"

"Que se alegra de verte," tradujo Roger.

"Bueno, en ese caso," sonrió Astro, "¡Yo también me alegro de verte, Alfie!"

"¿Cuál es la última droga espacial por la Academia, Alfie?" preguntó Tom. "¿Qué es esto?" señaló el papel en la mano de Alfie.

"¡Por pura coincidencia, resulta que tengo una copia de vuestra nueva misión!" respondió Alfie.

Tom, Roger y Astro se miraron con sorpresa.

"Bueno, vamos, astronauta," instó Roger. "Dinos la información interna. ¿Adónde vamos?"

Alfie se guardó el papel en el bolsillo interior y miró a Roger. Se

aclaró la garganta y habló en tono mesurado. "Manning, tengo un gran respeto por tu personalidad, tus capacidades y tu conocimiento, todo lo cual te convierte en un cadete sobresaliente. Pero incluso tú sabes que ocupo un puesto de confianza como cadete mensajero para el comandante Walters y el personal administrativo. No me encuentro en libertad de mencionar nada que resulte que observe mientras esté en presencia del comandante Walters o del personal. Por tanto, abstente de interrogarme más sobre el contenido de estos documentos."

La mandíbula de Roger cayó. "¡Vaya, calculadora humana, fuiste tú quien lo mencionó en primer lugar! ¡Debería arrancarte esa gran cabeza tuya!"

Tom y Astro se rieron.

"Pasa de esto, Roger," dijo Tom. "¡Deberías saber que Alfie no podría hablar aunque quisiera! ¡Tendremos que esperar hasta que el Capitán Strong esté listo para decirnos cuál será nuestra próxima misión!"

Para entonces, la acera los había llevado frente al dormitorio principal, y las amplias puertas estaban llenas de miembros del Cuerpo de la Academia Espacial que se dirigían a la cena. Desde todos los rincones del cuadrángulo, las aceras llevaban Lombrices de Tierra con sus uniformes verdes, cadetes de clase superior en azul profundo, astronautas alistados en rojo escarlata y oficiales de la Guardia Solar con sus llamativos uniformes negros y dorados. Charlando y riendo, todos entraban al gran edificio.

La unidad Polaris era muy conocida entre otras unidades de cadetes, y los tres fueron recibidos cordialmente por todos lados. Mientras Astro y Roger bromeaban con varias unidades de cadetes, agrupándose frente a las escaleras deslizantes que conducían a los comedores, Alfie se dio la vuelta para tomar una ascendente escalera deslizante. De repente se detuvo, agarró a Tom por los hombros y le susurró al oído. Con la misma brusquedad, el chico giró y subió corriendo las escaleras deslizantes.

"¿De qué iba eso?" preguntó Roger mientras Tom se quedaba mirando al pequeño cadete.

"Roger... él... me ha dicho que nuestra próxima misión será uno de los grandes experimentos de la historia del espacio. Algo que... ¡que o no se ha hecho nunca antes!"

"Bueno, ¡que me explorten los reactores!" dijo Astro. "¿Qué supones que es?"

"Ahhh," se burló Roger, "Apuesto a que no es más que tomar algunos conejillos de indias para ver cómo reaccionan a la gravedad joviana. ¡Eso tampoco se ha hecho nunca! ¿Por qué no podemos conseguir algo emocionante para variar?"

Tom se rió. "¡Vamos, aventurero sediento de sangre, me muero de hambre!"

Pero Tom sabía que Alfie Higgins no se emocionaba fácilmente, y aquellos ojos habían estado muy abiertos y aquella voz había temblado al susurrar su secreto a Tom.

¡La unidad Polaris debía embarcarse en una nueva gran aventura!

Capítulo 2

"Todo bien aquí en el circuito de relés," chilló Astro a través del intercomunicador desde la cubierta de energía.

"Está bien," respondió Tom. "¡Ahora probad los extractores automáticos para los tubos principales!"

"¿Quieres darme un poco de energía para la antena del radar, Astro?" llamó Roger desde la cubierta de radar.

"En un minuto, Manning, en un minuto," gruñó Astro. "Solo tengo dos manos, ¿sabes?"

"Deberías aprender a usar los pies," bromeó Roger. "¡Cualquier venusiano normal puede hacer tanto con los dedos de los pies como con las manos!"

Las bromas de ida y vuelta se habían prolongado durante doce horas, mientras los tres miembros de la unidad Polaris probaban, verificaban, ajustaban y volvían a verificar los diferentes circuitos, relés, cajas de conexiones y terminales en los kilómetros de delicado cableado tejido a través de la nave. Ahora, cuando el amanecer comenzaba a deslizarse en rosa y gris sobre el horizonte oriental, la unidad hacía la revisión de último minuto a través de la cavernosa nave espacial en busca de conexiones dudosas. Satisfechos de que no hubiera ninguna, los tres cansados cadetes se reunieron en la cubierta de control y bebieron un sorbo del té caliente que Manning había preparado eficientemente.

"¿Sabes?, para cuando salgamos de la Academia no creo que haya ni un centímetro de este cascarón espacial que no haya inspeccionado con la nariz," comentó Roger con voz cansada.

"Eso te encanta, Manning," dijo Astro, quien, aunque estaba tan cansado como Tom y Roger, podía seguir trabajando si era necesario. Su amor por los poderosos motores atómicos de los cohetes y su capacidad para reparar cualquier cosa mecánica, ya era una leyenda en la Academia. Cuidaba de la cubierta de energía de

la Polaris como si fuera un bebé.

"Bién podría dormir un poco antes de informar al Capitán Strong," dijo Tom. "Puede que nos haga despegar de inmediato, y a mí, por mi parte, me gustaría dormir y dormir y luego dormir un poco más."

"He estado pensando en lo que Alfie tenía que decir," dijo Roger. "Ya sabéis, sobre que esto es una gran aventura."

"¿Qué pasa con eso?" preguntó Astro.

"Bueno, no haces esta clase de revisión por un simple y corto salto escaleras arriba."

"¿Crees que podría ser algo más profundo?" preguntó Astro suavemente.

"Sea lo que sea," dijo Tom, levantándose, "necesitaremos dormir." Se levantó, se desperezó y caminó fatigado hasta la puerta de salida. Astro y Roger lo siguieron y, una vez más, embarcaron en la acera deslizante para el viaje de regreso al dormitorio principal y sus dependencias en la planta cuarenta y dos. Media hora después, los tres miembros de la Polaris estaban profundamente dormidos.

Por la mañana remprano encontraron al capitán Steve Strong en su habitación, de pie junto a la ventana y mirando fijamente hacia el cuadrángulo. En su mano izquierda agarraba un fajo de papeles. Acababa de releer, por quinta vez, una solicitud de restablecimiento de los documentos espaciales para Al Mason y Bill Loring. Strong sabía muy bien que no era fácil privar a un hombre de su derecho a despegar y viajar por el espacio, y los documentos en cuestión, emitidos únicamente por la Guardia Solar, constituían la única licencia legal para despegar.

Emitidos originalmente como un medio para evitar que los demasiado entusiastas terrícolas despegaran sin el entrenamiento adecuado ni la condición física necesaria, lo cual resultaba en muchas muertes, los documentos espaciales se habían convertido gradualmente en el único medio efectivo para controlar la vasta fuerza en expansión de hombres que hacían de los vuelos espaciales su vida laboral. Con el establecimiento del Código del Hombre del

Espacio cien años atrás, se habían instituido firmes reglas y regulaciones para los vuelos espaciales. La desobediencia a cualquier parte del código se castigaba con la suspensión de los documentos y la pérdida del derecho a despegar.

Una de estas reglas establecía que un astronauta tenía prohibido despegar sin autorización o acreditación para una órbita libre desde un control de tráfico central. Bill Loring y Al Mason habían sido culpables por haber violado el reglamento. Los miembros de la tripulación de la reciente expedición a Tara, un planeta en órbita alrededor de la estrella solar Alpha Centauri, habían tomado un explorador y despegado sin permiso del Mayor Connel, el comandante de la misión, quien, en este caso, era oficial de control de tráfico autorizado. Connel había recomendado la suspensión inmediata de sus documentos espaciales. Mason y Loring habían solicitado una revisión y, para asegurar un juicio imparcial, el comandante Walters había enviado la petición a uno de sus otros oficiales para que tomara una decisión. La petición había aterrizado en el escritorio de Strong.

Strong volvió a leer la petición y negó con la cabeza. Los hechos eran demasiado claros. Había habido un flagrante desprecio por las reglas y no había pruebas que respaldaran la acusación de los astronautas suspendidos de que habían sido acusados injustamente por Connel. El deber de Strong estaba claro. Tenía que defender la acción del Mayor Connel y suspender a los hombres durante un año.

Una vez que tomó la decisión, Strong se quitó el problema de la cabeza. Caminó hasta su enorme escritorio circular y comenzó a clasificar las órdenes y los informes del día. En la parte superior de la pila de papeles había un sobre sellado, bordeado en rojo y marcado como "clasificado." Era de la oficina del comandante Walters. Pensativo, lo abrió y leyó:

«Para: Capitán Steve Strong:
Supervisor de cadetes, Unidad Polaris
Al recibir esta comunicación, se le ordena transferir la autoridad de supervisión de la unidad de cadetes designada como unidad POLARIS; es decir, los cadetes Tom Corbett, Roger Manning y Astro, y el mando del crucero espacial Polaris, al mando y autoridad de supervisión del Mayor Connel para la ejecución de la misión como

se describe en este documento:

- 1. Para probar el rango, la vida útil y el rendimiento general del transmisor de comunicaciones de audio, tipo X21.
- 2. Para probar el transmisor mencionado anteriormente en condiciones de vuelo al espacio profundo
- 3. Esta prueba tendrá lugar en el planeta Tara, Alpha Centauri.

Esta comunicación y toda la información posterior relativa a la misión antes mencionada será clasificada como del más alto secreto.
Firmado: Walters,
Comandante, Academia Espacial»

«Así que eso es todo,» pensó. «¡Un salto al espacio profundo para la unidad Polaris!» Sonrió. «Los cadetes de la unidad Polaris se llevarán una pequeña sorpresa de dos maneras,» pensó. «¡Una por la misión y otra por ep Mayor Connel!»

Casi se rió a carcajadas cuando se volvió hacia el pequeño teleceptor de escritorio a su lado. Presionó un botón inmediatamente debajo de la pantalla y esta se iluminó para revelar a un joven con el uniforme del guardia alistado.

"¿Sí, Capitán Strong?" preguntó.

"Llama a los cadetes de la unidad Polaris," ordenó Strong. "¡Que se presenten aquí de inmediato!"

"Sí, señor."

Strong empezó a apagar el aparato, pero el alistado agregó: "Por cierto, señor, Al Mason y Bill Loring están aquí para verlo."

"Oh... bueno... " Strong vaciló.

"Están muy ansiosos por saber si ha tomado alguna decisión con respecto a su petición de reintegro."

"Mmm… sí, por supuesto. Muy bien, envíalos."

"Sí, señor."

La pantalla del teleceptor se oscureció. En un momento, la puerta opuesta al escritorio de Strong se deslizó hacia atrás y Loring y Mason entraron en la oficina. Avanzaron tambaleantes y se detuvieron frente al enorme escritorio, obviamente incómodos.

Strong se puso de pie, sosteniendo su petición en la mano, y la miró brevemente a pesar de saber su contenido de memoria. Hizo un gesto hacia las sillas cercanas. "Siéntese, por favor," dijo.

Los dos astronautas se acomodaron inquietos en el borde de las sillas y miraron expectantes mientras Strong continuaba leyendo el papel.

Loring finalmente rompió el denso silencio.

"Bueno, Capitán Strong, ¿ha tomado una decisión?" preguntó. Loring era un hombre corpulento, de unos cuarenta y cinco años. Necesitaba un afeitado, y cuando habló, su boca se torció en una mueca fea.

"Espero que sea a nuestro favor, señor," sugirió Mason. Era más bajo que Loring y, sentado, sus pies apenas llegaban al suelo. Movía los ojos nerviosamente por la enorme habitación, y no dejaba de enrollar en las manos una sucia gorra negra de astronauta.

"Sí, he tomado una decisión," dijo Strong lentamente. Encaró a los dos hombres y los miró a ambos con una mirada fría y firme. "He decidido mantener la acción del Mayor Connel. Ambos están castigados durante los próximos doce meses. ¡Meses terrestres!"

"¿Qué?" gritó Loring, poniéndose de pie de un salto. Golpeó el escritorio con el puño y se inclinó, con el rostro cerca del de Strong. "¡No puede hacernos eso!"

El Capitán Strong no se movió. "Puedo," dijo con frialdad. "Y yo hago."

"Pero... pero... " Mason empezó a quejarse. "¡Pero el vuelo espacial es lo único que sabemos hacer! ¿Cómo vamos a vivir?"

Strong se sentó y se reclinó en su silla para alejarse del mal olor del aliento de Loring. Miró a los dos hombres.

"Deberíais haber pensado en eso antes de robar un explorador de la expedición y hacer un vuelo no autorizado cuando estuvisteis en Tara," respondió Strong. "¡Tenéis suerte de no ser acusados, juzgados y condenados por el robo de una nave espacial de la Guardia Solar!"

"Teníamos permiso para tomar ese vuelo," gruñó Loring. "Ese Mayor Connel está tan loco que olvidó que nos había dado permiso. Luego, cuando regresamos, ¡nos dio una bofetada metiéndonos en el calabozo!"

"¿Tienes alguna prueba de eso?" preguntó Strong.

"¡No! ¡Pero es nuestra palabra contra la suya!" Golpeó el escritorio con la gorra y le agitó el dedo a Strong en la cara; "¡No tiene ningún derecho a quitarnos nuestros documentos sólo por que lo diga un pésimo oficial de la Guardia Solar que se cree el rey del universo!"

"¡Quita tu sucia gorra de mi escritorio, Loring!" ladró Strong. "¡Y cuidado con tu lenguaje!"

Loring se dio cuenta de que había cometido un error y trató de retractarse. "Bueno, me disculpo por eso. Pero no me disculpo por decir que él piensa que es..."

"El Mayor Connel lleva en la Guardia Solar desde hace treinta años," dijo Strong enfáticamente. "Ha sido galardonado con la Medalla Solar tres veces. ¡Ningún otro astronauta viviente ha logrado eso! ¡Ni siquiera el Comandante Walters! Ascendió en las filas de la Guardia Solar alistada y fue comisionado como oficial de la Guardia Solar en el espacio durante una emergencia. Califica más alto que cualquier otro astronauta, ¡y nunca se ha oído que él sea injusto! ¡Es uno de los mejores astronautas que jamás haya alcanzado lo ancho, lo profundo y lo alto!" Strong se detuvo, se atragantó para respirar y se alejó. No era frecuente que perdiera los estribos, pero había que decir algo en defensa de su compañero oficial, y sobre todo porque ese oficial era Connel. Se volvió para mirar a los dos astronautas y su voz volvió a ser dura y fría.

"Por la presente quedan suspendido de los vuelos espaciales durante doce meses terrestres. ¡Cualquier otra petición de apelación de esta

decisión será denegada!"

"¡Está bien! ¡Está bien, Sr. Importante!" espetó Loring. "¿Significa esto que ni siquiera podemos viajar como pasajeros?"

"¡No se les ha negado ningún derecho bajo la Declaración Universal de Derechos de la Alianza Solar, excepto el de participar activamente en el vuelo de una nave espacial!"

La campana de señal del teleceptor empezó a sonar suavemente y, sobre el escritorio, la pantalla del teleceptor volvió a brillar. "Los cadetes Corbett, Manning y Astro están aquí para sus asignaciones, señor," anunció el alistado afuera.

Loring miró a Strong. "Supongo que va a enviar a algunos mocosos en el próximo viaje a Tara y dejar que los astronautas experimentados nos pudramos en tierra, ¿eh?"

Strong no había visto que la puerta se había abierto para admitir a los tres cadetes, quienes entraron silenciosamente. Toda su atención se centraba en los feos rostros satinados de Bill Loring y Al Mason.

"¡Oye esto, Loring!" espetó Strong con vehemencia. "Las asignaciones de la unidad Polaris, ya sea a Tara o a la Luna, no tienen nada que ver con tu propia falta de conducta. ¡En cualquier caso, si fueran asignados, harían un mejor trabajo que el de un experimentado astronauta como tú con tu irrespetuosa conducta para con tus oficiales superiores y violación de las regulaciones! Si alguno de vosotros hace otro comentario sobre la Guardia Solar o los Cadetes Espaciales, o cualquier cosa, os sacaré de cuadrángulo y os meteré algo cortesía común en la cabeza! ¡Ahora largo!"

"Está bien, está bien...,"murmuró Loring mientras se retiraba, pero con una mueca de desprecio en los labios. "¡Nos volveremos a encontrar, Sr. Astronauta Importante!"

"Eso espero, Loring. Y si lo hacemos, espero que te hayas bañado. ¡Incluso hueles mal!"

Desde el fondo de la habitación llegó una carcajada. Tom, Roger y Astro, inadvertidos, habían estado escuchando y viendo en acción a

su patrón. Cuando Loring y Mason abandonaron la habitación, los tres avanzaron hasta el escritorio, se pusieron firmes y saludaron.

"¡La unidad Polaris se presenta al servicio, señor!" espetó Tom secamente.

"A discreción," dijo Strong. "¿Habéis oído todo eso?"

"¡Sí, señor, capitán!" Roger sonrió. "¡Y créame, le dio caña en serio a esos dos vagabundos del espacio!"

"Sí," asintió Astro, "pero no creo que ni siquiera usted pueda hacer gran cosa por Loring. ¡Nació para oler mal!"

"Eso no importa," dijo Strong. "¿Supongo que habéis oído la parte sobre las asignaciones?"

Los tres cadetes asumieron miradas de pura inocencia.

"No hemos oído nada, señor," dijo Tom.

"Serás un buen diplomático, Corbett," se rió Strong. "Está bien, sentaos y os lo diré directamente."

Se apresuraron a tomar asiento y esperaron a que su patrón comenzara.

"Os han asignado como cadetes de observación en una misión para probar el rango de un nuevo transmisor de audio de largo alcance." Strong hizo una pausa y luego añadió de manera significativa: "La prueba se llevará a cabo en el espacio profundo."

Los tres cadetes solo expresaron su aprobación entusiasta con radiantes sonrisas.

"Tara," continuó Strong, "es el destino: un planeta como la Tierra en muchos aspectos, en órbita alrededor de la estrella solar Alpha Centauri. Llevaréis la Polaris directamente a la estación espacial Venus, donde el transmisor ha sido sometido a pruebas primarias, lo equiparéis en la Polaris para hiperimpulso y despegaréis. "

"Disculpe, señor," interrumpió Tom, "pero ¿ha dicho vosotros?"

"Quiero decir," respondió Strong, "vosotros en el sentido de que yo no iré. ¡Oh, no te preocupes!" dijo Strong, levantando la mano cuando una repentina mirada de anticipación se extendió por los rostros de los tres chicos. "¡No vais solos! Tendréis un oficial al mando, claro. De hecho, tendréis lo más parecido al oficial al mando perfecto en la Guardia Solar!" Esperó el tiempo suficiente para que cada chico buscara en su mente un candidato adecuado y luego agregó: "¡Vuestro patrón será el Mayor Connel!"

"¡El Mayor Connel!" gritaron al unísono los tres cadetes.

"¿Se refieree al Mayor «Despegue» Connel?" dijo Roger con incredulidad.

"A ese me refiero," dijo Strong. "¡Es lo mejor que te puede pasar en el universo!"

Roger se puso de pie y saludó con elegancia. "Solicito permiso para ser destituido de esta misión por motivos de incompatibilidad, señor," dijo.

"¿Incompatibilidad a qué?" preguntó Strong, divertido.

"Al Mayor Connel, señor," respondió Roger.

"Permiso denegado," dijo Strong con una sonrisa. "¡Anímate! Esto no es tan malo." Strong hizo una pausa y se puso de pie. "Bueno, eso es todo. Son cerca de las once de la mañana y tenéis que presentaros al mayor a las once en punto. Espero que tengáais en buena forma la Polaris.

"Estuvimos despiertos toda la noche, señor," dijo Tom. "Está lista para la acción."

"Está en mejor forma que nosotros," dijo Astro.

"Muy bien, entonces. Informe al Mayor Connel de inmediato. Vuestros documentos han sido transferidos, así que lo único que tiene que hacer es presentaros."

Strong rodeó el escritorio y estrechó la mano de cada cadete. "Esta es una misión importante, muchachos," dijo con seriedad.

"Asegúraos de darle al Mayor Connel todo el apoyo que sé que sois capaces de dar. Él lo necesitará. Dudo que os vea antes de despegar, así que esto es todo. ¡Os deseo la suerte del astronauta para cada uno de vosotros!"

Capítulo 3

"Bueno, parece que ahora somos chicos importantes," dijo Tom mientras los tres cadetes caminaban por el pasillo alejándose de la oficina del Capitán Strong. "¡No reparten misiones secretas e importantes a las unidades de cadetes a menos que sean realmente buenos!"

"Pero tenemos que educar al Mayor «Despegue» Connel," refunfuñó Roger.

"¿Qué quieres decir con educar?" preguntó Astro.

"Ya sabes que es el oficial más rudo de la Academia," respondió el cadete rubio. "Devora cadetes para desayunar, almorzar y cenar. Y luego se pide uno extra para el postre. No solo es duro, su piel está blindada, aunque tengo la corazonada de que si nos hacemos los tontos al principio y luego mejoramos lentamente, podremos hacerle sentir que nos ha enderezado. Así nos será más sencillo tratar con él."

"¡Ey, son más de las once!" exclamó Tom. "¡Mejor que nos demos prisa!"

De repente, como si un crucero espacial despegara en los pasillos, un rugido, ensordecedor y poderoso llenó sus oídos. Y debajo de su ferocidad había cuatro palabras inconfundibles:

"¡Unidad Polaris, FIIRRRRRRRRRRR-MES!"

Cada músculo, cada hueso de sus tres cuerpos se puso rígido al mismo tiempo. Con los ojos bien abiertos, la barbilla hacia adentro, los cadetes esperaron toda calamidad que pudiera haberles sucedido. Desde atrás llegaron unos pasos rápidos y pesados que se acercaron hasta que pasaron al lado y luego se detuvieron abruptamente. ¡Allí, frente a ellos, estaba el único e incomparable Mayor "Despegue" Connel!

Aunque unos centímetros más bajo que Astro, el hombre era lo que

Astro podría llegar a ser en treinta años, muy musculoso, con un pecho palomo que llenaba con fuerza el uniforme dorado y negro. Estaba de pie en equilibrio sobre las puntas de sus piececillos, como un boxeador, con las manos colgando sueltas a los costados. Una barbilla de bulldog sobresalía de su tosco rostro como si fuera a arrancarle la cabeza al cadete más cercano. Se elevaba por encima de Tom y Roger y, aunque más bajo que Astro, compensaba estatura con la pura fuerza de su personalidad. Cuando hablaba, su voz era como una profunda sirena de niebla que hubiera aprendido de repente a usar las vocales.

"Así que esta es la gran unidad Polaris, ¿eh?" bramó. "¡Llegáis dos minutos tarde!"

De repente, Tom sintió que él y sus compañeros de unidad estaban solos en el pasillo con el mayor. Miró a un lado, luego al otro, con cautela, y vio que el pasillo estaba vacío. ¡Y por una buena razón! Nadie quería estar cerca cuando "Despegue" Connel estaba bramando. Los cadetes, los soldados ni siquiera los oficiales estaban a salvo de sus repentinos arrebatos. El hombre se esforzaba tanto que se impacientaba con los demás que no podían igualar su impulso. No era por ego, sino por su afán de terminar el trabajo en cuestión. Más de una vez había vestido a un capitán de la Guardia Solar con el mismo tono verde que usaba una Lombriz de Tierra. Había una leyenda en la Academia que decía que, una vez, creyendo que tenía razón, irrumpió en la Cámara del Consejo para argumentar su tesis. Ganó por decisión unánime. Nada, pero nada, había sido ideado o pensado que pudiera detener el "Despegue" de Connel. Cada momento de su vida adulta lo había pasado en la búsqueda de más y más conocimiento sobre el espacio, los viajes espaciales y la vida en los otros planetas.

Ahora, con su ira en un punto álgido por la tardanza de la unidad, se plantaba frente a los cadetes dirigiendo su ira hacia Roger primero.

"Tu nombre es Manning, ¿no?" gruñó.

"¡Sí, señor!" respondió Roger.

"Tu padre recibió una medalla. ¿Era un oficial de la Guardia Solar?"

"Así es, señor. Murió en el espacio."

"Lo sé. Era un buen hombre. ¡Tú nunca serás el hombre que él fue aunque vivas diez mil años, pero si no intentas ser mejor hombre que él, no vivirás ni cinco minutos conmigo! ¿Está eso claro, cadete Manning?

"¡Muy claro, señor!" Roger tragó saliva.

Connel se volvió hacia Astro.

"Y tú eres el genio de los cohetes atómicos de cosecha propia estilo venusiano, ¿eh?"

"Sí, señor," asfixió Astro. "Soy de Venus."

"Cuando eras niño, pilotabas cohetes de los viejos quemadores químicos antes de entrar en la Academia, ¿eh?" preguntó Connel. Había menos de tres centímetros entre el rostro de Astro y la mandíbula del Mayor Connel.

"Sí, señor," respondió Astro, "yo era un alistado antes de llegar a la Academia."

"Bueno, escucha esto, revienta cohetes," rugió Connel. "Quiero una cubierta de energía que me dé lo que quiero, cuando lo quiero, o volverás a estar en los alistados de nuevo. ¿Está eso claro, Cadete Astro?"

"¡Sí, señor! Todo lo que la nave tenga, cuando usted lo quiera, señor."

"¡Y me gusta tener una cubierta de energía tan limpia que pueda comer las planchas de la cubierta!"

"Sí, señor," tartamudeó Astro cada vez más confundido. "¡Le gusta comer las planchad de la cubierta, señor!"

"¡Por los cráteres de la Luna, no! ¡Claro que no me gusta comer las planchas de la cubierta, pero quiero que estén lo bastante limpias para comer allí si quiero!"

"¡Sí, señor!" La voz de Astro fue apenas por encima de un susurro.

"Y tú eres el mago táctico que ganó las maniobras espaciales recientemente con una mano atada a la espalda, ¿eh?" preguntó Connel inclinándose para mirar a Tom.

"Ganó nuestro bando, señor. Si eso responde a su pregunta," respondió Tom. Estaba tan nervioso como Roger y Astro, pero luchaba por mantener el control. Estaba decidido a no dejarse intimidar.

"¡No te he preguntado quién ganó!" espetó Connel. "Pero eres el susodicho. Cadete de la cubierta de control, ¿eh? Bueno, tú trabajas conmigo. En la cubierta de control solo hay espacio para un cerebro, una decisión, una respuesta. Y cuando yo estoy en la cubierta de control, esa decisión, esa respuesta y ese cerebro serán los míos."

"Lo entiendo perfectamente, señor," dijo Tom sin tono.

Connel dio un paso atrás, con los puños apoyados en las caderas, para examinar a los tres cadetes. Él había oído hablar de la dificultad de los tres para unir personalidades al llegar por primera vez a la Academia Espacial (como se describe en *¡En Espera Hacia Marte!*) Y había oído hablar de su triunfo en el desierto marciano. Estaba impresionado con todo lo que había descubierto sobre ellos, pero sabía que él tenía reputación de ser duro y que esta reputación solía sacar lo mejor de los cadetes. Al principio de su larga y brillante carrera, había aprendido que su vida dependía del coraje y el ingenio de sus compañeros espaciales. Cuando se había convertido en instructor en la Academia, había determinado que ningún cadete sería nada más que el mejor y que, cuando despegaran en años posteriores, se podría confiar en ellos.

Miró a los tres cadetes y sintió un matiz de emoción invisible en su rostro ceñudo. «Sí,» pensó, «serán astronautas. Tomará un poco de tiempo, pero son un buen material.»

"¡Ahora escuchad esto!" bramó. "Despegamos hacia la estación espacial Venus en exactamente treinta minutos. Estibad vuestro equipo a bordo de la Polaris y preparaos para ascender la nave."

Bajó la voz y estiró la mandíbula un poco más. "Este será el viaje más difícil que jamás vais a hacer. O bien volvéis como astronautas o no volvéis como nada. Yo voy a hacer todo lo posible para lograr que volváis como," hizo una pausa y agregó con frialdad; "¡nada! ¡Porque si no podéis quitármelo, entonces no pertenecéis al espacio! ¡Unidad, a discreción!"

Giró sobre sus talones y desapareció escaleras arriba sin volver a mirar a los tres rígidos cadetes.

"Ya, nosostros lo educaremos a él," dijo Astro en voz baja con un guiño a Tom. "Le haremos creer que él ha hecho todo eso por nosotros."

"¡Ah, que se vaya a limpiar reactores!" gruñó Roger después de haber encontrado su voz.

"Vamos," dijo Tom. "Prepararemos la Polaris. ¡Y, amigos, quiero decir bien preparada!"

Bill Loring y Al Mason estaban cerca de la entrada de la torre de control del espaciopuerto de la Academia y vieron a los tres cadetes de la Polaris meterse en el gigante crucero espacial.

"¡Cada vez que pienso en Connel sacándonos a patadas del espacio durante doce meses, quiero golpearle la cabeza con una llave inglesa!" gruñó Loring.

Mason resopló. "Bueno, ¿de qué sirve quedarse por aquí?" preguntó. "Ese Connel no nos aceptaría a bordo de la Polaris aunque estuviéramos autorizados y tuviéramos nuestros documentos. ¡No hay nada que podamos hacer!"

"No te rindas tan fácilmente. Hay una fortuna en el espacio esperando a que tú y yo vayamos a buscarla. ¡Y ningún oficial importante de la Guardia Solar me va a impedir que la consiga!"

"Sí," refunfuñó Mason, "pero ¿qué vas a hacer al respecto?"

"¡Te mostraré lo que voy a hacer!" dijo Loring. "Nos vamos tú y yo a Venuspuerto."

"¿A Venuspuerto? Por las lunas de Júpiter, ¿y qué vamos a hacer allí?"

"¡Conseguir un viaje gratis a Tara!"

"Pero ¿cómo? Solo tengo unos cientos de créditos y tú no tienes muchos más. ¡Nadie va a recorrer ochenta mil millones de kilómetros por nada!"

Los ojos de Loring siguieron la enorme figura del mayor Connel en la acera deslizante mientras este atravesaba el campo del puerto espacial hacia la Polaris. "Tú campra un par de asientos en el próximo crucero a Venuspuerto y deja de hacer preguntas estúpidas. ¡Cuando veamos al Mayor «Despegue» Connel de nuevo, seremos nosotros quienes daremos las órdenes con un paralorrayo!"

Los dos rencorosos astronautas giraron rápidamente y caminaron hasta la acera deslizante más cercana, desapareciendo por la esquina de un edificio.

A bordo de la Polaris, Tom estaba con sus dos compañeros de unidad.

"Ahora mirad, amigos. Después de lo mal que nos acaba de hacer pasar el Mayor Connel, veamos si no podemos mantenernos encima de la pelota de ahora en adelante."

"Por mí bien, Tom," dijo Astro asintiendo.

"¡Estás teniendo sueños espaciales, Corbett!" dijo Roger arrastrando las palabras. "No importa lo que hagamos para el viejo Despegue, terminaremos detrás de la bola ocho."

"Pero si lo intentamos bien," instó Tom, "si todos hacemos nuestro trabajo, no puede haber nada por lo que él se enoje."

"Le pondremos difícil que nos sancione," intervino Astro.

"Bien," dijo Tom.

"Esto no va a funcionar," refunfuñó Roger. "¿No viste la forma en que nos masticaba?, y ¿por qué? Te pregunto, ¿por qué?"

"Él solo intentaba estar a la altura de su reputación, Roger," respondió Tom. "Pero el sentido común te dirá que si haces tu trabajo no obtendrás sanciones."

"¿Qué te pasa, sabiondo?" gruñó Astro. "¿Tienes miedo de un poco de trabajo?"

"Mira, botatate venusiano," se burló Roger; "Puedo trabajar hasta dejarte sin pantalones cualquier día de la semana, ¡y eso también incluye los días de Titán!

"Bien." Tom sonrió. "Guarda la mitad de esa energía para la Polaris, Roger."

"¡Sí, usa un poco de ese aire caliente deManning para lustrar latón!" sugirió Astro.

"Vamos. Pongamos este cascarón en forma," dijo Tom. Se volvió hacia el panel de instrumentos y el gran tablero de control.

Un momento después, los tres cadetes estaban ocupados puliendo los pocos trozos de latón y volviendo a comprobar los numerosos controles y palancas. Se oyó de pronto el sonido de una escotilla cerrándose abajo y luego la voz de Astro llegó susurrando por el intercomunicador; "Cuidado, tíos. Aquí viene."

La escotilla hermética que conducía a la cubierta de control se deslizó hacia atrás y entró el mayor Connel con una amplia mirada. Observó la cubierta de control y la evidencia del trabajo.

"¡Unidad, FIRRRRR-MES!" rugió.

Astro subió a la cubierta de control y se puso firme con sus compañeros de unidad mientras Connel comenzaba una revisión, rápida pero completa, de los muchos diales, interruptores y relés en el panel de control.

"Hmm," reflexionó. "Haciendo un poco de trabajo, por lo que veo."

"Oh, nada especial, señor," dijo Roger.

"¡Bueno, de ahora en adelante va a ser especial!" rugió Connel.

"Sí, señor," reconoció Roger rápidamente.

"De acuerdo, a discreción," ordenó Connel. Mientras los tres chicos se relajaban, Connel se acercó al tablero de astrogación y pulsó un interruptor. Inmediatamente, una carta solar llenó la enorme pantalla de cartas. Era una vista en blanco y negro del planeta Venus.

"Aquí es donde vamos primero," dijo colocando un dedo en un satélite con forma de bola en órbita alrededor del brumoso planeta. "Esta es la estación espacial Venus. Como sabéis, Venus no tiene satélite natural propio, así que construimos uno. Despegaremos desde aquí e iremos directamente a la estación espacial donde la Polaris será equipada con un hiperimpulsor para las operaciones en el espacio profundido. Mientras estéis en la estación, os familiarizaréis con el funcionamiento del nuevo transmisor de comunicaciones de audio. Cuando esté satisfecho de que podéis manejarlo en las condiciones predominantes de un vuelo espacial prolongado, despegaremos para una prueba de su alcance y rendimiento."

El mayor Connel hizo una pausa y miró a los cadetes directamente. Luego continuó: "Esta es una misión importante, una que espero que permita a la Guardia Solar establecer la primera base fuera de nuestro sistema solar. Nuestro destino es Tara, en el sistema solar de Alpha Centauri. Tara es un planeta en una etapa de desarrollo similar a la de la Tierra de hace varios millones de años. Su clima es tropical y tiene una exuberante vegetación; selvas en realidad, cubren la superficie terrestre. Dos grandes océanos separan las masas terrestres. Uno se llama Alfa, el otro Omega. Yo estuve en la primera expedición cuando Tara fue descubierta, y también en la segunda, durante la cual la exploramos y realizamos pruebas para saber si podía sustentar la vida humana. Todas las pruebas muestran que Tara puede transformarse en un paraíso."

Connel hizo una pausa, respiró hondo y continuó: "Esperaré de vosotros algo más que trabajo duro. Quiero todo lo que tenéis para ofrecer. ¡No solo un buen desempeño, sino la excelencia! No toleraré nada menos, y si me veo obligado a recurrir a extremas medidas disciplinarias para obtener lo que exijo, podéis esperar recibir todos las sanciones del libro." Se acercó a los tres cadetes.

"¡Recordad! ¡Astronautas o... nada! ¡Ahora, preparaos para despegar!

Sin una palabra, los tres cadetes se apresuraron hacia sus puestos y comenzaron el procedimiento de rutina para ascender la nave.

"Todos los departamentos listos para despegue, mayor Connel," informó Tom saludando enérgicamente.

"Muy bien, Corbett, procede," dijo Connel.

Tom llamó por el intercomunicador, "¡En espera para el despegue!" Luego abrió el circuito a la pantalla del teleceptor y habló con la torre de control del puerto espacial.

"Polaris a control del puerto espacial. Solicito permiso para despegar. Solicito órbita."

"Tráfico del puerto espacial a Polaris. Su órbita ha sido autorizada: 089, repito, 089, despegue en dos minutos."

"Órbita 089, despegue en uno cincuenta y nueve, cincuenta y ocho."

"Me recibe claro, Polaris..."

Tom apagó el interruptor y se volvió hacia el intercomunicador. "Cubierta de control a puente del radar. ¿Tenemos tangente despejada delante y arriba?"

"Todo despejado delante y arriba, Tom," respondió Roger.

"Cubierta de control a cubierta de energía. ¡Energiza las bombas de refrigeración!"

"Bombas de refrigeración en operación," respondió Astro enérgicamente.

La gigante nave comenzó a temblar cuando las poderosas bombas en la cubierta de energía comenzaron a acumularse y gemir lentamente. Tom se sentó frente al panel de control, se ató al asiento de aceleración y comenzó a revisar los diales y los indicadores. Satisfecho de que todo estaba en orden, fijó los ojos en

el amplio segundero rojo del reloj solar. La pantalla del teleceptor mostraba una imagen nítida de la base circundante de la nave espacial, y Tom vio que todo estaba despejado. El segundero alcanzó la marca de los diez segundos.

"¡En espera para ascender la nave!" gritó Tom por el intercomunicador. La manecilla roja se movía de manera constante, segura, hasta el cero en la parte superior de la esfera del reloj. Tom acercó la mano al interruptor principal.

"¡Despegue en cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡cero!"

Tom accionó el interruptor.

Lentamente, la nave gigante se levantó del suelo. Luego, cada vez más rápido y empujando a los cuatro astronautas hacia sus acolchados de aceleración, se precipitó hacia el espacio.

En unos segundos, la Polaris quedó libre de gravedad. Una vez más, los terrícolas habían comenzado otro viaje hacia las estrellas.

Capítulo 4

"¡En espera para reducir la velocidad en tres cuartos!" rugió el mayor Connel.

"Sí, señor," respondió Tom, y comenzó los ajustes necesarios en el panel de control. Habló por el intercomunicador. "Cubierta de control a cubierta de energía. En espera para reducir en tres cuartos el empuje de los cohetes impulsores principales. Estamos llegando a la estación espacial, Astro."

"Cubierta de energía, recibido.," reconoció Astro.

A la deriva en una órbita constante alrededor de su planeta madre, la estación espacial Venus se alzaba frente a la Polaris como una enorme bola de metal sobre un fondo de frío y negro espacio. Estaba tachonada de enormes agujeros, esclusas de aire que servían como puertos de aterrizaje para naves espaciales. Dentro de la estación había una ciudad compacta. Viviendas, salas de comunicaciones, talleres de reparación, observaciones meteorológicas, información de meteoritos, todo para servir a la gran flota de la Guardia Solar y a las naves espaciales mercantes que surcaban las rutas espaciales entre la Tierra, Marte, Venus y Titán.

"Estoy recibiendo solicitud de identificación de la estación, señor. ¿Respondo?" preguntó Roger por el intercomunicador.

"¡Por supuesto, descerebrado idiota, y hazlo rápido!" explotó Connel. "¿Qué quieres hacer? ¿Sacarnos del espacio?"

"¡Sí, señor!" respondió Roger. "¡En seguida, señor!"

Tom mantuvo sus ojos en la pantalla del teleceptor sobre la cabeza. La imagen de la estación espacial parecía grande y clara.

"Aproximación demasiado rápido, creo, señor," se ofreció Tom. "¿Debo hacer el ajuste?"

"¿Cuál es el rango?" preguntó Connel.

Tom nombró una cifra.

"Hmm," reflexionó Connel. Echó un rápido vistazo a los diales y luego asintió. Tom se volvió una vez más hacia el intercomunicador. "Cubierta de control a cubierta de energía," gritó. "En espera para maniobra, Astro, y reduce el empuje de la unidad principal a velocidad espacial mínima."

"Control de tráfico de la estación espacial a crucero espacial Polaris. Adelante, Polaris. Control de tráfico de la estación espacial a Polaris," crepitó el teleceptor de audio.

"Crucero espacial Polaris a estación espacial y control de tráfico. Solicito permiso de atraque y número de puerto de aterrizaje," respondió Tom.

"Permiso de atraque concedido, Polaris. Debe alinearse en la aproximación al puerto de aterrizaje siete, repito, siete. Estoy enviando ahora un rayo de radar guía. ¿Puede leer el rayo?"

Tom se volvió hacia el intercomunicador. "¿Has captado el rayo guía de la estación, Roger?"

"Todo alineado, Tom," respondió Roger desde el puente del radar. "¡Haz que ese venusiano de la cubierta de energía que me dé un disparo de tres segundos en el impulsor de estribor, si es que puede encontrar los mandos adecuados!"

"¡Lo he oído, Manning!" rugió la voz de Astro en el intercomunicador. "¡Otra gracia como esa y te sacaré de la oreja para que empujes tú este bebé!"

"¡Ejecute esa orden y hágalo rápido!" La voz del Mayor Connel estalló por el intercomunicador. "Y basta de esa charla sinsentido por el intercomunicador de la nave. De ahora en adelante, todas las instrucciones y órdenes se darán y recibirán de una manera nítida y clara sin ninguna familiaridad innecesaria."

Connel no esperó que reconocieran su orden. Los cadetes lo habían oído y eso era suficiente. Él sabía que era suficiente. ¡En el poco

tiempo que les llevó atravesar el inmenso abismo de espacio entre la Academia y la estación, Connel había repartido sanciones de cinco en cinco y de diez en diez! ¡Cada uno de los cadetes ahora estaba marcado con suficientes marcas negras para pasar dos meses en la cocina trabajando!

Ahora, trabajando juntos como el suave equipo de astronautas jóvenes que eran, Tom, Roger y Astro maniobraron el gran cohete hacia el enorme agujero de la esclusa de aire en el lateral del blanco satélite con forma de bola.

"Baje la proa medio grado, Polaris, está demasiada alta," advirtió el control de la estación.

"Una corta ráfaga en el impulsor de ajuste superior, Astro," llamó Tom.

La gran nave se sacudió levemente bajo la fuerza de un repentino empuje, y luego su morro cayó el medio grado requerido.

"Corte todo el empuje y reduzca velocidad hasta nave muerta, Polaris," ordenó el control de tráfico.

Tom volvió a transmitir la orden a Astro y, un momento después, la gran nave flotaba silenciosamente en el vacío del espacio, a escasos ochocientos metros de la estación.

A través del teleceptor, Tom podía ver las lanchas a reacción que salían de la estación llevando los cables magnéticos. En un momento, los cables se unieron al fuselaje de acero de la nave y se tensaron gradualmente, tirando de la poderosa nave espacial hacia el puerto. Una vez dentro del satélite, se cerró la compuerta de aire exterior y la Polaris quedó sujeta por las poderosas cunas magnéticas que la mantenían en una posición rígida. En otra parte del satélite se hicieron cálculos rápidos para el peso adicional y la estación fue contrapesada para asegurar una órbita uniforme alrededor de Venus.

Tom apagó los muchos interruptores del gran tablero, miró la hora de llegada en el reloj solar e informó al mayor Connel.

"Aterrizaje a las uno, nueve, cuatro, nueve, señor."

"Muy bien, Corbett," respondió Connel. Luego añadió a regañadientes: "Ese fue el mejor trabajo de operaciones de cubierta de control que he visto. Continúa con el buen trabajo, astronauta."

Tom tragó saliva. El inesperado cumplido lo había pillado desprevenido. ¡Y estaba aún más complacido de que, por primera vez, Connel se había referido a él como astronauta!

"Me necesitarán en las habitaciones del comandante de la estación espacial durante un tiempo, Corbett," dijo Connel. "Mientras tanto, tú, Manning y Astro os familiarizaréis con la estación. Informadme a bordo de la nave en exactamente dos horas. Dispensados."

Tom saludó y Connel desapareció hacia la escotilla de salida.

"Bueno, astronauta," dijo Roger con indiferencia desde atrás, "¡Parece que te has vuelto sólido con el viejo!"

Tom sonrió. "Con un tipo así, Roger, nunca estás sólido. Tal vez me hayan dado una palmada en la espalda, pero no lo has oiido cancelar ninguna de esas sanciones que me puso por no firmar el libro de registro después de esa última guardia, ¿no?"

"Vamos a comer algo," gruñó Astro, quien entró apresuradamente por la escotilla. "Estoy medio muerto de hambre. Por los cráteres de la Luna, ¿cuántas veces puedes cambiar de rumbo en cinco minutos?"

Astro se refería a las innumerables ocasiones en que Tom había tenido que pedir cambios de rumbo de fracción de grado en su acercamiento al enorme puerto de entrada.

Tom se rió. "Con Connel en el puente, tienes suerte de que no te pidiera el doble," respondió. "¿Te imaginas lo que hubiera pasado si hubiéramos fallado y chocado con la estación?"

"¡Brrrrrr!" Roger se estremeció. "No quiero ni pensarlo. Venga. Vamos a preparar algo de comida para el venusiano. A mí me vendría bien una poca."

Los tres chicos se cambiaron rápidamente a sus uniformes azules de cadetes y abandonaron la nave. Un momento después, estaban subiendo rápidamente por un ascensor eléctrico al nivel principal, o "calle." La puerta se abrió y salieron a una gran área circular del tamaño de un bloque de edificios al fondo de la estación. El área se había dividido en secciones más pequeñas. Un lado de la "calle" estaba dedicado a las tiendas, una pequeña casa estéreo reproducía el último éxito de Liddy Tamal, "Hijos del Espacio" (un drama sensacional sobre la vida de los hombres en el futuro), restaurantes e incluso una tienda de curiosidades. La estación espacial Venus dirigía el noventa por ciento del tráfico de entrada y salida de Venuspuerto. Era una parada de reabastecimiento de combustible para naves y cargueros espaciales con destino a los planetas exteriores y para los que regresaban a la Tierra. Algunas naves iban directamente a Venuspuerto para hacer una revisión o transportar suministros pesados, pero la estación estaba establecida principalmente para rápidos trasbordos. Varios astronautas ex alistados que habían resultado heridos o jubilados recibían un permiso especial para abrir tiendas para conveniencia de los pasajeros y tripulaciones de las naves y el personal de la estación. En veinte años, la estación se había convertido en un lugar donde se detenían los turistas de verano de la Tierra y los turistas de invierno de Titán. Siendo la primera de su clase en el universo, era un lugar tan perfecto para vivir como el que podía construir el hombre.

Tom, Roger y Astro paseaban por la corta calle abriéndose paso entre una multitud de turistas que admiraban las tiendas. Finalmente encontraron un restaurante que se especializaba en platos venusianos.

"¡Ahora, vosotros dos delgados terrícolas vais a tener la mejor comida de vuestras vidas! ¡Dinosaurio asado con verdadero pan de centeno de Venus!"

"¡D-dinosaurio!" tartamudeó Tom con asombro. "Pero... ¡pero eso es un monstruo prehistórico!"

"Sí, Astro," asintió Roger. "¿Qué intentas darnos?"

Astro rió. "Ya veréis, tíos," respondió. "Yo solía ir a cazarlos cuando era niño. Conseguía el mejor precio de cualquier caza salvaje.

Cincuenta créditos para bebés de menos de ciento cincuenta kilos. Por encima de eso, no te los puedes comer. ¡Demasiado duro!"

Tom y Roger se miraron el uno al otro con los ojos desorbitados.

"Ah, venga ya, Tom," dijo Roger arrastrando las palabras. "Solo nos está tomando el pelo."

Sin una palabra, Astro los agarró por los brazos y los llevó al restaurante. Apenas estaban sentados cuando una voz grabada anunció el menú por un pequeño altavoz en la mesa. Astro pidió rápidamente dinosaurio para los tres y, para asombro de sus compañeros de unidad, la voz inquirió cortésmente:

"¿Preferirían los astronautas que se asara el dinosaurio a la venusiana de pan negro, que se horneara o que lo sirvieran poco hecho?"

Una mirada penetrante de Roger y Tom antes de que Astro lo pidiera asado.

Una hora y quince minutos después, los tres miembros de la unidad Polaris salieron tambaleándose del restaurante.

"Por los anillos de Saturno," declaró Tom, "eso no solo ha sido lo máximo que he comido nunca, también ha sido lo mejor!"

Roger asintió en silencio, apoyándose en la ventana de plástico frente al restaurante.

"¿Lo veis?," dijo Astro con sonrisa radiante, "A ver si me hacéis caso de ahora en adelante!"

"¡Vaya, no puedo esperar a ver la cara de mamá cuando le diga que su plato de pollo y albóndigas ha quedado en segundo lugar después del monstruo asado!"

"¡Por las llamas saltarinas de las estrellas!" gritó Roger de repente. "¡Mirad la hora! ¡Llegamos diez minutos tarde!"

"Ohhhhh," gimió Tom. "¡Sabía que era demasiado bueno para ser cierto!"

"¡Deprisa!" dijo Astro. "Quizá él no se dé cuenta."

"Menuda posibilidad," gimió Roger corriendo detrás de Tom y Astro. "¡Esa vieja cabeza de cohete no va a pasar nada por alto!"

Los tres chicos corrieron de regreso al ascensor eléctrico y fueron llevados silenciosamente al nivel de la esclusa de aire. Se apresuraron a embarcar en la Polaris y entraron en la sala de control. El mayor Connel estaba sentado en un asiento cerca de la pantalla de cartas, estudiando algunos papeles. Los cadetes se pusieron firmes ellos solos.

"Unidad presentándose al servicio, señor," tembló Tom.

Connel se dio la vuelta en la silla giratoria, miró el reloj, dejó los papeles a un lado y avanzó lentamente hacia los cadetes.

"¡Trece minutos y medio tarde!" dijo, bajando la voz a un gruñido mordaz. "Os doy cinco segundos para pensar en una buena excusa. Todo hombre tiene derecho a una excusa. Algunos tienen buenas excusas, otros verdaderas excusa y algunos tienen excusas que suenan como si las hubieran inventado en cinco segundos."

Observó a los cadetes especulativamente. "¿Y bien?" Demandó.

"Me temo que nos dejamos llevar por nuestro entusiasmo debido a una comida que Astro nos presentó, señor," dijo Tom con sinceridad.

"Muy bien," espetó Connel, "¡Pues aquí hay otra cosa para llevaos a todos!" Hizo una pausa y se meció sobre las puntas de los pies. "Había planeado daros a los tres libertad en la estación mientras estáis aquí, siempre que no estuvierais trabajando en el nuevo transmisor. Pero como os habéis mostrado tan fáciles de dejarse llevar, no creo que pueda depender de que completéis vuestros deberes habituales. Por tanto, sugiero que cada uno de vosotros se presente al oficial al mando de vuestros respectivos departamentos y conozca la operación y función de la estación mientras estemos aquí. Este trabajo será adicional a vuestros deberes asignados en el nuevo funcionamiento del transmisor!"

Los tres cadetes tragaron saliva, pero guardaron silencio.

"No sólo eso," la voz de Connel se había elevado a un enojado bramido, "sino que os registraré una sanción a cada uno por cada minuto tarde. ¡Trece minutos y medio, trece sanciones y media!"

El dorado y negro del uniforme de la Guardia Solar nunca se vio más siniestro cuando los tres cadetes observaron al severo astronauta girar y pisar fuerte por la puerta de salida.

Solos, sin libertad antes incluso de saber de que la tenían, los muchachos se sentaron en la cubierta de control de la silenciosa nave y oyeron el latido distante de una bomba, subiendo y bajando, que bombeaba aire libre por toda la estación.

"Bueno," suspiró Tom, "siempre quise saber cómo funcionaba una estación espacial. Ahora creo que lo voy a aprender de primera mano."

"Yo también," dijo Astro. Apoyó sus grandes pies en un delicado panel de instrumentos del tablero de control.

"¡Y yo!" gimió Roger con voz llena de una amargura que sorprendió a Tom y Astro. "¡Pero no pensé que me iba a enterar así! ¡Cómo demonios ha logrado ese... ese tirano sobrevivir tanto tiempo!"

Capítulo 5

"El mayor dolor de cabeza de la estación espacial," dijo Terry Scott, un joven oficial de la Guardia Solar al que se le había asignado el trabajo de mostrar los alrededores a la tripulación de la Polaris, "es mantener un equilibrio perfecto en todo momento."

"¿Cómo logran ustedes eso, señor?" preguntó Tom.

"Creamos nuestra propia gravedad por medio de un giroscopio gigante en el corazón de la estación. Cuando se embarca más peso o sale peso de la estación tenemos que ajustar la velocidad del giróscopo."

Entraron en la cubierta de energía del gran satélite con forma de bola. Los ojos de Astro brillaron de placer mientras miraba con aprobación de una enorme máquina a otra. Los tanques de combustible estaban hechos de aluminita fina y duradera; un cilindro enorme, cubierto con pintura resistente al calor, era el acondicionador de aire. La energía provenía de un banco de dinamos atómicas y generadores, mientras que esas enormes bombas mantenían circulando el suministro de agua y aire artificial de la estación.

Los diales, indicadores, medidores, estaban dispuestos en filas interminables, pero cada uno de ellos desempeñaba su papel para mantener el equilibrio de la estación.

El rostro de Astro era una gran sonrisa de alegría.

"Bueno," dijo Roger con un guiño malicioso a Tom, "no se puede decir que Connel haya hecho infeliz a nuestro venusiano. Aunque nos hubiera dado la libertad, apuesto a que Astro la habría invertido aquí abajo con los simios grasientos!"

Astro no mordió el anzuelo. Su atención estaba fija en una enorme dínamo, la cual observaba con ojos apreciativos. Pero luego Terry Scott presentó la unidad Polaris a un oficial de la Guardia Solar.

"Cadetes, les presento al Capitán Jenledge," dijo Scott. "Y, señor, este es el Cadete Astro. Al comandante Connel le gustaría que trabajara con usted mientras él está aquí."

"Me alegro de conocerlos, muchachos," dijo Jenledge, "y particularmente a usted, Cadete Astro. He oído hablar de su habilidad con los cubos de empuje en los cruceros. ¿Qué opina de nuestro diseño?"

El oficial giró y agitó la mano para indicar el equipo de la cubierta de energía.

"Este es el mejor, el más alucinante..."

El oficial sonrió ante la incapacidad de Astro para describir sus sensaciones. Jenledge estaba orgulloso de su cubierta de energía, orgulloso del establecimiento entero en realidad. Lo había concebido él, había dibujado los planos y había construido esta estación espacial.

En todo el sistema solar esta se consideraba su bebé. Y cuando el capitán había solicitado permiso para permanecer como jefe superior de la cubierta de energía, la Alianza Solar había aprovechado la oportunidad de tener a un hombre tan capaz en el puesto. La estación se había convertido en una especie de curso de posgrado para cadetes de cubierta de energía y oficiales de la Guardia Solar subalternos.

Astro sonrió. Así que el gran Jenledge de veras había oído hablar de él, del humilde Cadete Astro. Apenas podía esperar para quitarse el uniforme azul e ir directamente a trabajar en una máquina cercana destrozada para repararla. Finalmente se las arregló para jadear, "Creo que es genial, señor, ¡simplemente maravilloso!"

"Muy bien, Cadete Astro," dijo el oficial. "Hay un par de monos de trabajo en mi taquilla. Puedes empezar directamente a trabajar." Hizo una pausa y sus ojos brillaron. "¡Si quieres, claro está!"

"¡Claro!" rugió Astro, y se fue al vestuario.

Jenledge se volvió hacia Scott; "Déjalo conmigo, Scotty. ¡No creo

que al cadete Astro le interese mucho el resto de la estación!"

Scott sonrió, saludó y se alejó. Tom y Roger se pusieron firmes, saludaron y siguieron al joven oficial fuera de la cubierta de energía.

"Astro es probablemente más feliz ahora de lo que será en su vida, Tom," susurró Roger.

"Sí," coincidió Tom. "¿Viste la forma en que se le iluminaron los ojos cuando entramos allí? ¡Como un niño con un juguete nuevo!"

Un momento después, Scott, Tom y Roger, en un ascensor de vacío, estaban siendo izados hacia las cubiertas superiores de la estación. Salieron a la cubierta deobservación y Scott caminó directamente hacia una pequeña puerta al final de un pasillo. Una luz sobre la puerta se encendió en rojo y Scott se detuvo.

"Aquí está la sala de observación del clima y meteoritos," dijo. "También de comunicaciones de radar. Cuando la luz roja está encendida, significa que se están tomando fotografías. Tendremos que esperar a que terminen."

Mientras esperaban, Tom y Roger hablaron con Scott. El joven se había graduado de la Academia Espacial siete años atrás. Lo habían asignado a la Cámara de la Alianza Solar como enlace entre la Cámara y la Guardia Solar. Después de cuatro años, había solicitado una transferencia a operaciones espaciales activas.

Luego, les dijo, había habido un accidente. Su nave explotó. Quedó gravemente herido; de hecho, ahora tenía ambas piernas artificiales.

Los cadetes, quienes al principio habían pensado de él que era poco estirado, estaban cambiando de opinión rápidamente. ¿Por qué no había renunciado?, quisieron saber.

"¿Renunciar al espacio?" dijo Scott. "Preferiría morir. Ya no puedo despegar, pero aquí en la estación aún soy un astronauta."

La luz roja se apagó y abrieron la puerta.

En marcado contraste con el bullicio y el ruido en la cubierta de

energía, la sala de observación de meteoritos, clima y radar estaba llena solo con un tenue susurro. A su alrededor, enormes pantallas mostraban varias vistas de la superficie de Venus mientras este giraba lentamente debajo de la estación. A lo largo de un lado de la sala había un sólido banco de pantallas de teleceptores de dos metros cuadrados con un astronauta alistado o un oficial subalterno sentado frente a cada uno. Estos hombres, en sus micrófonos, estaban transmitiendo información meteorológica y climatológica a todas las partes del sistema solar. Ahora era el turno de Roger de emocionarse al ver los maravillosos escáneres de radar que barrían el espacio a lo largo de cientos de miles de kilómetros. ¡Eran lo suficiente poderosos como para captar el contorno de identificación de una nave espacial a doscientas mil kilómetros de distancia! Más allá en un lado, una única pantalla de teleceptor de tres metros cuadrados dominaba la habitación. Roger jadeó.

Scott sonrió. "Esa es la pantalla de teleceptor más grande del universo," dijo. "La más poderosa. Y te muestra una imagen de la galaxia de Andrómeda a miles de años luz de distancia. La mayoría de las luces que ves no son más que eso, solo luz, sus estrellas o soles, que hace mucho tiempo explotaron o se quemaron. Pero la luz continúa viajando y tarda miles de años en llegar a nuestro sistema solar."

"Pero… pero…" jadeó Tom. "¿Cómo puede ser tan preciso con esta pantalla? ¡Parece como si estuviéramos justo en el centro de la propia galaxia!"

"Hay un telescopio de ciento cincuenta centímetros conectado a la pantalla," respondió Scott, "que es igual al gran «ojo» de veinticinco metros de la Academia."

"¿Por qué eso, señor?" preguntó Roger.

"Por que no hay ninguna distorsión de la atmósfera aquí arriba," respondió el joven oficial.

Mientras Tom y Roger caminaban en silencio entre los hombres ante las pantallas del teleceptor, Scott continuó explicando. "Aquí es donde estarás tú, Manning," dijo indicando un gran escáner de radar un poco hacia un lado y parcialmente oculto del resplandor de la

enorme pantalla del teleceptor. "Necesitamos un hombre de guardia aquí las veinticuatro horas del día, aunque no hay mucho que hacer entre la medianoche y las ocho de la mañana en la vigilancia del radar. Un poco de tráfico, pero nada comparado con lo que tenemos durante la jornada laboral normal."

"¿Alguna razón en particular para eso, señor?" preguntó Tom.

"Oh, simplemente no hay muchas llegadas y salidas durante ese período. Tenemos equipos nocturnos para dirigir el tráfico ligero, pero a medianoche la estación se parece mucho a cualquier ciudad adormecida del Medio Oeste. Rueda por las aceras y se va a la cama."

Hizo un gesto a Roger para que lo siguiera hasta la sección de radar y dejó a Tom mirando el interesante espectáculo en el teleceptor gigante. Un enorme cúmulo de estrellas brillaba intensamente llenando la pantalla de luz, luego se desvaneció en la interminable negrura del espacio. Tom contuvo el aliento al recordar lo que Scott le había dicho acerca de que la luz tenía miles de años antes de llegar al sistema solar.

"Manning está listo, Corbett," dijo Scott al lado de Tom. "Vamos. Te mostraré la cubierta de control de tráfico."

Tom siguió al joven oficial fuera de la habitación. Como hacen todos los verdaderos astronautas en un momento u otro de sus vidas, pensó en el lamentablemente pequeño papel que la humanidad había desempeñado hasta ahora en la conquista de las estrellas. El hombre había recorrido un largo camino, estaba dispuesto a admitir Tom, pero aún quedaba mucho trabajo por delante para los jóvenes y valientes astronautas.

Mientras Scott y Tom subían las estrechas escaleras hacia la cubierta de control de tráfico, el oficial de la Guardia Solar continuó hablando del satélite artificial. "Cuando se construyó la estación por primera vez," dijo, "se esperaba que fuera solo una estación de paso para el reabastecimiento de combustible y las observaciones celestes. Pero ahora estamos encontrando otros usos para ella, como si fuera una pequeña comunidad en la Tierra, Marte o Venus. De hecho, ahora planean construir estaciones aún más grandes." Scott

abrió la puerta de la sala de control de tráfico. Hizo un gesto a Tom para que lo siguiera.

Tom estaba dispuesto a admitir que esta sala era el lugar más concurrido que había visto en su vida. Alrededor de la sala circular, los Guardias Solares alistados estaban sentados a pequeños escritorios, cada uno con un tablero de monitoreo frente a él que contenía tres pantallas de teleceptores. Mientras hablaba por un micrófono cercano, cada hombre, al pasar de una pantalla a la siguiente, podía seguir el progreso de una nave espacial dentro o fuera de los puertos de aterrizaje. Una cosa desconcertó a Tom. Se volvió hacia Scott.

"Señor, ¿cómo es que algunas de esas pantallas muestran la estación desde el exterior?" preguntó Tom señaló una pantalla frente a él que tenía una imagen de un inmenso trasbordador de pasajeros entrando en un puerto de aterrizaje.

"Teleceptores bidireccionales, Corbett," dijo Scott con una sonrisa. "Cuando llegaste con la Polaris, ¿no tenías una vista de esta estación en tu teleceptor?"

"Sí, señor," respondió Tom, "por supuesto."

"Bueno, estos monitores captaron tu imagen de teleceptor de la Polaris. Así que el jefe de control de tráfico aquí pudo ver exactamente lo que estabas viendo tú."

En el centro de la habitación circular, Tom notó un escritorio redondo que se elevaba a unos dos metros y medio del suelo. Este escritorio dominaba toda la actividad en la sala ocupada. Dentro había un oficial de la Guardia Solar mirando los teleceptores de monitoreo. Llevaba un micrófono al cuello para enviar mensajes y para recibir llamadas tenía un delgado cable plateado que llegaba hasta el hueso vibrante de su oído. El hombre movía constantemente, girando en círculo, observando los distintos puertos de aterrizaje en las numerosas pantallas. Los transbordos de tres mil toneladas, los cruceros de la Guardia Solar, las naves exploradoras y los destructores se movían perezosamente junto al satélite, esperando permiso para entrar o salir. Este hombre era el oficial principal de control de tráfico, quien se había puesto en

contacto por primera vez con Tom cuando la Polaris se había acercado a la estación. Hacía eso para todos las naves que se acercaban: contactaba con ellas, obtenía la señal de reconocimiento, averiguaba el destino de la nave, su peso y su carga o su dotación de pasajeros.

Luego, la conexión se transmitía a uno de los oficiales de control secundarios sentados a los tableros de monitoreo.

"Ese es el Capitán Stefens," dijo Scott en un susurro. "El oficial más duro de la estación. Tiene que serlo. De quinientos a mil naves llegan y salen todos los días. Su trabajo es asegurarse de que todos las naves que llegan sean llevadas correctamente a los puertos de atraque. Además de eso, todo lo que has visto, excepto las salas de observación de meteoros y climatología, están bajo su mando. Si cree que una nave está sobrecargada, no permitirá que entre y altere el equilibrio de la estación. En su lugar, ordenará a su patrón que descargue parte de su nave en el espacio para ser recogida más tarde. El capitán toma cientos de decisiones al día, algunas de ellas realmente espeluznantes. Una vez, cuando una tripulación de exploradores fue amenazada con la explosión de una masa de reactiva, él les dijo con calma que despegaran hacia un lugar despejado en el espacio y explotaran. La tripulación podría haber abandonado la nave, pero eligieron quedarse con ella y volaron en átomos. Podría haberle sucedido a la estación. Esa noche consiguió un pase de tres días de la estación y fue a Venuspuerto."

Scott negó con la cabeza. "Escuché que Venuspuerto nunca volverá a ser el mismo después de ese pase de tres días del Capitán Stefens."

El joven oficial miró a Corbett con curiosidad. "Ese es el hombre para el que vas a trabajar."

Scott se acercó al escritorio circular y habló rápidamente con el oficial que estaba adentro. Cuando Tom se acercó, Stefens le dirigió una mirada rápida y aguda. Envió un escalofrío por la columna vertebral del cadete. Scott le hizo señas para que se acercara.

"Capitán Stefens, este es el cadete Tom Corbett."

Tom se puso en firmes.

"Está bien, Corbett," dijo Stefens, hablando como un hombre que tenía mucho que hacer, que sabía cómo hacerlo, que le gustaba hacerlo y que estaba perdiendo el tiempo. "Mira aquí conmigo y mantén la boca cerrada. Recuerda cualquier pregunta que quieras hacer. Cuando yo tenga un momento libre, hazla y, por los anillos de Saturno, asegúrate de que estoy libre para responder. Desvía mi atención en el momento equivocado y podríamos tener un accidente grave."

Stefens le dedicó a Scott una sonrisa fugaz y se volvió hacia su constante inspección aguda de los monitores.

La guardia de radar informó de la aproximación de una nave. Stefens inició sus órdenes frías y precisas.

"Monitor siete, saca el carguero de la estación en el puerto sesenta y seis; monitor doce, espere la señal de identificación de la nave de pasajeros que viene de Marte. Vigílala de cerca. La Línea Espacial a Venuspuerto se está sobrecargando de nuevo..." Y así siguió, con Tom parado a un lado mirando ojiplático y perplejo mientras las muchas naves entraban y salían de la estación.

De repente, Stefens se volvió hacia Tom. "Bueno, Corbett," dijo con voz ronca, "¿cuál es la primera pregunta?"

Tom tragó saliva. Había estado tan fascinado por la pura magia de la sala y por el seguro control del tráfico de Stefens que no había tenido la oportunidad de pensar.

"Yo... yo... no tengo ninguna... aún, señor" logró decir.

"¡Quiero cinco preguntas en cinco minutos!" espetó Stefens, "¡y será mejor que sean buenas preguntas!" Se volvió hacia los monitores.

Tom Corbett, aunque se había ganado el respeto de muchos astronautas mayores, estaba descubriendo que la vida de un cadete no se volvía más fácil con el paso del tiempo. Se preguntó fugazmente cómo les estaría yendo a Roger y Astro, y luego comenzó a pensar en algunas preguntas.

A su lado, ajeno a su presencia, Stefens continuaba lanzando

indicaciones. "Monitor tres, saque al explorador del puerto de atraque ocho. Un miembro de la tripulación permanece a bordo de la estación para recibir tratamiento médico. Pesa ochenta kilos. Haga los ajustes de equilibrio en consecuencia..."

A Tom le daba vueltas la cabeza. Era demasiado para que un joven cadete lo absorbiera todo en tan poco tiempo.

Capítulo 6

"Allí va el reactor de línea a Marte," dijo Al Mason con nostalgia. "Cómo desearía que estuviéramos ahí." Sus ojos siguieron la hermosa y delgada nave de pasajeros que acababa de despegar de Venus.

"¿Por qué?" -preguntó Loring.

"Cualquier cosa para escapar de Venuspuerto. ¡Qué agujero apestoso!" resopló el más bajo de los dos astronautas.

"Para lo que queremos hacer," dijo Loring, "¡no hay otra ciudad en el sistema que tenga las ventajas que tiene este lugar!"

"No me hables de ventajas," se quejó Mason. "Que me aspen si puedo ver alguna. Lo único que hemos estado haciendo es pasear por el puerto espacial, hablar con los astronautas y ver el despegue de las naves. Tal vez estés tramando algo, pero que me aspen si veo lo que puede ser. "

"He estado buscando la pausa adecuada."

"¿Qué tipo de pausa?" gruñó Mason.

"De ese tipo," dijo Loring. Señaló a una figura distante que emergía de un carguero espacial. "¡Esa es nuestra respuesta!" dijo Loring con una nota de triunfo en la voz. "Vamos. Salgamos de aquí. No quiero que me reconozcan."

"Pero... pero ¿qué pasa? ¿Qué tiene que ver con nosotros ese tipo y el carguero espacial Annie Jones?"

Loring no respondió, sino que se dirigió rápidamente al areotaxi más cercano y se subió al asiento trasero. Mason entró tras él.

"A La Bronca del Astronauta," ordenó Loring, "¡y rápido!"

El conductor pisó el acelerador y el vehículo rojo en forma de lágrima salió disparado de la acera hacia la multitud de coches que

corrían por la Autopista Principal Número Uno. En el asiento trasero del aerotaxi, Loring se volvió hacia su compañero astronauta y le dio una palmada en la espalda.

"Pronto nos metemos en La Bronca, tú ve y haz las maletas con nuestro equipo. Luego nos vemos en el Café Cosmos en media hora."

"¿Empacar nuestro equipo?" preguntó Mason alarmado. "¿Es que vamos a alguna parte?"

Loring lanzó una mirada al conductor. "¡Tú haz lo que te digo!" gruñó. "En unas horas estaremos de camino a Tara, y luego…" Bajó la voz a un susurro. Mason escuchó y sonrió.

El aerotaxi se deslizó por la autopista recta hacia el corazón de la ciudad de Venuspuerto. Pronto llegó a las afueras. A ambos lados de la carretera se elevaban bajas residencias de techo plano edificadas sobre una rueda giratoria para seguir el preciado sol, y construidas con cristal puro de Titán. Más adelante, y asomándose magnífica bajo el sol de la tarde, estaba la primera y más grande de las ciudades de Venus, Venuspuerto. Como un diamante fantásticamente grande, las asombrosas torres de la joven ciudad se disparaban hacia la brumosa atmósfera, captando la luz y reflejándola en todos los colores del espectro.

Loring y Mason no apreciaban la belleza de la ciudad mientras viajaban velozmente por las concurridas calles. Loring, en particular, pensaba como nunca antes había pensado. Estaba ocupado ideando un complot en su mente, un complot tan peligroso como criminal.

El aerotaxi se detuvo de golpe en una concurrida intersección de la ciudad. Esto era Bronca del Astronauta, y se remontaba a los primeros rudos y duros días pioneros de Venuspuerto.

Durante dos bloques a cada lado de la calle, en edificio tras edificio, cafés, casas de empeño, restaurantes baratos, por encima y por debajo del nivel de la calle, suplían las necesidades de innumerables figuras sombrías que iban y venían silenciosamente como fantasmas. Bronca del Astronauta era el lugar donde los astronautas suspendidos y las ratas espaciales, buscadores de asteroides a la

caza de uranio y pecblenda, se reunían y encontraban una ruidosa y breve diversión. Aquí, los capitanes de reactores con destinos al espacio profundo podían encontrar manos dispuestas a alistarse en sus sucios cargueros a pesar de los bajos salarios y las malas condiciones laborales. Aquí no se hacían preguntas. Por la Bronca del Astronauta, los hombres duros jugaban un siniestro juego de supervivencia.

Loring y Mason pagaron al conductor, se apearon y caminaron por la concurrida calle. Aquí y allá, los letreros de *nuaniam* comenzaban a parpadear con sus llamativos azules, rojos y blancos bañando la calle con un resplandor de luz sintética. Era temprano por la noche, pero Bronca del Astronauta ya se estaba preparando para la noche a la vista.

Poco después, Mason dejó a Loring y subió para empacar sus pocas pertenencias restantes por un tramo largo y estrecho de escaleras que conducían a un lúgubre dormitorio del vestíbulo trasero.

Loring siguió caminando en medio del ruido y las risas que resonaban en los bares y restaurantes baratos. Se detuvo frente al Café Cosmos y examinó la calle rápidamente antes de entrar por las amplias puertas. Muchos años atrás, el Cosmos había sido un lugar tranquilo para cenar, un lugar al que acudían respetables grupos familiares para disfrutar de la buena comida y la suave brisa de un lago cercano. Ahora, con el lago contaminado por la industria y con la afluencia gradual de haraganes astronautas, el Cosmos se había entregado a la más básica y simple necesidad de sus nuevos clientes: ¡zumo de los cohetes!

La gran sala a la que entró Loring aún conservaba algunas de las características de sus comienzos más gentiles, pero la enorme y estridente pantalla del teleceptor estaba llena de la cara de labios fruncidos de un cantante popular. Loring avanzó hacia la barra que ocupaba una pared entera.

"¡Zumo de cohete!" dijo golpeando con el puño la barra de madera. "¡Doble!" Le sirvieron un vaso del áspero líquido azulado, pagó sus créditos y se pulió la bebida. Luego se volvió lentamente y miró alrededor de la sala medio llena. Casi de inmediato, vio a un hombrecillo arrugado que cojeaba hacia él.

"Te he estado esperando," dijo el hombre.

"Bueno," demandó Loring; "¿preparaste algo, Shinny?

"¡Sr. Shinny!" gruñó el hombrecillo con sorprendente vigor. "¡Soy bastante mayor para ser tu padre!"

"¡Muy bien, muy bien, Sr. Shinny!" se burló Loring. "¿Lo tienes?"

El hombrecito negó con la cabeza. "No hay nada en el mercado, Billy." Hizo una pausa y apuntó un chorro de jugo de tabaco hacia una escupidera cercana.

Loring pareció aliviado. "Da igual. Tengo otra cosa en marcha de todos modos."

Los ojos de Shinny se agudizaron. "¡Debes de tener un gran golpe, Billy, para tener tantas ganas de comprar una nave espacial!"

"Sólo quiero dar un paseito ahí arriba, Sr. Shinny," dijo Loring.

"¡No me sueltes ese gas espacial!" espetó Shinny. "Un hombre que ha perdido sus documentos espaciales no va arriesgarse a que lo pille la Guardia Solar reventando el vacío con un cohete y sin papeles." Se detuvo y sus ojillos grises brillaron. "A menos que," agregó, "¡tengas en marcha un gran golpe!"

"¡Ey, Loring!" gritó Mason al entrar al café. Llevaba dos bolsas de viaje de astronauta, bolsitas contenedoras de plástico negro con cremalleras de vidrio.

"Así que Al Mason va contigo," reflexionó Shinny. "Muy buen hombre, Al. A ver, os vi a los dos justo antes de que despegarais hacia Tara." Se pausóo. "No podría ser que tengas algo en marcha en el espacio profundo, ¿verdad?"

"¡Eres un viejo idiota!" gruñó Loring.

"Je je je," se rió Shinny. Una sonrisa desdentada se extendió por su rostro arrugado. "Me estoy acercando, ¿eh?"

Al Mason miró a Shinny y luego a Loring. "¡A ver! ¿De qué va esto?"

Demandó.

"Está bien, está bien," dijo Loring entre dientes apretados. "¡Tenemos un golpe en el espacio profundo, pero una palabra tuya y te dispararé con el calentador!"

"Ni una palabra," dijo Shinny, "ni una palabra. Solo te cobraré un poco por mantener tu secreto."

Mason miró a Loring. "¿Cuánto?" demandó.

"Una vigésima parte del botín," dijo Shinny. "Y eso es muy barato."

"Eso es un robo," dijo Loring, "pero de acuerdo, no tenemos otra opción."

"¡Loring, espera un segundo!" objetó Mason. "¡La vigésima parte! ¡Vaya, eso podría sumar un millón de créditos!"

Los ojos de Shinny se abrieron de par en par. "¡Veinte millones! ¡Ey, no ha habido un golpe de uranio tan grande desde la antigua decimoséptima luna de Júpiter en 2294!"

Loring les indicó que se sentaran a una mesa. Pidió una botella de jugo de cohete y llenó tres vasos.

"¡Esto no es uranio, Sr. Shinny!" dijo él.

Los ojos de Shinny se abrieron aún más. "¿Entonces que?"

"¿Cuál es el metal más precioso del sistema hoy en día?" Preguntó Loring.

"Vaya, pues oro, supongo."

"¿Después del oro?"

Shinny pensó por un momento. "Ya no podría ser plata, ya que están haciéndola artificial más barata de lo que cuesta extraerla." El hombrecito se quedó boquiabierto y miró a Loring. "¿Te refieres a...?"

"Así es," dijo Loring, "¡Cobre!"

La mente de Shinny se aceleró. En este año de 2353, todos los principales depósitos de cobre se habían agotado hacía mucho tiempo y solo se estaban encontrando pequeños depósitos nuevos, no lo suficiente para las necesidades del sistema en expansión. En la era de la electrónica, la falta de cobre se había convertido en un grave cuello de botella en la producción de equipos eléctricos y científicos. Los grupos de búsqueda estaban constantemente por todo el sistema solar tratando de encontrar más del preciado metal. Así que un depósito del tipo del que hablaban Loring y Mason era realmente un premio.

Los codiciosos dedos de Shinny se movieron con anticipación. "Así que por eso quieres comprar una nave espacial, ¿eh?"

"Quería," respondió Loring. "Ya no quiero comprar ninguna. Tal y como pintan las cosas, conseguiremos lo que queremos a cambio de nada."

Mason, que había estado sentado en silencio, se levantó de un salto. "¡Así que ese es tu ángulo! Bueno, pues no quiero ser parte de eso," gritó.

Loring y Shinny alzaron la vista sorprendidos.

"¿De qué estás hablando?" preguntó Loring.

"De repente se me ha ocurrido. Ahora sé por qué has estado merodeando por el puerto espacial durante las últimas dos semanas. ¡Y qué quisiste decir cuando viste al astronauta salir de ese carguero hoy!"

"¡Siéntate!" ladró Loring. "Si no fueras tan tonto, te habrías dado cuenta hace mucho tiempo." Miró al hombre más bajo con párpados entreabiertos. "¡Esa es la única forma de poder salir de aquí!"

"No yo. ¡No pienso hacer nada de eso!" se quejó Mason.

"¿Que está pasando aqui?" preguntó Shinny. "¿De qué estáis hablando vosotros dos, vagabundos del espacio?"

"¡Te diré una cosa! Él va a intentar…"

De repente, Loring se puso de pie y abofeteó al astronauta más bajo en la boca. Mason se sentó con una mirada aturdida en el rostro.

"¡Rata ignorante del espacio!" siseó Loring. "Tú harás lo que te diga que hagas, ¿lo ves claro?"

"Sí, claro," balbuceó Mason. "Está bien. Cualquier cosa que digas. Cualquier cosa."

"¿Qué es ésto?" preguntó Shinny.

"¡Tú cállate!" gruñó Loring.

"¡No voy a callarme!" dijo Shinny mientras también se levantaba de la mesa. "¡Puede que seas duro, Billy Loring, pero no más duro que yo!"

Los dos hombres enfrentaron miradas durante un momento. Finalmente, Loring sonrió y le dio a Mason unas palmaditas en el hombro. "Lo siento, Al. Supongo que me calenté un poco durante un momento."

"Deja de hablar con acertijos," suplicó Shinny. "¿De qué va todo esto?"

"Sentaos," dijo Loring.

Se hundieron de nuevo en sus sillas.

"Es simple," dijo Mason temeroso. "Loring quiere robar una nave espacial."

"¡Un trabajo pirata!" dijo Shinny. Respiró hondo. "¡Debes de estar mal de la cabeza!"

"Te has invitado a esto tú mismo," le recordó Loring. "Y te vas a quedar."

"¡Oh, no!" La voz de Shinny se convirtió en un susurro ronco y asustado. "El trato está cancelado. ¡No voy a pasar el resto de mi

vida en un asteroide prisión!"

"Shinny, ya sabes demasiado." Loring lanzó la mano hacia el desintegrador que llevaba en el cinturón.

"Tu secreto está a salvo conmigo. Te doy mi palabra de astronauta al respecto," dijo Shinny empujando su silla hacia atrás. De repente se puso de pie y salió rápidamente por la puerta del Café Cosmos.

"Loring," dijo Mason, "atrápalo. No puedes dejarlo..."

"Olvídalo," replicó el otro. "Él no romperá el juramento de su astronauta. No Shinny." Se levantó. "Vamos, Mason. No tenemos mucho tiempo antes de que despegue el Annie Jones."

"¿Qué vamos a hacer?" el hombre más bajo quería saber.

"Colarnos en la cubierta de carga. Luego, cuando salgamos al espacio, purgamos a los pilotos y nos dirigimos a Tara para nuestra primera carga de cobre."

"¡Pero un trabajo así requerá dinero!"

"Ganarenos lo suficiente para seguir adelante con la primera carga."

Mason empezó a levantarse, vaciló y volvió a sentarse.

"Vamos," espetó Loring. Su mano cayó hacia su cinturón. "Voy a hacerte rico, Mason," dijo en voz baja. "Voy a convertirte en uno de los hombres más ricos del universo, aunque tenga que matarte primero."

Capítulo 7

"Carguero espacial Antares desde la estación espacial Venus. Su rumbo de aproximación es uno nueve siete, corregido. Reduzca la velocidad a mínimo impulso y acérquese al puerto de atraque nueve, a la cubierta deaterrizaje tres. ¡Fin de la transmisión!

Tom estaba en el estrado de la sala de control de tráfico y conectó el rayo de Antares a uno de sus asistentes en los monitores de la sala de control. En menos de dos semanas había dominado el difícil procedimiento de control de tráfico hasta el punto en que el capitán Stefens le había permitido dirigir el turno de medianoche. Comprobó los monitores y se volvió para ver a Roger atravesar la puerta.

"¿Trabajando duro, jovencito?" preguntó Roger con su acento casual.

"¡Roger!" exclamó Tom. "¿Por qué estás tonteando aquí abajo?"

"Ah, no hay nada que hacer en la cubierta de radar. Además, tengo la alarma de emergencia encendida." Se secó la frente. "¡Hermano! ¡Este es el lugar más estrecho en el que estar atrapado!"

"Podría ser peor," dijo Tom, sus ojos recorriendo los monitores.

"Nada podría ser peor," gruñó Roger. "Nada. Piensa en esa encantadora muñeca espacial de Helen Ashton sola en la tierra y yo atrapado aquí en una estación espacial."

"Bueno, estamos haciendo un trabajo importante, Roger," respondió Tom. "Y haciéndolo bien, o el Mayor Connel no nos dejaría tanto tiempo solos. ¿Cómo te va con el nuevo equipo?"

"¿Ese juguete?" se burló Roger. "Le eché un vistazo, verifiqué los circuitos una vez y lo supe de cabo a rabo. ¡Es tan simple que un niño podría haber construido uno!"

"Oh, claro," se burló Tom. "Por eso los mejores científicos trabajaron

durante años en algo pequeño, compacto, lo bastante poderoso como para atravesar el espacio profundo y aún así ser fácil de reparar."

"Deja de darme la murga, jovencito," replicó Roger; "Estoy pensando. Intento encontrar la forma de llegar al teleceptor a bordo de la Polaris.

"¿Por qué no llegar hasta la Polaris?" preguntó Tom.

"Están agitando la cubierta de energía con una nueva unidad de hiperimpulsor para el gran salto a Tara. Tantos tipos zumbando a tu alrededor no puedes acercarte."

"¿Para qué necesitas un teleceptor?" preguntó Tom.

"Para hacerme compañía," respondió Roger con amargura. "¡Ey!" Chasqueó los dedos de repente. "Tal vez si cambiara la frecuencia..."

"¿Qué frecuencia? ¿De qué estás hablando?"

"¡Chico astronauta, he tenido una súper idea! ¡Nos vemos luego!" Y el cadete rubio corrió hacia la puerta.

Tom vio a su compañero de unidad desaparecer y sacudió la cabeza con divertida desesperación. Roger, se dijo a sí mismo, puede que fuera difícil, pero ciertamente nunca era aburrido.

Luego, su atención volvió a los monitores por la advertencia de que se acercaba otra nave espacial.

"Trasbordador de pasajeros San Francisco a control de tráfico de la estación espacial Venus..." la voz metálica crepitaba por el altavoz.

"Trasbordador San Francisco, al habla control de tráfico de la estación espacial Venus," respondió Tom. "Tiene autorización para aterrizar en el puerto once, repito, once. Haga una verificación estándar para la órbita de aproximación hacia el puesto de aterrizaje. ¡Fin de la transmisión!"

Desde un lado del estrado circular, Tom vio al mayor Connel entrar en la habitación. Se puso firme y saludó con elegancia.

"Buenos días, Corbett," dijo Connel, devolviendo el saludo de Tom. "¿Entrando en el ritmo de las operaciones?"

"Sí, señor," dijo Tom. "He manejado unas veinte aproximaciones desde que el capitán Stefens me dejó solo, y unas cincuenta salidas." Tom levantó el puño, con el pulgar extendido y lo pasó por el pecho en la señal astronauta tradicional de que todo estaba despejado. "Ni un arañazo en ningno de ellos, señor," dijo sonriendo.

"Bastante bien," dijo Connel. "Sigue así." Observó la pantalla del monitor mientras el trasbordador San Francisco se posaba en el puerto de atraque once.

Cuando estuvo acunado y seguro, él gruñó de satisfacción y se volvió para irse. En la puerta se detuvo de repente. "Por cierto, ¿no está Manning en guardia de radar?"

"Sí, señor," respondió Tom.

"Bueno, es la una cuarenta y ocho. ¿Qué tal su registro estándar con el control de tráfico?"

Tom balbuceó: "Él... uh... puede que esté calculando la posición de alguna chatarra espacial, señor."

"¡Aún así debe presentarse, independientemente de lo que esté haciendo!"

"Yo... eh... ah... ¡sí, señor!" Tom tragó saliva. «Maldito Roger,» pensó, «mira que olvidarse del importantísimo aviso cada cuarto de hora.»

"Será mejor que suba y averigüe si algo anda mal," dijo Connel.

"Dios, señor," sugirió Tom buscando desesperadamente una excusa para su compañero de nave. "Estoy seguro de que Roger nos habría notificado si hubiera pasado algo."

"¡Conociendo a Manning como yo, no estoy tan seguro!" ¡Y el irascible oficial atravesó la puerta como un tanque a reacción!

"Vamos, Mason. Date prisa y ponte ese traje espacial," ladró Loring.

"Tómatelo con calma," refunfuñó Mason. "¡Estoy trabajando lo más rápido que puedo!"

"Qué mala suerte," gruñó Loring. "¡Quién hubiera imaginado que el Annie Jones despegaría de Venus y luego se detendría en la estación espacial!"

"Eso demuestra que no eres tan inteligente," replicó Mason. "Muchas naves hacen eso. Llevan el combustible justo para salir de la superficie para ser ligeras cuando salen disparadas de la gravedad de Venus. Luego se detienen en la estación espacial para reabastecerse de combustible para un largo recorrido."

"Está bien," ladró Loring, "¡Corta la conferencia! ¡Ponte el traje espacial rápidamente!"

"Escucha, sabiondo," desafió Mason, "dime una cosa. Si salimos de esta bañera con los trajes espaciales, ¿quién nos va a recoger?"

"¡No vamos a salir!" dijo Loring.

"¿No? Entonces, ¿para qué nos estamos vistiendo?"

"Por si acaso," dijo Loring. "Ahora escucha. En unos minutos, la Annie Jones se pondrá en contacto con el control de tráfico. Solo que en lugar de hablar con el piloto, estarán hablando con nosotros. Porque vamos a tomar el mando."

"Pero a menos que aterricemos, sospecharán. Y si aterrizamos..."

Loring interrumpió. "Nadie va a sospechar nada. Le diré al control de tráfico que tenemos una carga pesada extra. Así no nos dejarán aterrizar. Seguiremos sus órdenes y despegaremos hacia el espacio, buscaremos una estación de combustible de emergencia, nos dirigiremos hacia Tara y nadie sospechará nada."

Mason frunció el ceño. "Eso me suena horriblemente arriesgado," murmuró.

"Claro que es arriesgado," se burló Loring, "¡Pero no se gana el premio gordo sin arriesgarse!"

Los dos hombres, acurrucados en un revoltijo de cajas de embalaje en la bodega de carga del Annie Jones, hicieron los preparativos cuidadosos. Comprobando sus armas, se encaminaron hacia la cubierta de control del carguero. Justo fuera de la escotilla se detuvieron con las pistolas de paralorrayos listas, y escucharon.

En el interior, el piloto James Jardine y Leland Bangs, su primer oficial, se preparaban para el aterrizaje en la estación espacial.

"Debería estar captando la señal del radar de aproximación muy pronto," dijo Bangs; "Será mejor que le quites el control automático, Jardine. Usa el manual para la maniobra precisa."

"Bien," respondió su compañero espacial. "Envíe una señal de radar para que la detecten. Revisaré la carga y me aseguraré de que esté amarrada para el aterrizaje. El capitán Stefens se toma muy en serio es perfecto estado de la nave."

El carguero avanzó uniformemente, suavemente a través de la oscuridad del espacio en línea recta hacia el satélite artificial. Jardine se levantó del tablero de control dual del carguero, tomó una luz portátil y se dirigió a la escotilla que conducía a la cubierta de carga.

"Ya viene," siseó Loring. "Lo atraparemos en cuanto salga." Hubo un sonido metálico cuando la escotilla se abrió y la cabeza de Jardine apareció a la vista.

"¡Ahora!" gritó Loring. Apuntó a la cabeza de Jardine con la pesada pistola de paralorrayos.

"¿Qué...?," Exclamó el astronauta sorprendido. "¡Bangs, cuidado!"

Trató de evitar el golpe, pero el arma de Loring aterrizó en un costado de su cabeza. Jardine se desplomó sobre la cubierta.

Bangs se levantó de su asiento en un momento, a la llamada de su piloto. El fornido y pelirrojo astronauta vio de un vistazo lo que iba mal y se abalanzó hacia la escotilla.

Loring dio un paso hacia él, sosteniendo su paralorrayo.

"¡Muy bien, astronauta!" gruñó. "¡Alto o te congelo!"

Bangs se detuvo y miró fijamente a la pistola y a Jardine, quien estaba desplomado en la cubierta. Mason pasó corriendo junto a él hacia los controles.

"¿Qué es ésto?" preguntó Bangs.

"Un antiguo juego," explicó Loring con una mueca de desprecio. "Se llama «Tú lo tienes y yo te lo quito». Y si no te gusta, te llevas esto." Hizo un gesto con su arma. "¿Entiendes?"

Bangs asintió. "Está bien," dijo. "Está bien, pero ¿qué tal si me dejas cuidar de mi amigo? Está herido."

"Sólo es un chicón en la cabeza," dijo Loring. "Saldrá de eso muy pronto."

"Ey," gritó Mason, "¡no puedo descifrar estos controles!"

Loring gruñó enojado. "¡Quita, déjame con ellos!" Obligó a Bangs a acostarse en la cubierta y luego, sin dejar de apuntar con el arma al astronauta pelirrojo, se acercó rápidamente al tablero de control. Le entregó la pistola a Mason.

"Vigílalos mientras estudio este bebé."

"Lo menos que podrías haber hecho es robar una nave decente," refunfuñó Mason. "¡Esta bañera es tan vieja que cruje!"

"Tú cierra la boca y no pierdas de vista a esos tipos," dijo el otro. Comenzó a murmurar para sí mismo mientras trataba de descifrar los complicados controles.

Jardine ahora estaba consciente, pero tuvo la presencia de ánimo para no moverse. Le dolía la cabeza por el golpe. Lentamente abrió los ojos y vio a sus dos atacantes inclinados sobre el tablero. Vio que Bangs yacía en la cubierta frente a él. Jardine le guiñó un ojo a Bangs, quien le devolvió la señal. Luego comenzó, con cuidado, metódicamente a enviar un mensaje en código Morse a su compañero a través de sus ojos parpadeantes.

"Solo un arma entre ellos. Tú al grande. Yo al arma."

"¿Tampoco tú lo entiendes?" preguntó Mason, inclinándose sobre el hombro de Loring.

"Ah, este viejo cascarón es un quemador químico reconvertido. Estos controles son más viejos que el sol. ¡Tengo que encontrar el piloto automático!"

"Prueba esa palanca de ahí," sugirió Mason.

Loring alargó la mano para agarrarla y le dio la espalda a sus prisioneros.

"¡Bangs, a por ellos!" gritó Jardine. Los dos hombres se pusieron en pie de un salto y se abalanzaron sobre Loring y Mason. Loring se inclinó hacia un lado, perdiendo el arma en la pelea, pero al caer, echó mano a la palanca de control de aceleración, la sacó del zócalo y se la arrojó a la cabeza de Bang. El oficial cayó al suelo. Jardine, mientras tanto, tenía a Mason en un agarre parecido a una pinza, pero Loring volvió a utilizar la palanca y la apretó con fuerza contra el cuello del piloto del carguero. Jardine cayó sobre la cubierta.

"Gracias, Loring," jadeó Mason. "¡Eso ha estado cerca! Menos mal que teníamos estos trajes espaciales, o estaríamos acabados. No pudieron agarrar el plástico resbaladizo."

"¡Suerte hemos tenido!" gruñó Loring. "¡Te dije que los vigilaras! ¡Si nos hubieran atrapado, habríamos terminado en el asteroide prisión!"

"Loring," gritó Mason, "¡Mira!" Señaló con un tembloroso dedo el indicador de empuje. "¡Vamos a toda velocidad espacial, directos hacia la estación!"

"Por los anillos de Saturno," gritó Loring, "¡Debo de haber atascado el empuje al sacar la palanca del tablero de control!"

"¡Vuelve a colocarla! ¡Ralentiza esta nave!" Gritó Mason con el rostro pálido por el miedo. Loring saltó al tablero de control y, con dedos temblorosos, intentó recolocar la palanca en el zócalo.

"No puedo… no puedo…" jadeó. "¡Tenemos que salir de aquí! Nos dirigimos a la estación. ¡Nos vamos a estrellar!"

"¡Venga! ¡Por aquí! ¡Hemos dejado los cascos espaciales en la bodega de carga!" gritó Mason. Corrió hacia la escotilla abierta que conducía a la escalera. De repente se detuvo. "Ey, ¿qué hay de esos dos tipos?"

"¡Olvídate de ellos!" gritó Loring. "Continúa. ¡Ya no podemos hacer nada por ellos!"

Y mientras los dos hombres corrían hacia la popa, el carguero, con sus poderosos cohetes abiertos de par en par, se dirigía directamente hacia la reluciente estructura blanca de la estación espacial.

"Eso fue fácil, encanto," susurró Roger por el micrófono del panel de control principal del puente de radar de la estación espacial.

"Cambié la frecuencia de la estación, transmití a una línea troncal de teleceptor en la Tierra y te llamé, churri espacial mía ¿Inteligente, eh? Ahora recuerda que tenemos una cita en cuanto regrese de esta importante y secreta misión. Podría haberme salido de esta, pero me necesitaban. Por mucho que me gustes, cariño, tuve que ir para darles un respiro a los chicos y... "

"¡Cadete Manning!" Un enfurecido rugido resonó en la pequeña cámara.

"Sí, ¿qué quieres?" Gruñó Roger, volviéndose para ver quién lo había interrumpido. De repente tragó saliva y se puso pálido. "¡Ohhhhhhhhh, adiós nena!" Pulsó el interruptor y se puso de pie. "Uh... ah... buenos días, mayor Connel," balbuceó.

"¿Qué está pasando aquí, Manning?" ladró Connel.

"Yo... estaba... hablando, señor," respondió Roger.

"¡Eso he oído! Pero ¿hablando con quién?"

"¿Con quién, señor?"

"Eso es lo que he dicho, Manning." La voz de Connel se redujo a un profundo ronroneo sarcástico. "¿Con quien?"

"Pues yo estaba... ah... hablando con la Tierra, señor."

"Asunto oficial, supongo."

"¿Quiere decir, oficial como sobre algo aquí en la estación, señor?"

"Oficial, como sobre algo aquí en la estación, Manning," respondió Connel en un tono casi amable.

"No, señor."

"Creo que ha fracasado en hacer tu informe de cada cuarto de hora en el centro de control de tráfico, ¿eh?"

"Sí, señor," tragó saliva Roger. El pleno hecho de lo que había hecho estaba empezando a calarle.

"Y has manipulado el equipo vital de la estación para tu uso personal," agregó Connel. Con una sensación de hundimiento en la boca del estómago, Roger notó que el mayor estaba extrañamente tranquilo en su interrogatorio. Eso parecía la calma antes de la tormenta.

"Sí, señor," admitió Roger, "cambié varios circuitos."

"¿Eres consciente de la gravedad de tu negligencia, Manning?" La voz de Connel comenzó a endurecerse.

"Sí, supongo que sí, señor," dijo Roger a trompicones.

"¿Puedes reparar ese radar para que se pueda usar como estaba previsto?"

"Sí, señor."

"Pues hazlo de inmediato. Hay naves en vuelo dependiendo de tu información y señales."

"Sí, señor," dijo Roger en voz baja. Luego añadió rápidamente: "Me

gustaría que el mayor supiera, señor, que esta es la primera vez que sucede esto."

"¡Solo tengo tu palabra al respecto, Manning!" Connel finalmente comenzó a explotar con su demasiado familiar rugido. "¡Puesto que lo has hecho una vez, no veo ninguna razón para pensar que no puedas haberlo hecho antes ni que no lo vuelvas a hacer!" El rostro del oficial ahora estaba casi morado de rabia. "¡Cuando hayas reparado ese aparato, regresa a tus dependencias! ¡Estás confinado hasta que decida una acción disciplinaria!"

Girándose bruscamente, Connel salió furioso de la habitación, cerrando la escotilla de golpe tras él.

Con un suspiro, Roger se volvió hacia el equipo. Con dedos temblorosos, volvió a conectar los terminales e hizo delicados ajustes en los numerosos diales. Finalmente, cuando la energía comenzó a fluir por la cadena de circuitos adecuada, el escáner de radar cobró vida y la delgada línea de luz recorrió la superficie verde opaca del visor. Se había dejado en un ajuste que cubría trescientos kilómetros alrededor de la estación espacial, y al ver que el área estaba despejada, Roger aumentó el alcance a ochocientos kilómetros. El escaneo resultante envió un escalofrío repentino por su columna vertebral. ¡Una nave espacial rugía hacia la estación a toda velocidad!

El sudor frío perlaba la frente de Roger cuando este agarró el micrófono y llamó a Tom.

"¡Puente de radar a cubierta de control!" Las palabras brotaron frenéticamente. "¡Tom! ¡Tom! ¡Hay una nave que se dirige directamente a la estación! ¡Rumbo 098! ¡Distancia de 720 kilómetros! ¡Llegando a toda velocidad! ¡Tom, adelante! ¡Rápido!"

Abajo en la cubierta de control, Tom había estado observando un carguero espacial saliendo de la estación cuando la voz de Roger se escuchó por el altavoz en un fino grito.

"¿Qué?" chilló Tom. "¡Repite eso, Roger!"

"Nave espacial rumbo 098, ¡a plena marcha! ¡Distancia seis ochenta

ahora!"

"Por los cráteres de la Luna," gritó Tom, "¿Por qué no la detectaste antes, Roger?"

"Olvida eso ahora. ¡Contacta con ese tipo y dile que cambie de rumbo! ¡Ahora no puede frenar a tiempo!"

"¡Muy bien! ¡Corto!" Sin esperar respuesta, Tom cortó a Roger y cambió a una banda espacial estándar. Con voz temblorosa, el joven cadete habló rápida y urgentemente por el micrófono. "Estación espacial a nave espacial acercándose en la órbita 098. ¡Cambie de rumbo! ¡Emergencia! ¡Reduzca el empuje y cambie de rumbo o chocará contra nosotros!"

Mientras hablaba, Tom observaba la pantalla principal de su escáner y veía que la nave se acercaba cada vez más sin cambios ni en la velocidad ni en el rumbo. Sabía que cualquier acción, incluso ahora, acercaría peligrosamente la nave a la estación. Sin dudarlo, encendió el interruptor principal del comunicador de la estación central, abriendo todos los altavoces de la estación a su voz.

"¡Atención! ¡Atención! ¡Al habla el centro de control de tráfico! ¡Emergencia! Repito. ¡Emergencia! Todo el personal dentro y cerca de los puertos de atraque cinco, seis, siete, ocho y nueve, cubiertas A, B y C, evacúen de inmediato hacia al lado opuesto de la estación. ¡Equipos de emergencia en espera para una colisión! ¡Nave espacial en dirección a la estación! ¡Puede chocar! ¡Emergencia, emergencia!"

En las cubiertas en peligro, los hombres comenzaron a moverse rápidamente, y en un momento el gran satélite artificial se preparó para el desastre. En la cubierta de control, Tom permanecía en su puesto emitiendo la advertencia.

"¡Emergencia! ¡Emergencia! ¡Todo el personal preparado para el choque! ¡Todo el personal preparado para el choque!"

Capítulo 8

"¡Ahí ahí!" gritó el capitán Stefens por el micrófono a bordo de la lancha a reacción que daba vueltas alrededor de la estación. "¡Creo que veo algo que se mueve unos setenta grados a mi izquierda y unos veinte en la eclíptica! ¿Lo ves, Scotty?"

Tom, en el asiento de la lancha a reacción, forzó la vista pero no podía ver por encima del tablero de control.

Terry Scott, en una segunda lancha a reacción a dieciséis kilómetros de distancia, respondió rápidamente: "Sí, creo que lo veo, señor."

"¡Bien!" gritó Stefens. "Quizá hayamos encontrado algo."

Habló con Tom por encima del hombro, sin perder de vista los objetos flotantes en el negro vacío del espacio. "Ve a estribor a un cuarto de vuelta completa, Corbett, y mantén rumbo. Luego, hacia arriba, unos veinticinco grados."

"Sí, señor," dijo Tom. Comenzó a maniobrar la nave tamaño mosquito hasta la posición adecuada.

"¡Ahí esta bien!" gritó Stefens. "Ahora mantén. Déjame ver. Creo que hemos tocado terreno de juego."

Desde la derecha, Tom podía ver el destello rojo de los cohetes de la lancha de Terry Scott, que Astro se había ofrecido voluntario a pilotar, apareciendo a la vista. Tan pronto como se había restablecido el orden a bordo de la estación, se habían enviado grupos de búsqueda para recoger supervivientes.

Con cuidado, Tom redujo la velocidad de la nave en respuesta a las breves órdenes de Stefens y pronto se detuvo en el espacio. Allí, flotando justo encima de ellos, visible a través de la cúpula de cristal de la lancha a reacción, Tom podía ver dos figuras con trajes espaciales flotando a la deriva. Poco después, la nave de Scott se acercó y las dos pequeñas naves fueron atadas con cables

magnéticos. Tom y Stefens se pusieron deprisa los cascos espaciales. Ajustaron las válvulas que regulaban el suministro de oxígeno en sus trajes y Stefens deslizó hacia atrás la parte superior corredera de la lancha. Afuera, en el casco, aseguró un cable a un argolla saliente y, ordenando a Tom que esperara, se impulsó fuera de la nave hacia el vacío del espacio.

Con el cable dejando un rastro tras él, Stefens se dirigió hacia las dos figuras indefensas. Los alcanzó en menos de un minuto, aseguró el cable a los cinturones y le indicó a Tom que los remolcara.

Cerca de allí, Terry Scott y Astro veían cómo las tres figuras eran remolcadas a salvo.

Rápidamente se cerró la parte superior de la lancha a reacción, se restauró la presión de oxígeno en la nave y los cuatro hombres se quitaron los cascos.

"¡Uf!" dijo Loring. "¡Quiero darles las gracias por sacarnos de las profundidades!"

"¡Sí, señor!" añadió Mason. Luego, con una mirada rápida a Loring, preguntó en voz baja: "¿Hubo otros supervivientes?"

El rostro de Stefens estaba sombrío. "Ni uno. Después de desenredar el desastre, encontramos los cuerpos de dos hombres. Bastante grave. Un poco más tarde se detectó algo en el radar, y rezamos por que hubiera supervivientes. ¡Suerte para vosotros que salimos a buscar!"

"Por los anillos de Saturno," juró Loring en voz baja, "Jardine y Bangs eran hombres valientes. Prácticamente nos obligaron a salir cuando vieron que iban a estallar." Se volvió hacia Mason. "¿No es así, Al?"

"Sí, hombres valientes," asintió Al Mason.

"No hay nada que hacer por ellos ahora, por supuesto," dijo Stefens. "¿Qué pasó?" Hizo una pausa y luego agregó: "No me lo diga si no quiere antes de hacer tu informe, pero me gustaría saberlo."

"Realmente no sé qué pasó, señor," dijo Loring. "Habíamos hecho un

trato para un viaje de regreso a la Tierra con Jardine y estábamos durmiendo en la cubierta de carga. De repente, Jardine entró corriendo. Nos dijo que estábamos a punto de chocar con la estación y que nos vistiéramos y le preguntamos qué iba a hacer él, pero nos dijo que se quedaría y trataría de salvar la nave. Nosotros salimos y... bueno, lo vimos todo desde aquí. Como un gran destello de luz. lo han pasado bastante mal en la estación, ¿eh?

"Bastante mal, pero gracias al Cadete Corbett aquí presente, no hubo ni un solo herido. Les advirtió a todos de que salieran de ese lado de la estación. Mucho daño, pero sin bajas."

"¿No tiene idea de qué hizo que la nave se estrellara?" preguntó Tom en voz baja.

Loring miró a Tom pero habló con Stefens. "Le dije todo lo que sé, señor. ¿Tengo que esperar ser interrogado por todos en la Guardia Solar? ¿Incluidos los cadetes?"

Stefens se erizó. "Fue una pregunta cortés, Loring," dijo con rigidez, "¡Pero no tienes que decir nada si no quieres!"

Loring y Mason no habían esperado una defensa tan fuerte del cadete, y Loring se apresuró a enmendarlo. "Lo siento, supongo que aún estoy un poco alterado," murmuró.

Stefens gruñó.

"No fue agradable, ¿sabes?, ver la nave a toda velocidad y no poder hacer nada al respecto," continuó Loring quejumbroso. "Jardine y Bangs... bueno, son... eran una especie de amigos míos."

Estuvieron en silencio todo el camino de regreso a la estación, cada uno con sus propios pensamientos: Stefens desconcertado sobre la causa del accidente, Loring y Mason intercambiando miradas furtivas y rápidas y preguntándose cuánto tiempo duraría su historia, y Tom preguntándose cuánto del cambio de los circuitos de energía del radar de Roger tenía que ver con el accidente de la nave.

"Así es," espetó Connel a los dos astronautas alistados. "Dije que

quería que la sección de radar de la cubierta decomunicaciones se cerrara y sellara hasta que se realicen más investigaciones. Mientras tanto, pueden hacer algún trasbordo y usar uno de los monitores en el control de tráfico."

Los dos astronautas vestidos de rojo se volvieron y se alejaron. Stefens se hizo a un lado.

"¿No cree que eso es llevar las cosas demasiado lejos, señor?" le preguntó a Connel.

"¡Estoy haciendo esto tanto para proteger al cadete Manning como para procesarlo! ¡Quiero estar seguro de que no hubo conexión entre el accidente de la Annie Jones y su manipulación de los circuitos del radar!" respondió Connel.

"Supongo que tiene razón, señor," respondió Stefens. "Esos dos supervivientes, Loring y Mason, están tomando café en el lío si quieres hablar con ellos."

"¿Cambiaron su relato de los acontecimientos?" preguntó Connel.

"Nada en absoluto. Iban a hacer un viaje de regreso a Átomo City, y estaban dormidos en la bodega de carga. Jardine, uno de los pilotos, entró y les dijo que se fueran. Lo hicieron."

"Hmm," reflexionó Connel. "Conozco a esos dos, Loring y Mason. Tuve un pequeño problema con ellos recientemente en un viaje a Tara. Suspendieron sus documentos. Así que si solo estaban de viaje, puede que estén diciendo la verdad."

"Tengo un informe aquí sobre el daño a la estación, señor, si desea escucharlo," dijo Stefens, entregando a su superior un carrete de cinta de audio.

"¡Bien! ¿Hiciste tú mismo el informe?" preguntó Connel.

"Sí, señor. Con la ayuda de Terry Scott y el Cadete Corbett."

"Buen muchacho, ese Corbett," dijo Connel e hizo una pausa. "¡La unidad entera es buena! ¡Si no fuera por ese descerebrado de Manning, diría que tienen un futuro tan brillante en la Guardia

Solar como cualquier unidad que haya visto!"

"¡Lo creo, señor!" dijo Stefens con una sonrisa. "Corbett retomó las operaciones de control de tráfico como un pato se sumerge en el agua. Y ha pasado mucho tiempo desde que Jenledge en la cubierta de energía está entusiasmado con un cadete como lo está con Astro."

Connel sonrió. Se mostraba reacio a presionar para que se investigara la cubierta de radar, sabiendo que si lo hacía, significaría una marca negra perjudicial contra Manning. ¡Pero la justicia era la justicia, y Connel estuvo más cerca de adorar la justicia que cualquier otra cosa en el espacio!

Connel colocó el carrete de cinta en el audiógrafo y se sentó en una silla para escuchar. No le gustaba todo el asunto. No le gustaba pensar en perder a un cadete de la habilidad de Manning por un error estúpido. Había recomendado una investigación exhaustiva. No había otro modo. Si a Manning se le eximía de la responsabilidad del accidente, quedaría libre y no se contrapondría a su historial. Sin embargo, si no lo era, tendría que pagar. Sí, pensó Connel para sí mismo, mientras la voz de Stefens comenzaba a crujir ásperamente en el audiógrafo, si Manning era culpable, entonces Manning pagaría sin duda alguna. Connel se encargaría de eso.

En lo profundo del corazón de la estación espacial, Loring y Mason estaban acurrucados ante tazas de café humeantes, susurrándose con cautela.

"¿Quieres más café, Mason?" preguntó Loring.

"¿Quién quiere café cuando va a haber una investigación de la Guardia Solar?" se quejó Mason. "¿Supongamos que descubren algo?"

"Relájate, ¿quieres?" murmuró Loring para tranquilizarlo. "Connel no sospecha nada. Además, tienen a ese cadete bajo arresto."

"Sí," argumentó Mason, "pero no conoces a esos tipos de la Academia Espacial. ¡Todas estas cosas de honor! Esto no es una

investigación regular. ¡No dejan de investigar hasta que descubren hechos reales! Y nosotros íbamos de polizones y... "

Loring añadió tranquilamente crema y azúcar a su café. "No pueden probar nada. Jardine y Bangs están muertos, y la nave no es más que un montón de chatarra."

"¡Lo descubrirán, te lo aseguro, y ahora tenemos un asesinato en nuestras manos!"

Una puerta detrás de Mason se abrió de repente y apareció Stefens.

"¡Cierra el pico, idiota!" Loring siseó. Se volvió suavemente para mirar a Stefens. "Bueno, Capitán, me alegro de que haya venido. Quería hablar con usted sobre cómo vamos a conseguir transporte de regreso a Venuspuerto."

"Tendrás que esperar a que llegue el trasbordador desde la Tierra," dijo Stefens. "Nos vemos en unas dos horas. Ahora mismo, tengo que hacer arreglos para la investigación del accidente."

"Claro, señor," dijo Loring. "Ah, diga, Capitán, ¿qué espera que revele la investigación?"

"Los verdaderos hechos," respondió Stefens. "Si el accidente se debió a la negligencia del Cadete Manning o si fue algo que sucedió en la nave."

"¿Entonces de verdad cree que el cadete puede ser el responsable?" preguntó Loring en voz baja.

"Él admite negligencia, y la Annie Jones es mucha evidencia," dijo Stefens encogiéndose de hombros antes de marcharse.

"¡Esa es nuestra respuesta!" dijo Loring triunfalmente. "¡Vamos!"

"¿Vamos adónde?" preguntó Mason.

"¡Vamos a tener una pequeña charla con nuestro chivo expiatorio!"

"Ahhh, siéntate, Roger," dijo Astro. "Todo saldrá bien."

"Sí," coincidió Tom. "Estás desgastando la cubierta y tus nervios caminando de un lado a otro de esa manera. Todo irá bien." Tom se esforzó por disimular todo aprensión en su voz.

"Nada hará que esos dos tipos de la nave espacial estén bien," dijo Roger. Pateó con saña un taburete y se sentó a un lado de su litera.

Desde el accidente, Roger había estado confinado a sus dependencias, con Tom y Astro llevándole las comidas. Tom había visto a su compañero de unidad amargarse cada vez por el giro de los acontecimientos y temía que Roger hiciera algo precipitado.

El comunicador central sobre la puerta sonó de repente y los tres cadetes esperaron el anuncio.

"Que los cadetes Corbett y Astro se presenten en el crucero espacial Polaris para el adoctrinamiento en hiperimpulsor, de inmediato, por orden del mayor Connel."

Tom y Astro se levantaron. A Astro le resultó difícil ocultar su entusiasmo por comenzar el adoctrinamiento en el hiperimpulsor, y fue solo su profunda preocupación por Roger lo que le impidió soltar uno de sus bramidos de garganta de toro.

"Tómatelo con calma, Roger," dijo Tom. "La investigación pronto habrá terminado y estaremos en camino a Tara antes de que te des cuenta."

"Sí, Romeo espacial," gruñó Astro, "métete en el saco y descansa los huesos. Tienes suerte de perderte esto."

Roger logró esbozar una débil sonrisa. "Estaré bien. Adelante, aprende sobre ese hiperimpulsor antes de que explotes."

Hubo un momento incómodo mientras los tres cadetes se miraban el uno al otro. La profunda amistad entre ellos no necesitaba expresarse con palabras. Abruptamente, Tom y Astro se volvieron y salieron de la habitación.

Roger miró fijamente la puerta cerrada por un momento y luego se dejó caer en la litera. Cerró los ojos y trató de dormir. Pasara lo que pasara, no serviría de nada quedarse despierto.

Mientras yacía allí pensando en los primeros meses en la Academia Espacial cuando había conocido a Tom y a Astro, oyó un golpe en la puerta y se volvió para ver la escotilla de acero deslizarse hacia atrás sigilosamente. Se levantó de un salto.

Loring asomó la cabeza por la puerta. "¿Estás solo, Manning?" preguntó.

"Sí. ¿Quién eres tú?" preguntó Roger.

"Mi nombre es Loring, y este es mi compañero espacial, Al Mason. Estábamos en la Annie Jones."

Los ojos de Roger se iluminaron. "¡Entonces sabéeis que no soy responsable del accidente!" dijo Roger.

"Yo no diría eso, chico," dijo Loring con gravedad. "Yo no diría eso en absoluto."

"¿Qué quieres decir?" preguntó Roger.

"Una lástima," Loring negó con la cabeza; "Un joven como tú acabando en el asteroide prisión."

"¿Asteroide prisión?" preguntó Roger estúpidamente.

"Sí," gruñó Loring. "¿Has visto alguna vez uno de esos sitios, Manning? Trabajan desde el mediodía hasta la medianoche. Luego te dan comida sintética para comer, porque cuesta demasiado llevar hasta allí comida sólida. Una vez que has estado en la roca prisión, no puedes volver a despegar. Estás acabado como astronauta. ¿Crees que te va a gustar eso?"

"¿Por qué... por qué... qué tiene eso que ver conmigo?" preguntó Roger.

"Pues esto, chico. Después de la investigación, descubrirán que tu radarescopio no funcionaba bien. Luego vendrán a verme y me preguntarán qué pasó a bordo de la Annie Jones."

"Bueno," preguntó Roger, "¿qué pasó?"

Loring miró a Mason. "Pues esto, chico. Jardine y Bangs estaban en el teleceptor y el radar durante quince minutos tratando de captar vuestro rayo. ¡Pero no había ninguno, porque tú lo habas estropeado!"

Roger se sentó en el costado de la litera y miró a los dos hombres. Si lo que decían era cierto, Roger sabía que solo podía haber un resultado para la investigación.

"¿Por qué me estás diciendo esto?" preguntó Roger en voz baja.

"Muy simple. ¡No me gusta ver a nadie ir a la roca prisión!"

"¿Estás..." Roger vaciló; "estás sugiriendo que me escape?"

Loring y Mason se levantaron y caminaron hacia la puerta. Loring se volvió hacia Roger. "No estoy sugiriendo nada, Manning," dijo. "Ya eres mayorcito y deberías saber lo que te conviene, Pero..." hizo una pausa y midió sus palabras con cuidado; "si yo fuera tú, no esperaría a que Connel, ni cualquier otra persona, hiciera pedazos mi vida enviándome a una prisión por un pequeño error!"

La escotilla se cerró detrás de los dos astronautas.

Roger se puso de pie y comenzó a empacar una pequeña bolsa de astronauta. Llegaba un trasbordador desde Átomo City que hacía una parada en Venuspuerto. Echó un vistazo a su reloj. Treinta minutos. No tenía mucho tiempo.

Capítulo 9

"¡Atención! ¡Atención! ¡Esta es una alerta general!" La voz de Tom Corbett era hueca mientras hablaba a través de una audotransmisión de alcance solar. "¡Se busca al cadete espacial Roger Manning. Un metro noventa y dos centímetros de altura, sesenta y cinco kilos. Ojos azules. Cabello rubio. Visto por última vez con uniforme azul. El cadete Manning rompió el confinamiento en las dependencias de la estación espacial Venus y se cree que se dirige de regreso a la Tierra. Se lo busca en relación con el accidente del carguero espacial Annie Jones y la muerte de dos astronautas. Toda información sobre el paradero de Manning debe enviarse al Capitán Isaiah M. Patrick, Oficial superior de seguridad, Guardia Solar, Academia Espacial, Tierra. Esta alerta se transmitirá a todas las autoridades locales."

Tom apagó el interruptor y observó en silencio cómo se oscurecían los brillantes audiotubos. Se volvió hacia un lado y vio a Astro. El gran venusiano estaba sentado a un escritorio, desplomado, con la cabeza entre sus masivas manos.

"¿Sabes?," dijo Astro lentamente, "¡Podría pillar a ese Manning y partirlo en dos por haber salido corriendo!"

Tom no respondió. Cuando descubrieron que Roger había desaparecido, había sido un golpe terrible. Ignorando que Roger; en su estado de confusión mental, había sido una víctima fácil de los engaños de Loring y Mason y había caído inocentemente en su trampa; los dos cadetes creían que su fuga había sido un abuso a su confianza. Roger le había dado su palabra de astronauta de que se limitaría a permanecer en sus habitaciones. Roger había roto esa confianza, y ahora el hecho se estaba transmitiendo por todo el sistema solar. ¡Roger Manning era un fugitivo criminal!

"No hay nada que podamos hacer ahora," dijo Tom. "Todo el universo lo sabe. ¡Está acabado! ¡Destruido! Lo único que podría salvarlo ahora sería la absoluta libertad tras la investigación. Pero como ha huido, supongo que debe ser al revés. Tenía miedo de ser

atrapado" La voz de Tom era fría y amarga. "Y no podemos culpar a nadie más sino a..."

"¡Sino a Manning!" bramó una voz detrás de ellos. Astro se levantó de un salto y se puso firme. Tom se volvió y vio al Mayor Connel entrar en la habitación. Fue por insistencia de Connel que había ordenado a Tom que transmitiera la alerta de Roger.

"¡Esa es la última vez que quiero oír simpatía por un hombre que rompió su palabra!" gruñó Connel.

"Tengo algo que me gustaría decirle al mayor," dijo Astro con voz deliberada, "¡De hombre a hombre!"

Incluso atento, Tom hizo un gesto involuntario con la cabeza para mirar a Astro. Los ojos de Connel se entornaron. «Aquí viene,» pensó. «Bueno, ya he manejado antes rebeliones de este tipo.» Se acercó a Astro. Tan cerca de hecho que el negro y el dorado de su uniforme rozaron el masivo pecho del cadete de Venus.

"¡Tienes permiso para hablar, de hombre a hombre!" espetó Connel.

Astro hizo una pausa durante un momento. Luego se relajó y bajó la mirada al nivel del mayor.

"Soy un ser humano, señor," dijo Astro con la voz más profunda que Tom jamás había escuchado. Fue fuerte y llena de emoción, pero controlada."Y mientras sea un ser humano, consideraré a Roger Manning como uno de los mejores hombres que jamás he conocido y conoceré."

"¿Has terminado?" espetó Connel.

"No, señor, no he terminado," dijo Astro. "Hablo en defensa del hombre, del astronauta, no del uniforme ni de la confianza que traicionó. Y le pido respetuosamente al mayor que, si sus sentimientos por el cadete Manning son tan violentos que le resulta difícil controlarlos, que haga un esfuerzo especial por controlarlos," Astro hizo una pausa y sacó la barbilla; "¡En mi presencia!"

Connel dio un paso atrás. "¿Y si no lo hago?" le gritó.

"Entonces pediré una transferencia de su mando, señor, y si no se concede, dimitiré de la Academia."

"¿Y?" preguntó Connel.

"Y, señor... " Astro continuó.

"¿Y qué, Cadete Astro?" rugió Connel.

"No tengo nada más que decir, señor," dijo Astro.

Tom, que al principio había tenido que controlar el impulso de reírse de la extraña seriedad de los modales y el tono de Astro, ahora encontraba igualmente difícil contener las lágrimas que le brotaban de los ojos.

Connel no iba a dejar que el incidente se quedara ahí. En secreto había esperado que se presentara tal situación, porque quería ver de qué material estaba hecha la unidad Polaris. Y estaba secretamente satisfecho. Cualquier cadete que se ofreciera a renunciar a la Academia en defensa de su compañero de unidad era un verdadero astronauta. Connel no iba a permitir que Astro ni Tom renunciaran por ningún tonto truco de Roger, pero, al mismo tiempo, no podía permitir que se tomaran demasiadas libertades con la disciplina. Connel se volvió hacia Tom.

"¿Supongo que usted siente lo mismo, Corbett?" preguntó.

"Sí, señor," dijo Tom.

"Por supuesto, sabéis que ahora puedo haceros la vida miserable," amenazó.

"Somos conscientes de eso, señor," dijo Tom en voz baja.

"Muy bien, Cadetes Corbett y Astro. Cumpliré con vuestra solicitud. No por que la hayáis solicitado, sino por que respeto vuestros sentimientos como astronautas. No habría pensado gran cosa de vosotros si no hubierais salido en defensa de Manning. Y por tu propio bien, Astro," dijo Connel retrocediendo frente al gran cadete; "nunca vuelvas a pedir hablar con un oficial de la Guardia Solar de hombre a hombre. El Cuerpo de Cadetes no tolerará tal falta de

respeto. Otro hombre que tal vez no hubiera entendido tus sentimientos, podría haber utilizado tu deseo de jugar limpio como un medio para atraparte en una de las peores ofensas en el Código del Astronauta: ¡golpear a un oficial de la Guardia Solar!"

"Sí, señor," murmuró Astro. "Gracias, señor."

"Presentaos a bordo de la Polaris," Connel miró su reloj; "en quince minutos. Voy a ponerla a prueba en el hiperimpulsor y en el funcionamiento del transmisor.

"¿Es que aún vamos a hacer el viaje a Tara, señor?" preguntó Tom.

"Ciertamente, Corbett," respondió Connel. "En dos horas llegará otro cadete de la Academia para reemplazar a Roger. Su nombre es Alfie Higgins. Quizá lo conozcas."

Tom sonrió. "Sí, señor, lo conocemos," respondió. "El cadete Higgins es un amigo mío. Lleva el sobrenombre de El Cerebro. Tiene el coeficiente intelectual más alto de la Academia."

"Bien. Me alegro de que lo conozcas, porque este va a ser un viaje difícil. Hemos tenido un mal comienzo, pero todo ha terminado ahora. Así que olvídalo. Y antes de irme, quiero que sepas esto: en mi opinión personal, Manning no tuvo nada que ver con el accidente. Creo que todo el problema fue causado en la nave. No tengo nada que respalde mi opinión salvo mis sentimientos. Pero los sentimientos pueden ser de gran ayuda para creer a un hombre inocente hasta que se demuestra su culpabilidad. ¡Unidad despachada!"

Alfie Higgins escuchó con atención la historia del accidente y la desaparición de Roger mientras Tom, y luego Astro, le describían la situación en detalle.

"Es una lástima, por supuesto, pero Manning siempre fue un tipo impulsivo. No muy definido en su actitud y emocionalmente inestable," comentó Alfie cuando terminó la historia.

"¡Corta esa charla, cerebro sobrecargado!" gruñó Astro. "¡En este asunto, Roger está de vacaciones!"

"¡Sí, si, porsupuesto!" dijo Alfie rápidamente. No era prudente empezar con el pie izquierdo en una nueva unidad, especialmente cuando uno estaba tratando de ocupar el lugar de un cadete, quien, Alfie tenía que admitirlo, lo tenía todo. La madre de Alfie Higgins no había criado hijos estúpidos, se dijo a sí mismo. Estaba demasiado feliz de ser miembro de la unidad Polaris, el equipo más efectivo de la Academia, como para permitir que algo interfiriera con su éxito.

"He oído mucho sobre el hiperimpulsor," dijo rápidamente, cambiando de tema. "Os agradecería que pudierais describir la base de esta nueva característica en los viajes espaciales para que pueda tener al menos una familiaridad superficial con su funcionamiento y aplicación."

Astro tragó saliva y miró a Tom. "Creo que tendrás que acostumbrarme a esa clase de parloteo, Astro," dijo Tom, sonriendo. "Alfie no sabe hablar de otra manera."

"¿Hay algo malo en mi forma de hablar?" preguntó Alfie, arrugando un poco la nariz para ver por las gruesas gafas.

"¿Quieres saber algo sobre el hiperimpulsor?" gruñó Astro.

"Sin duda, si fueras tan amable," dijo Alfie.

"Bueno, si cierras tu bocaza el tiempo suficiente, ¡te hablaré de él!"

Alfie se sentó y esperó con las manos entrelazadas alrededor de una rodilla.

"En primer lugar," comenzó Astro, "el hiperimpulsor fue desarrollado por Joan Dale en la Academia. ¡Y es tan simple que me cabrea no haber pensado en ello yo primero!"

"Uhhh," bufó Alfie. "Respeto tu gran talento en la cubierta depoder, Astro, ¡pero difícilmente me compararía con Dale!"

"¡Cierra el pico!" ladró Astro. "¡Ya verás lo simple que es! El hiperimpulsor se basa en que el empuje de los cohetes actúa exactamente del mismo modo en todos los átomos dentro de la nave espacial. Así que puedes tener tanto empuje como quieras y nadie lo

sentirá nada. Aunque la nave acelerara un millón de veces más rápido que la gravedad de la Tierra, no sentirías nada, ¡porque todos los átomos del interior serían empujados al mismo tiempo!" Astro se sentó triunfalmente.

"Hmm," comentó Alfie. "Eso suena bien como principio, pero ¿funcionará en el espacio?"

"Escucha, tú… tú…" resopló Astro.

"Seguro que sí, Alfie," dijo Tom. "Ha sido probado antes."

"Aunque aún hay margen de mejora," comentó Alfie.

"¡Yo sí que mejoraré tu cabeza," bramó Astro, "si no cierras esa bocaza! ¿Qué te parece eso, Tom? ¡Nos deshacemos de un Romeo que gasea el espacio y ahora obtenemos uno aún peor!"

La referencia de Astro a Roger hizo que Tom respirara hondo. En el corto tiempo transcurrido desde la llegada de Alfie y la semana desde la desaparición de Roger, no había habido tiempo para olvidar a su antiguo compañero de unidad y acostumbrarse a una nueva personalidad. Astro compartía los sentimientos de Tom e, irritado, golpeaba con su puño jamonero una vez tras otra. Alfie era buen chico, pensaba el gran venusiano, pero, por los cráteres de la Luna, no era Roger.

"¡Atención! ¡Atención!" El intercomunicador cobró vida. "Unidad Polaris, por orden del Mayor Connel, prepárese para despegar de inmediato. ¡Esta es la primera advertencia! Estibe su equipo y prepárese para despegar de inmediato."

Tom, Astro y Alfie se levantaron y, con la imagen de Roger fresca en sus mentes, se dirigieron a la cubierta del puerto de aterrizaje donde la gran nave espacial estaba reluciente y colgada sobre soportes magnéticos. Fueron recibidos en la escotilla por el mayor Connel.

"Muy bien," dijo, "dejad de pensar en Manning aquí mismo en la estación. Sé que es difícil, pero tenemos un trabajo aún más difícil que hacer. Esta será una expedición científica y necesitaremos hasta

la última gota de energía e inteligencia que tenemos, colectivamente, para que esta misión sea un éxito. ¡Cadete Corbett!"

"Sí, señor," respondió Tom.

"¡En espera para despegar en cinco minutos!"

Capítulo 10

"¿Puedo hablar contigo un minuto, astronauta?"

Roger se apartó del dispensador automático de alimentos y miró fijamente a un hombrecillo marchito que estaba a su lado, sonriéndole desdentado.

"¿Qué quieres?" preguntó Roger.

"Solo charlar. Sentémonos a esta mesa, ¿eh?" dijo el hombrecito tomando al cadete del brazo. "Tengo un pequeño trato que creo que podría interesarte."

Roger echó una rápida mirada para evaluar al mal vestido hombre y se acercó a la mesa. A menos que alguien conociera a Roger personalmente, habría sido difícil reconocerlo. Ya no llevaba el azul vivo del cadete espacial, ahora vestía pantalones negros ajustados a las piernas, un jersey azul marino y el sombrero de pico negro del astronauta mercante. Su cabello rubio, una vez cortado al ras, estaba comenzando a rizarse por los lados, y con el sombrero calado hasta la frente, podría haber sido otra persona por completo.

Dejar la estación espacial en el trasbordador había sido fácil para Roger, ya que nadie sospechaba que iba traicionar su confianza. Pero una vez que se descubrió su ausencia y se emitió la orden de arresto, había sido necesario que asumiera algún tipo de disfraz para eludir a la Policía Militar de la Guardia Solar. Roger había terminado en el Bronca del Astronauta de Venusport como algo natural. Afortunadamente, cuando había salido de la estación, había tenido la previsión de llevarse todo el dinero encima, por lo que aún no estaba en necesidad.

En el Bronca del Astronauta, Roger al principio encontró agradable estar libre de disciplina, pero ahora la novedad había desaparecido. Habiendo visitado todos los lugares interesantes del Bronca, la existencia allí se había vuelto aburrida. Su único intento de dejar el Bronca del Astronauta casi se había encontrado con el desastre. Al toparse con un escuadrón de PM de la Guardia Solar, se había

escapado apresuradamente en un aerotaxi cercano. De vuelta en el Bronca, Roger se había paseado por los cafés, sintiendo la soledad que acecha a los hombres buscados por la ley. Y solo porque se sentía muy solo había accedido a hablar con el hombrecito que ahora estaba sentado y lo miraba desde el otro lado de la mesa.

"¿Eres piloto de cohetes, astrogante o capitán?" preguntó el hombrecito.

"¿Quién quiere saberlo?" preguntó Roger con cautela.

"Mira, hijito," fue la rápida respuesta. "¡Soy el Sr. Shinny! Soy el enlace en el Bronca del Astronauta. Si quieres algo, ven a mí y te lo conseguiré. No es asunto mío el porqué estás aquí, pero el hecho es que estás aquí, ¡y no vienes aquí a menos que estés en problemas hasta el espacio profundo!"

Roger miró al hombrecillo más de cerca. "Supongamos que estoy en problemas hasta el espacio profundo, ¿qué podrías hacer tú por mí?" preguntó.

"¿Qué te gustaría que hiciera?" preguntó Shinny astutamente.

"Bueno," dijo Roger con indiferencia, "me vendría bien un conjunto de documentos."

"¿Qué le ha pasado a los tuyos?"

"Los recogió la Guardia Solar," respondió Roger simplemente.

"¿Para qué?" preguntó Shinny.

"¡Para quitarle el helado de vainilla al simio protegido del patrón!" espetó Roger.

Shinny echó la cabeza hacia atrás y se rió. "¡Ese es bueno, muy bueno!" Se secó la boca después de escupir en una escupidera cercana. Se acercó y le dio una palmada a Roger en el brazo. "¡Tú servirás, hijo! Te iráa bien en el Bronca. ¿Por qué no te unes a mí en un pequeño deporte de aceleración?"

"¿Qué es eso?" preguntó Roger.

"¡Zumo de cohete!" dijo Shinny. "¿No has oído hablar nunca del zumo de cohetes?"

"He oído hablar de eso," dijo Roger con una sonrisa, "y si aún estoy aquí para hablar de ello es porque nunca he bebido nada de ello." A Roger le agradaba el hombrecillo por alguna razón, no sabía bien por qué. Había conocido a varias personas en el Bronca desde su llegada, pero todas habían querido saber cuántos créditos tenía y dónde se alojaba.

"Recibí una sacudida de ese zumo una vez en Luna City," dijo Roger. "¡Me dejó listo para despegar sin nave espacial!"

Shinny se rió de nuevo. "¡Buen muchacho! Bueno, no te importará que yo tome uno pequeño, ¿no?" Hizo una pausa y se secó los labios. "¡A tu cuenta, por supuesto!"

"Uno," Roger levantó el dedo; "¡A mi cuenta, por supuesto!"

"¡Ey!" gritó Shinny. "¡Tú, cabeza de asteroide! ¡Trae un balde de ese zumo y una botella de chispa marciana para acompañar!" El camarero asintió y Shinny se volvió hacia Roger. "La chispa marciana no es más que un poco de agua con azúcar," explicó.

"Sí, lo sé," respondió Roger. "¿Qué hay de esos documentos?"

"Hablaré contigo de astronauta a astronauta," dijo Shinny, "cuando tú estés listo para hablar conmigo de astronauta a astronauta."

Se quedaron en silencio mientras el cantinero vertía un vaso lleno de líquido azulado frente a Shinny y colocaba la botella de chispa marciana y un vaso frente a Roger. Roger pagó las bebidas y se sirvió un vaso de agua dulce. Bebiendo un sorbo en silencio, de pronto volvió a dejar el vaso y miró a Shinny a los ojos.

"Tú sabes quién soy," dijo Roger en voz baja.

"¡Sí!" respondió Shinny. "¡Eres Roger Manning, Cadete Espacial! Infracción del honor y violación del Juramento del Astronauta. Escapaste de la estación espacial Venus en un trasbordador de línea. ¡Pero eres uno de los mejores hombres delante de un escáner de radar y un prisma de astrogación de toda la alianza!" Shinny relató

la información rápidamente.

«Él lo sabía desde el principio,» pensó Roger. «Me estaba poniendo a prueba.» Roger se preguntó por qué.

"¿Qué vas a hacer al respecto?" preguntó Roger pensando en la recompensa de mil créditos, el precio estándar ofrecido por la Guardia Solar para todos los hombres buscados.

"Si hubiera querido, podría haber comprado la mejor nave a reacción del espacio con todo el dinero obtenido de las recompensas de la Guardia Solar," espetó Shinny. "Nosotros tenemos nuestro propio código de astronauta aquí en el Bronca. Es algo así. Lo que un hombre quiere traer aquí abajo, lo trae. ¡Lo que no trae, no existe!"

Roger sonrió y le tendió la mano. "¡Muy bien, Sr. Shinny! Quiero un conjunto de documentos, de documentos espaciales a cualquier nombre, para poder salir otra vez al espacio. No me importa adónde ni en qué ni por cuánto tiempo. Me voy. ¡Solo tengo que despegar!"

"¿Quieres documentos para la cubierta deastrogación o de control? ¿Como impulsor de energía quizá?" preguntó Shinny.

Roger pensó un momento. "Será mejor que los consiga para la cubierta de control," dijo.

"Créditos," dijo Shinny. "¿Tienes créditos?"

"¿Cuánto?" preguntó Roger.

"Cien ahora," dijo Shinny, y luego agregó, "y cien en la entrega."

"¿Documentos garantizados?"

"¡Afirmativo!" resopló Shinny. "¡Yo no vendo lo que no sirve! ¡Soy un hombre honesto!"

Roger metió la mano en el interior de su camiseta y sacó un rollo de arrugados billetes de crédito. Contó cien y se los entregó a Shinny.

"¿Cuándo recibiré los documentos?" preguntó Roger.

"Mañana, mismo lugar a la misma hora," respondió Shinny.

"¿Cómo se llama este lugar?" preguntó Roger.

"Café Cosmos."

Roger tomó su vaso de agua dulce y brindó por el hombrecillo que tenía delante. "¡Hasta mañana, Sr. Shinny, cuando vengas aquí con los documentos, o vaya yo a buscarlo con los nudillos preparados!"

"¡No me asustas, astronauta!" espetó Shinny. "¡Estaré aquí!"

Roger inclinó su silla hacia atrás y sonrió con su sonrisa casual. "Sé que volverás, Sr. Shinny. Verás, yo siempre hablo en serio. Y lo que es más importante, tú sabes que hablo en serio."

Shinny se levantó. "Mañana, a la misma hora, en el mismo lugar," dijo, saliendo deprisa por la puerta.

Roger terminó la botella de chispa marciana muy deprimido de pronto. En realidad no quería los documentos falsos. Solo quería alejarse de la aburrida y mortal existencia del Bronca del Astronauta. Caminó con cansancio de regreso a su cuartucho dormitorio a esperar a que llegara la noche. Odiaba volver a la habitación, porque sabía que acabaría pensando en Tom, en Astro y en la Academia Espacial. Ahora no podía permitirse pensar más en eso. Eso era el pasado. Había acabado.

"¿Que tienes a quién?" preguntó Loring.

"¡Te digo que tengo el mejor astrogante del espacio profundo para vosotros!" espetó Shinny.

Loring miró a Mason y de repente se echó a reír, dejando caer la cabeza sobre la mesa.

"¿Que pasa contigo?" preguntó Shinny. "¿Tienes fiebre espacial o algo así?"

Mason, sentado en silencio en la sucia habitación del hotel, sonreía de oreja a oreja.

"Así que nos has buscado a Manning, ¿eh?" repitió Loring al fin. "Quiero decirte algo, Shinny. ¡Yo fui el que consiguió que ese chico escapara de la estación espacial!"

"¿Que tú qué?" preguntó Shinny. Al pequeño astronauta le había llegado a gustar lo directo que era Roger.

"Así es," dijo Loring. "Cuando Mason y yo tomamos el mando de la Annie Jones, ese Manning estaba en el radar de vigilancia de la estación. ¡Al mismo tiempo que íbamos a chocar contra la estación, cruzó un par de cables para hablar con su chica en la Tierra! ¡Creen que él estropeó el radar y provocó el accidente!"

"Entonces es vuestro chivo expiatorio," comentó Shinny pensativo.

"Correcto," dijo Loring. "¡Y ahora vienes y nos dices que podemos conseguir que él nos astrogue hasta Tara! ¡Te lo aseguro, Mason, esta es el mejor chiste que he oído en años!"

"Sí," asintió Mason, su boca débil aún se estiró en una sonrisa estúpida, "¡Pero debes tener cuidado de que no se entere de que fuimos nosotros quienes lo metimos en todos esos problemas!"

"Déjamelo a mí," dijo Loring. "Él nunca sabrá nada. De hecho, nos dará las gracias por sacarlo de la estación y darle la oportunidad de regresar al espacio." Se volvió hacia Shinny. "¿Tienes la nave?"

"Ya te lo dije antes," dijo Shinny, "no hay nada que tener."

"Bueno, pues tenemos que tener una nave," dijo Loring. "¡Una fortuna esperándonos en las profundidades y ningún cascarón espacial para ir a buscarla!"

"Hay una nave," dijo Shinny. "No es muy buena, pero es una nave espacial."

"¿Dónde?" preguntó Loring.

"Cerca de Venusport. Fuera, en la jungla, para ser exactos. Necesita unas cuantas reparaciones, pero hará bastante bien un salto al espacio profundo."

"¿A quién pertenece?" -preguntó Loring.

"A mí," dijo Shinny con un extraño brillo en sus ojos.

"¿A ti?" jadeó Loring. "Por los cráteres de la Luna, ¿de dónde sacaste tú una nave espacial?"

"Hace quince años, un carguero fue obligado a descender a las selvas cerca de Venusport," dijo Shinny. "Yo estaba haciendo prospecciones cerca de allí en busca de pechblenda, en la época en que todos pensaban que Venus estaba llena de ella. Vi a la tripulación evacuar en lanchas a reacción. Tan pronto como se perdieron de vista, me acerqué a echar un vistazo. Quería ver si había alguna lancha que afanar y ahorrarme un viaje de regreso a Venusport y obtener más suministros. De todos modos, subí a bordo y encontré la lancha, pero me entró la curiosidad sobre por qué habían hecho un aterrizaje de emergencia. Miré alrededor de la cubierta de energía y descubrí que habían roto el temporizador de reacción. Entonces se me ocurrió la idea de arreglarlo y llevar la nave a Venusport para darles una sorpresa a esos jóvenes idiotas. La levanté del suelo y luego pensé qué no quería devolverla. Decidí dejar que la malaeza y las enredaderas crecieran encima de ella durante unos días."

"¿No volvió la tripulación a buscarla?" preguntó Loring.

"¿Que si volvieron?" rió Shinny. "¡Yo diría que sí! Casi los vuelve locos a esos pobres paisanos. Supongo que buscaron ese viejo cascarón durante tres meses antes de darse por vencidos.

"¿Y… y quieres decir que aún está allí? ¿Y en buenas condiciones?" preguntó Loring.

"Necesita un poco de combustible," dijo Shinny, "y probablemente una buena revisión, pero no creo que haya nada grave en general."

"Por los cráteres de la Luna," exclamó Loring, "¡Despegaremos de inmediato!"

"Espera," dijo Shinny. "No he dicho que te la fuera a regalar."

"Bueno, ¿cuánto quieres por ella?" -preguntó Loring.

"Bueno, déjame ver," reflexionó Shinny. "Me imagino que si puedes conseguir veinte millones de créditos por el cobre, una cuarta parte debería servir."

"¿Cinco millones de créditos por una nave que se ha estado pudriendo en la jungla durante quince años?" exclamó Loring.

"Está en buen estado," se defendió Shinny. "Salgo cada seis meses y hago una revisión de los reactores para evitar que se oxiden."

"¿Por qué no intentaste hacer algo con ella antes?" preguntó Loring.

"Nunca tuve ocasión de hacerlo," respondió Shinny. "Bueno, ¿Trato hecho o no?"

"Es demasiado," espetó Loring.

"Ese es el precio," dijo Shinny.

"Podría llevarme la nave y no darte nada," se burló Loring.

"Si la Guardia Solar buscó durante tres meses en esa jungla con cien hombres e instrumentos, ¿crees que la vas a encontrar tú?"

"Te doy la quinta parte," dijo Loring.

"No," dijo Shinny, "Ya le he puesto precio. ¡O lo tomas o lo dejas!" Miró a Loring con furia.

Mason finalmente habló. "Tómalo, Loring," dijo, "y salgamos de aquí. Me estoy poniendo nervioso por la investigación en la estación."

"Está bien," dijo Loring, "Trato hecho. Una cuarta parte por la nave."

"¡Hecho!" dijo Shinny; "Ahora creo que será mejor que vayamos a hablar con ese Manning, ¿eh?"

"¿No crees que es un poco peligroso llevarlo con nosotros?" se quejó Mason.

"Sí, tal vez tengas razón," dijo Loring.

"Si fuera yo," dijo Shinny, "no lo pensaría dos veces. Vais al espacio profundo. No es un salto a Marte o a Titán. Esto es lo más profundo que puedes llegar. Si yo fuera tú, querría lo mejor en mi tripulación. Y por lo que he oído sobre ese joven, es el mejor que hay en el puente del radar. ¿Sabes quién era su padre?"

"¿Quién?" preguntó Mason.

"Ken..." Shinny de repente cerró la boca con fuerza. "Sólo otro astronauta," dijo, "¡Pero uno bueno!" Se levantó rápidamente. "Bueno, se supone que debo encontrarme con Manning en una hora en el Cosmos."

Los tres hombres salieron del lúgubre hotel y salieron a la calle principal del Bronca del Astronauta. En unos momentos llegaron al Café Cosmos. Roger ya estaba allí, sentado a la misma mesa y mirando la puerta. Cuando vio a Loring y Mason con Shinny, los ojeó con sospecha.

"¡Hola, chico!" saludó Loring. "Me alegra ver que seguiste mi consejo y te alejaste de «Despegue» Connel." Mason saludó con la mano y los tres hombres se sentaron.

Roger ignoró a Loring y a Mason, hablando directamente con Shinny. "¿Completaste nuestro trato?" preguntó suavemente.

"No," respondió Shinny. "Te he traído otro en su lugar."

Roger le tendió la mano. "Mis cien créditos, ¡ahora!"

"Olvida los créditos, chico," dijo Loring, "tenemos cosas más importantes de las que hablar."

Roger continuó mirando a Shinny, con la palma extendida sobre la mesa. "Cien créditos," repitió con frialdad.

De mala gana, Shinny le entregó el dinero. Lentamente, con cuidado, Roger contó los billetes y luego, después de guardarlos, se volvió hacia Loring por primera vez.

"¿Dijiste que tienes algo importante que discutir conmigo?" dijo arrastrando las palabras.

"¡Veo que aprendiste rápido, chico!" dijo Loring con una media sonrisa. "¡Yo no me fiaría de Shinny más de lo que confío en que sabe cómo volar un cometa!"

Mason rió a carcajadas. Los otros tres simplemente se le quedaron mirando y él se detuvo abruptamente.

"Aquí está la propuesta, Manning," dijo Loring, inclinándose sobre la mesa. "Tengo que navegar y quiero dar un salto al espacio profundo. ¡Quiero que tú hagas la astrogación!"

"Estoy interesado," dijo Roger. "Sigue hablando."

Loring describió brevemente el satélite de cobre, su valor potencial y lo que esperaban obtener de él. Roger escuchó sin hacer comentarios. Cuando Loring terminó, Shinny le habló sobre la nave y su estado. Cuando Shinny terminó, Loring se volvió hacia Roger.

"Bueno, Manning," preguntó, "¿qué te parece el montaje?"

"¿Cuánto gano yo con eso?" preguntó Roger.

"Una vigésima parte del botín," dijo Loring.

"Somos cuatro. Un cuarto de toda la parte, nada menos," dijo Roger arrastrando las palabras.

"Un cuarto para Shinny y un cuarto para él," se quejó Mason. "¡Eso solo nos deja un cuarto para cada uno!"

"Eso es más de lo que tienes ahora," espetó Loring. "¡Está bien, Manning, estás dentro!"

Roger sonrió por primera vez. "¿Cuándo despegamos?"

"¡Tan pronto como tengamos en forma ese cascarón espacial salimos a las profundidades!" dijo Loring.

"Creo que necesito un trago," dijo Shinny. Llamó al camarero a gritos, que le trajo zumo de cohete y chispa marciana.

Roger tomó el vaso de agua dulce y miró de soslayo alrededor de la

mesa.

"¿Cómo se llama ese cascarón espacial que tienes enterrado en la jungla, Sr. Shinny?"

"No le he puesto nombre," dijo Shinny.

Roger hizo una pausa, una leve sonrisa actuó en las comisuras de su boca. "Entonces propongo que le pongamos el nombre de los corazones de cada uno de nosotros aquí en la mesa."

"¿Cuál es ese?" preguntó Loring.

"Diablo del Espacio," dijo Roger.

Shinny sonrió, su frágil cuerpo temblaba levemente por su risa silenciosa. Levantó el vaso de zumo de reactor.

"¡Propongo un brindis por el Diablo del Espacio!"

"Por el Diablo del Espacio," dijeron los demás juntos.

"Y por cualquier problema que nos traiga," agregó Roger en voz baja.

Capítulo 11

"¡Cadete Higgins!" La voz del Mayor Connel rugió por el intercomunicador de la nave mientras el gigante Crucero espacial Polaris volaba suavemente a través del espacio.

"Sí, señor," chilló Alfie en respuesta.

"Cadete Higgins," dijo Connel; "¡Pensé haber solicitado ver la estrella solar Regulus a las quince cero cero horas!"

"Lo solicitó, señor," respondió Alfie.

"Entonces, ¿por qué, por los cráteres de la Luna, no tengo esa posición?"

"Yo estuve... ocupado, señor," fue la dócil respuesta.

"Cadete Higgins," suspiró Connel pacientemente, "¿sería tan amable de bajar a la cubierta de control?"

En el corto espacio de tiempo transcurrido desde su salida de la estación espacial, el mayor Connel había aprendido que regañar al cadete Higgins no era la forma de llamar su atención. De hecho, el mayor Connel no había podido encontrar la manera de llamar la atención del pequeño cadete de ninguna manera, en ningún momento, sobre nada.

"No puedo ahora mismo, señor," respondió Alfie.

"¿Qué quieres decir con que no puedes?" explotó Connel.

"Quiero decir, señor," explicó Alfie, "que acabo de avistar el planeta Tara y tengo que comprobar la posición, antes de continuar, para asegurarnos de que recorremos la misma trayectoria en nuestro viaje de regreso y así evitar el problema de tener que buscar una nueva ruta segura."

"Cadete Alfie Higgins" la voz de Connel se convirtió en un chillido frenético; "si no estás en esta cubierta de control en diez segundos,

me ocuparé personalmente de que te usen como alimento de dinosaurio cuando aterricemos en Tara y que nunca regreses. ¡Ahora baja aquí!"

A Tom y Astro, que podían oír la conversación por el intercomunicador, les resultó muy difícil evitar reírse en voz alta ante la inocencia de Alfie y la indignada furia del Mayor Connel.

Tom, en particular, había descubierto que la negativa inocente de Alfie a ser intimidado por Connel había hecho que el tiempo pasara más rápido en el largo recorrido a través del espacio profundo. Más de una vez había visto al comandante Connel enfurecerse con el delgadito cadete y sentirse aún más frustrado por su resistencia infantil. Eso había ayudado a Tom a olvidar la sensación de vacío que experimentaba cada vez que llamaba al radar y escuchaba la vocecilla de Alfie en lugar de la habitual respuesta burlona de Roger. Astro también se las había arreglado para olvidar la soledad que sentía a bordo del gran crucero al ver las payasadas de Alfie y el mayor Connel. Más de una vez esto había instigado situaciones en las que Alfie era pillado con las manos en la masa en un error inofensivo, y luego Astro se tumbaba en la cubierta de energía riendo hasta que le dolían los costados, mientras escuchaba a Alfie y al Mayor Connel por el intercomunicador.

Eso había ayudado. Tanto Tom como Astro admitían que les había ayudado, pero aún así no les quitaba el dolor sordo que cada uno sentía cuando un comentario, situación o pensamiento ocasional les recordaba a Roger.

Tom encendió el teleceptor y esperó a que la pantalla en blanco le mostrara el planeta Tara. Connel se quedó a un lado, también esperando que la imagen del planeta tomara forma en la pantalla gris-negra. Una escotilla sonó detrás de ellos, y Alfie entró en la cubierta de control para adoptar lo que era su versión de la posición de firmes.

"El cadete Higgins se presenta, señor," dijo en voz baja.

Connel se plantó frente a él, colocó los brazos en jarras y se inclinó ligeramente, echando el rostro adelante casi tocando el de Alfie.

"Cadete Higgins, quiero que sepa que ya he aguantado todas las malditas payasadas de su cerebro espacial que voy a aguantar de usted," dijo Connel en voz baja.

"Sí, señor," respondió Alfie con voz blanda.

"Y," dijo Connel, señalando con un dedo la cara de Alfie, "y como haya alguna otra payasada más, solo otro descarado y flagrante desprecio de mis órdenes específicas, Cadete Higgins, le prometo el viaje de regreso a la Tierra más miserable de toda tu carrera. ¡Le prometo que le haré sudar! Yo... Yo... " Connel se detuvo en seco y se tambaleó. La mirada de inocencia con ojos de búho de Alfie parecía ponerlo furioso. Trató de reanudar su diatriba, pero le fallaron las farfulladas palabras. Finalmente dio media vuelta, gruñendo: "Higgins, súbe a la cubierta de radar y haz lo que te digan cuando te lo digan, y no cuando te dé la gana hacerlo. ¿Está eso claro?"

"Sí, señor," dijo Alfie dócilmente. Saludó y regresó a la cubierta del radar.

"¡Corbett!" espetó Connel. "Si te parece que estoy perdiendo el control de mí mismo cuando me dirija al Cadete Higgins, tienes mi permiso oficial de sujetarme. ¡Usa la fuerza si es necesario!"

Tom se mordió el labio para no reír y logró murmurar: "Sí, señor." Se volvió rápidamente hacia el tablero de control y comenzó a concentrarse en el planeta que yacía inerte frente a la nave espacial en desaceleración. Habían estado reduciendo la velocidad durante varios días, ya que su velocidad con el hiperimpulsor había aumentado considerablemente. El joven cadete ajustó el último dial y el planeta azul verdoso saltó a un enfoque nítido en la pantalla.

"Vaya," jadeó Tom. "¡Señor, mire! ¡Es como la Tierra!"

"En más de un sentido, Corbett," respondió Connel. "¿Cuál es nuestra distancia?"

"Yo diría que estamos lo bastante cerca como para reducir el empuje a un cuarto de la velocidad espacial estándar, señor."

"Muy bien," dijo Connel. "Ahora mira a la derecha en la pantalla. ¿Ves esa manchita oscura allá en el medio del planeta?"

"Sí, señor," respondió Tom.

"Ahí es donde queremos aterrizar," dijo Connel. "Tú te quedas aquí en la cubierta de control y maniobras la nave más cerca mientras yo voy a la cubierta de radar y me pongo en contacto por el transmisor con la Academia Espacial. Tengo que informar que confiamos en aterrizar pronto."

"Muy bien, señor," dijo Tom. Se volvió y accionó el interruptor del intercomunicador. "Cubierta de control a cubierta de energía," dijo. "Adelante, Astro."

"Al habla cubierta de energía," respondió Astro. "¿Qué pasa, Tom?"

"Acabamos de ver Tara por primera vez. Está justo delante. El Mayor Connel se pondrá en contacto con la Academia Espacial, y yo voy a maniobrar en nuestro vuelo preliminar. En espera para los cambios de rumbo."

"Que sea un aterrizaje fácil. Quiero llegar a casa, ¿sabes?" respondió Astro afablemente.

"Está bien," dijo Tom. Será mejor que baje a un cuarto de velocidad espacial.

"¿Híper o normal?" preguntó Astro.

"¡Normal!" gritó Tom. "¡Dame un cuarto de hiper y atravesaremos directamente ese planeta!"

"Marchando un cuarto de velocidad espacial normal," respondió Astro.

Tom ajustó sus controles para la reducción de velocidad mientras mantenía sus ojos en la pantalla del teleceptor. Vio que el planeta se agrandaba ante sus ojos y el terreno se volvía más nítido. Podía ver dos grandes océanos, el verde azulado del agua reflejaba brillantemente la luz del sol de Alpha Centauri. Cada vez más cerca, la Polaris caía en picado, y Tom pudo comenzar a distinguir el

contorno aproximado de las cadenas montañosas a lo largo de la línea del horizonte. Cambió a una vista más amplia del planeta en el magnascopio, el cual reveló un esplendor que rivalizaba con la belleza de su querida Tierra.

"Entraremos en la atmósfera en un minuto, Alfie," gritó Tom por el intercomunicador. "En espera para dar distancia para la toma de tierra."

"Cubierta de radar, recibido," informó Alfie. "Distancia actual ochocientos kilómetros."

"Cubierta de energía, adelante!" chilló Tom.

"Cubierta de energía, sí," respondió Astro.

"¿Todo listo ahí abajo?" preguntó Tom.

"Todo listo," dijo Astro.

"¡Reduce empuje al mínimo!" gritó Tom.

En el interior de la poderosa nave, el rugido de los poderosos motores atómicos de los cohetes comenzó a desvanecerse hasta convertirse en un grave ronroneo.

"Cubierta de control a cubierta de radar. ¿Mayor Connel, señor?"

"¿Qué pasa, Corbett?" preguntó Connel.

"Estamos listos para el aterrizaje. ¿Quiere tomar el mando del puente?"

"¿No puedes hacerlo tú, Corbett?" preguntó Connel.

"¡Sí, señor!" respondió Tom.

"Pues continúa," respondió Connel. "Yo estoy teniendo problemas para comunicarme con la Academia por el transmisor. No lo entiendo." Hubo una pausa. "¡Ya los tengo, Corbett! ¡Continúa!" él gritó.

"Sí, recibido, señor," dijo Tom. Dirigió su atención al panel de control. Comprobó los numerosos diales e indicadores con una mirada amplia, y luego se concentró en llevar la nave a un aterrizaje seguro en el planeta alienígena. Sus dedos hormiguearon cuando echó mano a los interruptores que llevarían a la nave al primer mundo intergaláctico que había visitado. En un instante, el cadete de cabello rizado recordó los sueños de la infancia de hacer exactamente lo que estaba haciendo en ese momento, preparándose para aterrizar en un nuevo mundo, a millones de kilómetros de su casa cerca de Nueva Chicago.

"Distancia de ciento sesenta kilómetros," informó Alfie por el intercomunicador.

"Cubierta de energía, reduce el empuje al mínimo absoluto!" ordenó Tom. "Quiero la menor potencia de sustentación que puedas darme sin dejarme a cero del todo, Astro."

"¡Hecho!" dijo Astro. La nave se desaceleró aún más, y de repente volvió a ganar velocidad cuando la gravedad de Tara comenzó a tirar del viajero espacial.

"¡En espera para disparo de impulsores de frenado!" gritó Tom. Ahora estaba todo nervioso, sensible al latido de los motores de la gran nave, con los ojos fijos en los diales y medidores del panel de control. Ahora no había tiempo para mirar la vista del escáner del planeta que se precipitaba. Tenía que aterrizar a ciegas usando solo el instrumental. "¡Puente de radar, informe!" espetó Tom.

"Distancia de trescientos metros," informó Alfie, su voz tranquila en marcado contraste con la excitación nerviosa en la de Tom. "Doscientos cincuenta, doscientos catorce..."

"¡Dispara impulsores de frenado!" dijo Tom por el intercomunicador, con voz ronca.

La gran nave se tambaleó bajo el repentino empuje de los enormes retroimpulsores. La Polaris se mantuvo firme por un momento, luego, gradualmente, cuando la atracción de Tara comenzó de nuevo, se posó hacia las selvas verde oscuro debajo de ella.

"Ochenta metros," informó Alfie. "Sesenta, cimcuenta."

"Súbela suave, Astro," gritó Tom. "¡Suave! ¡Súbela suave, trozo de carne venusiana, estamos cayendo demasiado rápido!"

Una vez más, desde el corazón de la Polaris, se escuchó un rugido de los potentes motores. La nave se estabilizó una vez más y luego se deslizó hacia su caída sobre el nuevo planeta bajo un control más seguro.

"Dieciséis metros," informó Alfie. "Trece... diez... siete..."

Hubo una breve pausa, como si todo se hubiera detenido y una mano gigante los detuviera, y luego, de repente, un movimiento de balanceo, un leve golpe y estruendo. Tom sabía que estaban en tierra.

"¡Aterrizaje!" gritó a todo pulmón. "¡Aterrizaje! Lo logramos, ¡lo logramos!"

Desde la cubierta de energía, silenciosa excepto por el chirrido de la bomba de alimentación de oxígeno, se podía escuchar el bramido de Astro vibrando a través de los pasillos.

"¡Yiijaahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh!"

Tom comenzó a apagar los muchos circuitos e interruptores e hizo una rápida verificación de último minuto de la nave ahora inmóvil. Satisfecho, miró el gran reloj solar, anotó la hora en el registro y se acercó a la escalera que conducía al puente del radar.

"El Cadete Corbett se presenta, señor," dijo Tom, saludando con elegancia; "¡Deseo informar, señor, que la Polaris aterrizó en el planeta Tara exactamente a las diecisiete cincuenta y nueve, hora solar!"

Connel, con su enorme corpulencia inclinada sobre el diminuto transmisor, hacía girar los diales, con la cabeza encerrada al vacío en un casco de auriculares para garantizar un silencio perfecto. Había adquirido por necesidad el conocimiento de la lectura de labios en las plataformas eléctricas de los viejos quemadores químicos treinta años atrás, y aunque no podía oír lo que había

dicho Tom, sabía cuál era el informe.

"Muy bien, Corbett," gritó, sin poder juzgar el volumen de su voz. "¡Buen trabajo! Parece que no puedo volver a captar la Academia. Los tuve una vez, luego los perdí. Os voy a poner al mando de una expedición para echar un vistazo rápido al exterior. Armaos con rifles y pistolas paralorrayos en una lancha a reacción, y bajo ninguna circunstancia debéis aterrizar. ¡Marchad! Ah, sí, una cosa más. Llevaos a Alfie Higgins con vosotros y no lo pierdas de vista. ¡Informe en una hora!"

Tom sintió un cosquilleo de excitación recorrer su columna vertebral cuando escuchó al rudo capitán darle permiso para explorar el planeta.

Saludó y dio media vuelta, Alfie lo siguió por la escalera.

"¡Ey, Astróoo!" gritó Tom. "Saca la lancha a reacción número uno de la escotilla. ¡Vamos a echar un vistazo a este lugar!"

Tom fue a la armería y sacó tres rifles y pistolas de pararrayos. Se aseguró de que cada uno de ellos estuviera completamente cargado y se los entregó a Alfie.

"Pon esto en la lancha, Alfie. yo iré en un minuto."

Alfie tomó las armas y caminó hacia la cubierta de catapulta de la lancha a reacción. Tom regresó al puente del radar y se paró frente a Connel.

"¿Quiere ver si hay alguna noticia de Roger, señor, cuando se ponga en contacto con la Academia?"

Connel leyó los labios del cadete y asintió. Tom se volvió y fue directamente a la cubierta de lanchas. Astro y Alfie lo esperaban adentro.

"He traído tres trajes espaciales, Tom," dijo Astro. "Nunca se sabe con qué nos podemos encontrar."

"Buena idea," dijo Tom.

Los tres cadetes subieron a la lancha a reacción y Tom tomó el asiento del piloto. Pulsó un botón de liberación y una parte del casco de acero de la Polaris se deslizó hacia atrás. Tom presionó otro botón, agarró el volante de la pequeña nave espacial y pisó el pedal de aceleración. La pequeña nave roja salió disparada de la escotilla abierta y pasó zumbando por encima de unos árboles gigantes.

Viajando a baja velocidad, Tom hizo un amplio arco sobre el bosque, comparando su posición con la de la Polaris antes de perderla de vista. Llevó la diminuta nave hasta trescientos metros, se niveló, puso el piloto automático y miró por primera vez hacia Tara, a cuatro años luz y medio de la Tierra.

Desde arriba, Tara parecía ser un lodazal de reptiles, dinosaurios y una densa vegetación que llegaba tan alto como las relucientes torres de Venusport y Átomo City. Enormes árboles que extendían sus ramas sobre un área de trescientos metros se elevaban hacia el cielo, ramas y troncos envueltos en enredaderas de la jungla. De vez en cuando, Alfie agarraba a Tom o Astro por el brazo y señalaba con un dedo vacilante a un animal que se movía abajo, luego jadeaba y caía pálido hacia atrás en su asiento. Si bien Tom estaba inclinado a compartir las reacciones de Alfie, Astro se lo tomaba con calma, habiendo estado expuesto a los peligros de las selvas salvajes en su propio Venus.

El diminuto bote a reacción atravesó el mar azul verdoso que se elevaba en olas gigantes a lo largo de las playas de arena blanca como la nieve. Fue una tentación dejar la pequeña embarcación en el suelo y disfrutar del placer de nadar después de muchos días de torturas y hacinamiento viviendo en la Polaris. Pero Tom recordaba las órdenes de Connel y también tenía mucho respeto por algunas de las cosas que había visto nadando en el agua.

"Será mejor que regreses," dijo Tom. Pulsó el interruptor del audífono en el bote a reacción y habló por un pequeño micrófono.

"Lancha uno a Polaris. Lancha uno a Polaris. Cadete Corbett a Mayor Connel."

Hubo un crujido de estática y luego la voz de Connel, vibrante y

clara, llenó la pequeña cabina.

"¡Corbett!" rugió. "Por los cráteres de la Luna, no podía contactar con vosotros. ¡Regresad al Polaris de inmediato!"

"¿Pasa algo, señor?" preguntó Tom, aprensivo después de ver la naturaleza salvaje de la jungla debajo de él.

"¿Mal?" gritó Connel. "¡Noticias de la Tierra, de la Academia! Roger ha sido absuelto de todos los cargos."

"¿Absuelto?" tartamudeó Tom.

"¡Absolutamente! Cuando sellé el puente del radar después del accidente, un oficial de seguridad examinó la configuración de los escáneres y el equipo de transmisión. Mostraron que Roger había estado de servicio en ese momento, que había estado rastreando la nave como afirmó."

"Entonces, ¿cuál fue la razón del accidente?"

"Seguridad aún no está segura. Falta una palanca de control de aceleración en los restos. Y no se rompió como resultado del accidente. Ahora se busca a Loring y Mason para interrogarlos."

Tom miró a su compañero de unidad, Astro. El gran venusiano tenía la cabeza vuelta hacia un lado; parecía estar contemplando la vasta y retorcida jungla.

"Astro, ¿lo has oído?" preguntó Tom en voz baja.

"Sí," murmuró Astro con una voz pequeña y ahogada. "No me pidas que me dé la vuelta."

Capítulo 12

"¿Cuánto tiempo antes de que lleguemos a la atmósfera de Tara, Manning?" preguntó Loring.

Roger se inclinó sobre la mesa de cartas y midió rápidamente la distancia entre su posición actual y la de Tara.

"Unas dos horas," dijo, enderezándose.

"¡Bien!," dijo Loring. "Avísame en cuanto nos acerquemos."

"Está bien," respondió el cadete.

"¡Ey, cubierta deradar!" La voz de Mason llegó por el intercomunicador desde la cubierta de energía del Diablo del Espacio. "¡No olvides avisarme cuando tenga que reducir el empuje!"

"Tómatelo con calma, astronauta," espetó Roger. "¡Lo sabrás con mucho tiempo!" Se volvió hacia el escáner de radar y continuó el recorrido interminable del espacio por delante.

Después de una semana de revisar y reacondicionar el Diablo del Espacio en las salvajes junglas de Venus, Roger estaba cada vez más disgustado consigo mismo. Ser un astronauta buscado había tenido sus desventajas en el Bronca del Astronauta, pero trabajar en las humeantes junglas, luchando contra reptiles e insectos mortales, con Loring y Mason encima de él cada minuto, había agriado su apetito por la aventura. Varias veces, cuando Roger había sugerido que se reemplazara cierta parte, Loring y él habían discutido violentamente y Roger había amenazado con abandonar. Ahora, después del largo y tedioso viaje por el espacio, la relación de Roger con los demás era más tensa que nunca. La seguridad de Tom en la cubierta de control y Astro en la cubierta de energía hacía que el trabajo de Loring y Mason fuera descuidado en comparación. Una vez, cuando Roger había estado alerta por radar, mientras la nave atravesaba el cinturón de asteroides rugiendo, la colisión con un pequeño asteroide había sido una amenaza. Roger había ordenado

un cambio de rumbo, pero Mason, quien se había hecho cargo de la cubierta de energía, se había quedado dormido. Afortunadamente, Shinny había estado cerca, había cambiado de rumbo y había salvado la nave. Hirviendo de ira, Roger había subido a la cubierta de energía y le había dado una paliza terrible al indolente astronauta.

Una y otra vez, habían surgido conflictos entre ellos mientras volaban a través del espacio profundo, y siempre, le parecía a Roger, él estaba en medio de ellos. La única satisfacción que podía encontrar en la peligrosa aventura era la perspectiva de los cinco millones de créditos. E incluso esto le había hecho perder su entusiasmo en los últimos días, mientras sus nervios se alargaban hasta el punto de ruptura. Solo el humor astuto de Shinny había salvado a Roger de la monotonía del largo recorrido por el espacio.

Roger cambió distraídamente el escáner a su rango más lejano. Había estado observando el planeta Tara durante varias horas y conocía bastante bien su forma. Pero de repente Roger se puso alerta. Sus manos temblaban levemente mientras miraba intensamente la distancia. Finalmente se desplomó hacia atrás. No había ninguna duda al respecto. En el escáner había una lancha a reacción en vuelo.

"¡Ey, Loring! ¡Shinny! ¡Mason! ¡Subid aquí de inmediato!" gritó por el intercomunicador.

"¿Qué pasa?" preguntó Loring.

"¡Sube aquí arriba!" gritó Roger. "Estamos en problemas, ¡muchos problemas!"

En ese momento, los tres astronautas estaban agrupados alrededor del escáner, mirando el inconfundible contorno de una lancha a reacción.

"Por los anillos de Saturno," declaró Loring, "¡Deben de ser Connel y su tripulación!"

"¿Qué vamos a hacer?" se quejó Mason.

El rostro de Loring se ensombreció. "Sólo podemos hacer una cosa ahora," gruñó.

"¿Qué quieres decir?" preguntó Roger.

"¡Quiero decir que los vamos a hacer estallar!" Loring gruñó. "¡Connel y quienquiera que esté con él!"

"Pero... pero...," balbuceó Roger; "¡La tripulación de la Polaris está ahí abajo!

"¡Escucha, Manning!" Loring se volvió hacia el cadete. "¿Has olvidado que te busca la Guardia Solar? ¡Si le das una oportunidad a ese grupo de ahí abajo, te convertirán en una rata espacial camino a la prisión de roca!"

"Pues... yo...," balbuceó Roger. Sabía que lo que había dicho Loring era cierto. Si era Connel, no habría duda de lo que le sucedería. Se enfrentó a Loring. "¿Qué vas a hacerles?"

"¡Una bomba de reactante bien colocada, y nunca se enterarán de nada!" rió Loring.

"Pero no tienes bombas a bordo," dijo Roger.

"Un poco de combustible y podré construir una con bastante facilidad," respondió Loring. Se volvió hacia Mason. "Ve abajo y vístete para entrar en la cámara de reacción," ordenó. "Saca un traje de plomo extra. Yo entraré y te ayudaré. Y encontraré algo que podamos usar como detonador." Sonrió a Roger. "Puede que sea un poco tosca, pero será lo bastante elegante para lo que queremos. ¡Voy a enviar la Polaris de aquí a tu dulce y pequeña Academia Espacial!"

Mason y Loring dejaron el puente del radar mientras Shinny y Roger observaban el destello blanco de la lancha a reacción.

"Podrían estar Tom y Astro en esa lancha a reacción," se dijo Roger en voz baja.

"Supongo que será mejor que me quede junto a la cubierta de energía mientras maniobramos," dijo Shinny. "Queremos

permanecer ocultos hasta que Loring y Mason preparen esa cosa."

Roger asintió y Shinny desapareció.

Maniobrando con cautela, Roger llevó el Diablo del Espacio al lado nocturno de Tara, opuesto al lugar de aterrizaje de la Polaris.

Cuatro horas más tarde, Loring y Mason salieron de la cámara de reactantes con una cajita de plomo. Lo colocaron suavemente en la cubierta y comenzaron a quitarse los trajes de plomo. Roger y Shinny miraron la caja.

"Ahí está," dijo Loring. "No hay mucho que ver, ¡pero hay suficiente energía para convertir la Polaris en basura espacial!"

"¡Espera un segundo, Loring!" dijo Roger. "¡No habrá muertes! ¡Nadie resultará herido!"

"Tienes un estómago aprensivo, ¿eh, chico?" Loring se rió. Le dio una palmada a Mason en la espalda. "Nuestro pequeño Cadete Espacial de repente se preocupa por sus amigos. Los mismos amigos que querían enviarlo al asteroide prisión."

"Revienta la nave si quieres," dijo Roger con frialdad, "¡pero no lastimes a la tripulación!"

"¡Escucha, Manning!" gruñó Loring. "Si la tripulación se lastima, no es culpa mía. Si están en la nave, será duro. Si no, pues por mí bien. No voy a enviarles una carta diciéndoles que voy a explotar su nave y que vengan detrás de mí con un torpedo espacial!"

Roger no respondió. Se dio la vuelta y volvió a subir al puente del radar. Loring lo siguió por la escalera.

"¡No se te ocurra advertir a tus amigos, Manning, porque si lo haces, te reventaré antes que a ellos!"

"No te preocupes," respondió Roger. "Ahora es de día al otro lado de Tara, donde está la Polaris. La tripulación podría estar en una misión de exploración o haciendo observaciones fuera de la nave. Hay menos posibilidades de que estén en la nave. Si vamos a hacerlo, ¡rerminemos con esto!"

"Por mí bien," dijo Loring. "Lleva este cascarón hacia Alpha Centauri un poco. Al salir del sol no nos verán. Usaremos uno de las lancha a reacción para entregar nuestro regalito. Pondré el detonador en automático en la lancha y la apuntaré justo hacia la Polaris."

"Está bien," asintió Manning a regañadientes. Se volvió hacia la mesa de cartas, trazó un rumbo y dio órdenes a Shinny en los controles y a Mason en la cubierta de energía. Pronto, el Diablo del Espacio se alejó volando del lado nocturno del planeta, dirigiéndose hacia el sol. Cuando alcanzaron una altitud de mil kilómetros sobre la superficie del planeta, Loring maniobró la lancha a reacción en su posición fuera de la nave y colocó la bomba de reactante crudo en el interior. Listo, le dio a Roger la señal para que saliera corriendo del sol hacia la Polaris. Roger transmitió las órdenes a Shinny y Mason, y el Diablo del Espacio se disparó de nuevo hacia el planeta.

Loring, sentado dentro de la lancha a reacción, esperó hasta que alcanzaron una altitud de ochocientos kilómetros.

"Está bien, Manning," dijo Loring; "¡dame el rumbo!"

Roger calculó la velocidad de rotación del planeta, la altitud del Diablo del Espacio y la velocidad de la lancha a reacción. Trazó una línea entre el Diablo del Espacio y la Polaris, lo comprobó en la brújula astral y echó mano al micrófono del intercomunicador. Se pasó la lengua seca por los labios e indicó el rumbo.

"El rumbo es uno cuarenta y tres..." Se contuvo y miró la carta. ¿Supongamos que Tom o Astro o alguien estuviera cerca de la nave? Aunque fallara por varios cientos de metros, la bomba ciertamente sería fatal. Si él cambiaba el rumbo un grado, en un rango de ochocientos kilómetros, fallaría la Polaris por varios kilómetros. Y Loring no podría ver nada debido a la nube de polvo.

"Rumbo corregido," dijo Roger. "¡El nuevo rumbo es cuarenta y dos!"

"¡Uno cuarenta y dos!" repitió Loring.

Roger se sentó y esperó a que la pequeña aeronave despegara de la nave. En su mente, vio a Loring colocando el detonador en la

bomba, ajustando los controles, configurando el piloto automático y luego pulsando el botón de aceleración. Roger se agarró a los lados de la mesa de cartas y miró el escáner de radar. Una señal de movimiento rápido atravesaba su superficie. Loring había puesto en marcha la lancha a reacción.

Con gran miedo en ojos, Roger vio el destello mientras este aceleraba como un avispón enloquecido hacia la Polaris posada en la jungla verde sobre sus aletas direccionales. Oyó que la escotilla se cerraba de golpe cuando Loring volvió a entrar en la nave, pero siguió observando el parpadeo que se movía rápidamente.

De repente desapareció y Roger supo que había llegado a Tara. Se dejó caer hacia atrás en su silla. Sus ojos estaban vidriosos, sus oídos sordos al rugido de triunfo desde abajo cuando Loring y Mason, viendo el vuelo de la lancha a reacción en la pantalla del teleceptor de la cubierta de control y lo vieron explotar. Roger no podía moverse. Había disparado una bomba de reactante contra Tom y Astro.

"Por los cráteres de la Luna," rugió Connel, "¡nos han atacado!"

Los cuatro terrestres, que exploraban un valle a varios kilómetros al norte de la Polaris, habían caído al suelo cuando cayó la bomba. La reacción de Connel fue inmediata y decisiva.

"¡Subid a la lancha a reacción! ¡Todos! ¡Tenemos que regresar a la Polaris! ¡Si nuestra nave queda destruida, pasaremos el resto de nuestras vidas luchando contra esta jungla!"

En cuestión de segundos, los cuatro astronautas salieron disparados sobre la jungla hacia la Polaris. En ese momento llegaron a una enorme nube de polvo que se había extendido sobre los árboles. Era tan densa que a Tom le resultaba difícil pilotar la pequeña nave.

"¿Algún peligro de radiactividad en este polvo, señor?" preguntó Astro.

"Siempre hay esa posibilidad, Astro," respondió Connel. "¡Lo sabremos pronto!" Encendió un contador Geiger incorporado en el tablero de la lancha a reacción, e inmediatamente la cabina se llenó

con un fuerte tictac que advertía del peligro.

"La cuenta es hasta setecientos cincuenta, señor," dijo Astro. "No lo suficiente como para incomodar, a menos que esté uno dentro por mucho tiempo."

"Ahí está la Polaris, señor," gritó Tom. "¡Aún está sobre sus aletas direccionales! ¡Han fallado! ¡Está bien!"

"¡Por los benditos anillos de Saturno, lo está!" exclamó Connel. "¡Vamos, Tom, dale la pistola a este bebé! Si tenemos que morir, moriremos como astronautas, en el espacio, luchando con armas de astronauta, ¡no arrastrándonos por aquí en la jungla como gusanos!"

Los tres muchachos sonrieron ante la conmovedora declaración de su patrón. "Este es el momento," pensó Tom, "en el que prefiero tener al comandante Connel al mando que a cualquier otro miembro de la Guardia Solar." Si iba a haber una pelea, ¡ciertamente habían encontrado al hombre que sabía cómo hacer precisamente eso! ¡Luchar!

Tom se abalanzó sobre las copas de los árboles imprudentemente y, temiendo que la explosión hubiera dañado la esclusa de aire de la lancha, hizo que la pequeña embarcación se posara en el polvo cegador a unos pocos metros de la Polaris.

Tres minutos después, los cuatro astronautas se habían separado y estaban de pie junto a sus respectivos puestos. Se hicieron comprobaciones, apresuradas pero minuciosas, para determinar el daño y, al no encontrar ninguno, se prepararon para embarcar.

"Todo despejado delante y arriba," informó Alfie con una voz aguda y chillona.

"Energiza las bombas de refrigeración," gritó Tom.

Astro ya había puesto en marcha las poderosas bombas, las vibraciones sacudían la nave, y Tom empezó a contar los segundos.

"En espera para ascender la nave: cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡cero!"

Prestando escasa atención al aplastamiento de la súbita aceleración, Tom le dio a la nave todo el impulso posible para salir de la atmósfera de Tara, y pronto salieron disparados a través del vacío del espacio. Alfie y Connel barrieron apresuradamente el área con el escáner de radar en busca del intruso atacante.

"¡Ahí está esa nave!" rugió Connel. "¡Allí!" Colocó un dedo en un punto blanco del escáner. "¡Por los cráteres de la Luna, eso es una nave terrestre!" El miedo a una invasión del espacio exterior por parte de gente hostil de otro mundo había estado en el fondo de su mente, pero se había mostrado reacio a expresar sus temores frente a los cadetes. "¡Y es muy vieja!" el exclamó.," Ni siquiera armada. ¡Conozco ese navío de clase, Corbett!"

"Sí, señor," respondió Tom.

"Pon la nave en vuelo automático, táctica de ataque-aproximación número tres. ¡Luego espera para enviar un mensaje a quien esté tripulando esa nave!"

"¡Sí, señor!" respondió Tom y ajustó rápidamente el delicado dispositivo que haría volar la nave en un curso predefinido de maniobras en zigzag y abrió los circuitos de los teleceptores.

"Todo listo para el mensaje, señor," informó Tom.

"Diles a quienquiera que sean" dijo Connel con voz fría; "que les daré dos minutos para que se rindan. Si no lo hacen, ¡los convertiré en protones!"

"Muy bien, señor," dijo Tom. Se volvió hacia el teleceptor y empezó a girar los diales.

"¡Atención! ¡Atención! Crucero espacial Polaris a nave espacial desconocida. Polaris a nave espacial desconocida. Se le ordena que se rinda en dos minutos o atacaremos. Por orden del Mayor Connel, Oficial Superior de Línea, Guardia Solar."

Encendió el teleceptor para recepción y esperó. En un momento la pantalla se volvió borrosa y luego apareció una imagen. Tom jadeó. ¡Era Roger!

"Tom, Tom," gritó Roger. "¡Tom, soy yo, Roger!"

"¡Roger! ¿Qué estás haciendo ahí? ¿Cómo has llegado aquí?"

"No puedo explicarlo ahora," dijo Roger. "Yo..."

Tom lo interrumpió. "¡Roger, has sido absuelto! La investigación del accidente en la estación demostró que Loring y Mason son los culpables. ¡Los buscan por el accidente y las muertes de Jardine y Bangs!"

"¡Qué! ¿Quieres decir…?" balbuceó Roger.

"Sí. ¡Loring y Mason lo hicieron todo!" indicó Tom.

"Mira, Tom," suplicó Roger, "dame diez minutos. ¡No dispares durante diez minutos! Voy a intentar algo. Si no tengo éxito, ¡abre fuego y reviéntanos hasta Marte!"

"¡Roger, espera!" gritó Tom. "¿Qué está pasando? ¿Qué estás haciendo en esa nave?"

"No puedo hablar ahora," respondió Roger. "Loring y Mason están en la nave conmigo. Recuerda, diez minutos. ¡Si no me pongo en contacto contigo, abre fuego!"

Capítulo 13

Roger apagó el teleceptor. Miró la pantalla oscurecida y comenzó a estimar las posibilidades de éxito de un plan que tenía en mente. Decidiendo que, independientemente de lo que sucediera, tenía que hacerse cargo de la nave, se levantó y se volvió hacia la escotilla y el armario de armas. Se detuvo en seco. Loring estaba enmarcado en la puerta, con una pistola de paralorrayos en cada mano.

"¡Quédate justo donde estás, astronauta!" espetó Loring. "¿Quieres diez minutos, eh? ¿Diez minutos para qué? ¡Sabía que estaba pasando algo raro cuando fallamos la Polaris con esa bomba!"

"Sabías todo el tiempo que yo no tenía nada que ver con ese accidente en la estación, ¿no es así?" gritó Roger. Sus ojos brillaron con enojo.

"Sí. ¿Y qué?" gruñó Loring. "Oye, Mason," gritó por encima del hombro, "¡Sube aquí de prisa! ¡Tenemos que trabajar rápido!"

"¿Qué vas a hacer?" preguntó Roger.

"Sigues siendo valioso para nosotros, Manning," dijo Loring con una sonrisa torcida. "¡Vas a asegurarte de que obtengamos lo que venimos a buscar!"

Mason cruzó la puerta. "¿Sí, Loring?"

Loring le contó rápidamente el intento de Roger de trabajar con Connel.

"Lleva a nuestro astronauta abajo y enciérralo en un compartimento de almacenamiento. Le entregó una de las pistolas de paralorrayos y Mason le empujó con el cañón a Roger en el estómago.

"¡Muévete, Manning!" gruñó. "¡Nada me gustaría más que dejarte tieso ahora mismo!"

Roger sonrió, sabiendo que Mason aún guardaba rencor por la

paliza que había recibido antes en el viaje.

"Cuando lo hayas encerrado, vuelve a la cubierta de control," dijo Loring. "¡Vamos a hacer una negociación a la antigua con Despegue Connel!"

"¿Negociación?" exclamó Roger.

"¡Sí! Uno ligeramente usado Cadete Espacial por lo que vinimos a buscar: ¡el satélite de cobre!"

"Connel no negociará," dijo Roger. "Ni por mí, ni por nada. ¡Tú no lo conoces!"

"¡Lo conozco, Manning!" dijo Loring. "Voy a conectarme al teleceptor y decirle a Connel que si no se aleja de aquí ahora mismo, ¡eres un cadete espacial muerto!" Señaló con la cabeza hacia la puerta. "Adelante, llévalo abajo y dile a Shinny que se quede en la cubierta de energía. En caso de que Connel no negocie, tendremos que huir."

"Bien," dijo Mason mientras empujaba la pistola de paralorrayos más hondo en el estómago de Roger. "¡Muévete, Manning!"

Roger bajó la escalera y atravesó el largo pasillo del Diablo del Espacio. Pasó junto a Shinny camino abajo.

"¿Que está pasando aqui?" preguntó Shinny al ver a Mason con la pistola de paralorrayos.

"Fallamos con la bomba," dijo Mason, "y Connel despegó en la nave. Está listo para explotarnos si no nos rendimos de inmediato. Loring está tratando de hacer un trato con él."

"¿Qué tipo de trato?" preguntó Shinny.

"¡El sabiondo Manning por el satélite!"

"No te lo ha contado todo, Sr. Shinny," dijo Roger con su acento casual. "Ellos son los que causaron el accidente de la Annie Jones y la muerte de Jardine y Bangs. ¡Me engañaron!"

"Entonces," reflexionó Shinny, "¿estás absuelto?"

"Sí," gruñó Mason, "¡está absuelto! ¡Está absuelto menos para un largo baño en el espacio si Connel no hace lo que le dice Loring! ¡Entra ahí!" Mason empujó a Roger al interior del estrecho compartimento de almacenamiento. Cerró la puerta y se volvió hacia Shinny.

"Loring quiere que te quedes junto a la cubierta depoder en caso de que Connel no quiera jugar a la pelota. Es posible que tengamos que huir."

"Sí," dijo Shinny, "estaré junto a la cubierta de energía."

Mason se volvió y se alejó. Shinny lo siguió con un brillo curioso en sus ojos.

En la cubierta de control, Loring estaba girando los diales frente a la pantalla del teleceptor.

"Diablo del Espacio a Polaris. Diablo del Espacio a Polaris. Adelante, Polaris." Giró otro dial y miró ansiosamente la pantalla oscurecida. Después de un momento, la pantalla se volvió borrosa y el rostro de Tom se enfocó gradualmente.

"¡Loring!" jadeó Tom. "¿Dónde está Roger?"

"¡Olvídate de él, sinvergüenza!" gruñó Loring. "¡Dile a ese cabezota de Connel que quiero hablar con él! ¡Hazlo rápido!"

El rostro de Tom desapareció para ser reemplazado por los rasgos furiosos del Mayor Connel. "¡Rata espacial asesina!" rugió. "¡Te he dado dos minutos para rendirte y, por los cráteres de la Luna, solo te quedan treinta segundos!"

"¡Solo tardaré diez segundos, si no sale de aquí, el Cadet Manning lo pagará!"

"¿Qué?" rugió Connel.

"Eso es," gruñó Loring. "¡Tú eres el que tiene treinta segundos para salir de aquí, o Manning se dará un baño en el espacio!"

"Cómo, tú…" El rostro de Connel se contrajo de rabia. "¡No puedes amenazarme!"

"No te estoy amenazando," dijo Loring, "¡Te estoy informando! Si no os marcháis, nunca volverás a ver a Manning. O si lo ves, no lo reconocerás. ¡Toma una decisión, Connel!"

El oficial de la Guardia Solar vaciló. "Dame dos minutos," dijo, "te volveré a llamar. Dos minutos."

"Dos minutos," repitió Loring, "y si no tengo noticias tuyas para entonces, o si intentas algo raro, ¡Manning lo pagará!"

A bordo de la Polaris, la pantalla se oscureció y Connel, con los puños cerrados, se volvió hacia Tom.

"Estamos indefensos, Tom," dijo en voz baja. "Ahora que tenemos pruebas de la inocencia de Roger, tengo que hacer todo lo que esté a mi mano para salvarlo."

Tom no dijo nada. De repente, Connel estrelló un enorme puño en el otro. "Pero, por los benditos anillos de Saturno, cuando tenga en mis manos a ese Loring, yo... yo..." Se interrumpió de repente y se volvió hacia el teleceptor. "Voy a hacer lo que quiere, Tom. La vida de Roger vale una docena como Loring, y tendremos que arriesgarnos a que Loring cumpla su palabra. Después de todo," continuó el gran oficial en voz baja, "nuestra misión está completa. Hemos probado el transmisor y hemos descubierto que era más de lo que esperábamos. No hay ninguna razón por la que debamos quedarnos aquí más tiempo."

"Sí, señor," tartamudeó Tom. "Señor, yo... yo..."

Connel le hizo señas con la mano para que se callara. "No necesitas decir nada, Tom. Esto es solo una de esas cosas. Aún así, no puedo evitar preguntarme para qué vinieron aquí." Se volvió hacia los diales del teleceptor y empezó a girarlos. "Lo llamaré, y tú prepárate para salir disparado de aquí."

Nicholas Shinny se sentó en la cubierta de energía y escuchó a Loring dar órdenes por el intercomunicador.

"No sé si Connel lo aceptará o no," dijo Loring, "pero en caso de que no lo haga, tenemos que salir de aquí rápido. ¿Entendido, Shinny?"

"Sí," respondió Shinny, "¡Lo capto!"

"Mason," gritó Loring, "tú te haces cargo del puente del radar!"

"Todo listo aquí," dijo Mason.

"Bueno, asegúrate de que tenemos una trayectoria despejada. Mejor llévanos a la estrella Alpha Centauri. De ese modo tal vez nos pierdan en su radar. El sol mostrará todo tipo de puntos en su pantalla."

"Está bien," dijo Mason. "¿Crees que lo hará?"

"No lo sé," respondió Loring, "pero habrá polvo espacial para Manning en caso contrario."

Shinny se levantó y caminó alrededor de la cubierta de energía desierta. Sentía débiles las piernas. El plan que había hecho era desesperado. Una y otra vez, revisó la operación en su mente. Tendría que ser rápido, seguro y repentino. Eso era lo único que aseguraría el éxito. "Sí, señor," pensó, "si podemos sorprenderlos, nos saldremos con la nuestra." Sacó un trozo de tabaco de mascar, dio un mordisco, miró el trozo restante y luego se lo metió todo en la boca. Su mejilla se hinchó.

Fue al intercomunicador y lo encendió. "Oye, Loring," gritó. "Tengo que comprobar el temporizador del cohete número tres. No está actuando bien. Me tomará alrededor de un minuto."

"Está bien," fue la respuesta de Loring, "pero hazlo rápido."

Los cronómetros estaban a la izquierda del tablero de control, pero Shinny giró hacia la derecha y la escalera que conducía al piso inferior. Abrió la escotilla, miró a su alrededor y luego bajó rápidamente. Se detuvo en un casillero, abrió las puertas silenciosamente y sacó dos pistolas de paralorrayos y dos rifles. Luego, cerrando las puertas, se dirigió al lado opuesto de la nave.

"¡Ey, Manning!" susurró a través de la escotilla cerrada del almacén.

"¿Me oyes?"

"¿Quién es?" preguntó Roger.

"Yo… Shinny," siseó el astronauta. Abrió la escotilla y Roger salió rápidamente.

"¿Cuál es la idea?" Roger jadeó cuando Shinny empujó un rifle y una pistola en sus manos.

"No tengo tiempo para explicarlo ahora," dijo Shinny. "Tenemos que darnos prisa si vamos a tomar el control de esta bañera."

Los ojos de Roger brillaron. "¿Te refieres a...?"

"No importa lo que quiero decir," dijo Shinny. "Escucha. Loring está en la cubierta de control y Mason en el puente del radar. Loring acaba de hablar con Connel. Está intentando que salga disparado de aquí. Si Connel no lo hace, ¡Loring te expulsará en el espacio!"

"Sí, lo sé. ¡Esa rata espacial asesina!" gruñó Roger. Agarró el rifle con fuerza. "Lo voy a atrapar..."

"Espera un minuto," siseó Shinny. "Tú subes a por Loring, ¿bien? Haz que parezca que escapaste solo. Si puedes manejarlo, genial, si no, me quedaré atrás y te respaldaré."

"Bien," dijo Roger. Le dio una palmada en la espalda al astronauta y sonrió. "¡No te preocupe, Sr. Shinny, nada saldrá mal!"

"Vigila lo que haces. ¡Ese Loring es inteligente!"

Roger dobló por el pasillo y se dirigió silenciosamente a la escotilla de la cubierta de control. Miró por el borde de la escotilla y vio a Loring sentado frente a la pantalla del teleceptor, de espaldas a Roger. El cadete entró rápidamente en la sala de control, apuntó el rifle y dijo en voz baja: "¡Muy bien, Loring, las manos a la vista!"

Loring se dio la vuelta y miró a Roger con la boca abierta. "Mann..." jadeó.

"¡Sí, yo!" dijo Roger. "Llama a Mason y dile que venga aquí

inmediatamente. ¡Un movimiento en falso, Loring, y te congelaré con esta pistola de rayos!"

Moviéndose lentamente, Loring se volvió hacia el intercomunicador y accionó el interruptor. "Oye, Mason," gritó. "Ven aquí un minuto, ¿quieres?"

"¿Qué quieres?" gruñó Mason. "Tengo que calculsr este rumbo."

Roger se acercó a Loring y levantó la pistola.

Loring se humedeció los labios y se volvió hacia el intercomunicador. "¡No me repliques! ¡He dicho que bajes aquí!"

De repente, el teleceptor cobró vida. "¡Polaris a Diablo del Espacio! ¡Adelante, Loring! ¡Al habla el Mayor Connel en la Polaris llamando a Loring en el Diablo del Espacio!"

La brusquedad de la voz sobresaltó a Roger, y durante una fracción de segundo apartó los ojos de Loring. En ese instante, Loring saltó hacia el chico y agarró el rifle. La rapidez de su ataque tomó a Roger desprevenido y lo arrojó contra el mamparo, pero sujetaba el rifle mientras Loring intentaba quitárselo de las manos.

"¿Qué pa...?" Gritó Mason desde la escalera que conducía al puente del radar. Cuando vio que Roger y Loring luchaban, agarró la pistola de paralorrayos que tenía al costado. Justo en ese momento Shinny cruzó la escotilla y disparó el rifle. Mason quedó congelado en una rígida estatua, incapaz de moverse.

"Muy bien, Loring," gritó Shinny, "¡Da un paso atrás o te volaré como lo hice con Mason!"

Roger le arrebató el rifle a Loring y dio un paso atrás. "¡Buen trabajo, Shinny!" le dijo al pequeño astronauta. "¡Lo has calculado bien!"

"¡Atención! ¡Atención! Habla Connel de la Polaris. Adelante, Loring..."

Shinny miró a Roger y le guiñó un ojo. "Mejor que respondas mientras encierro a este bufón." Hizo un gesto a Loring, quien

estaba apoyado contra el mamparo con las manos en alto sobre la cabeza.

"¡Sucia rata espacial traicionera!" gruñó Loring a Shinny.

"Vamos, vamos, nada de eso," dijo Shinny, nivelando el rifle. "¡Como montes demasiado jaleo, te congelaré como hice con Mason para mantenerte la boca cerrada!"

Loring lanzó una mirada de soslayo a Mason, quien estaba como tallado en mármol. Los efectos del estallido de rayos eran devastadores, ya que paralizaban todo su sistema nervioso. Si bien la víctima aún podía respirar y sus latidos se mantenían normales, no podía mover ni un párpado. El arma se había desarrollado después de que la Alianza Solar prohibiera todas las armas letales. Aunque cualquier víctima podía ser liberada de su efecto paralizante mediante una carga neutralizadora de la misma arma, mientras bajo su poder la víctima quedaba reducida a un estado de histeria leve. Podía oír, ver y pensar, pero no actuar. Cuando era liberado, no era raro ver a un hombre desplomarse al suelo por el agotamiento.

Loring marchó dócilmente frente a Shinny hacia el almacén que había retenido a Roger. El astronauta cadete permaneció en la cubierta de control. Giró los diales del teleceptor y habló por el micrófono.

"Diablo del Espacio al Mayor Connel. ¡Adelante! Al habla Manning en el Diablo del Espacio llamando al Mayor Connel..."

"¡Manning!" gritó Connel. "¡Pensé que eras un prisionero!"

"Ah, no fue nada, patrón," dijo Roger suavemente. "Acabo de tomar el control de la nave, ¡con un poco de ayuda, por supuesto!"

"¿Un poco de ayuda?" preguntó Connel. "¿De quien?"

Roger le dio al oficial una revisión completa de lo que le había sucedido desde que había abandonado la estación espacial, terminando con la ayuda de Shinny en su fuga.

"¿Por qué querría ayudarte?" preguntó Connel.

"No lo sé, señor," respondió Roger.

"Bueno, eso no importa," dijo Connel. "Supongo que vosotros dos podéis manejar esa nave. Aterriza en Tara en cuanto puedas. ¡Oiré los detalles entonces!"

"Sí, señor," respondió Roger. Luego, justo antes de romper el contacto, gritó por el micrófono: "¡Ey, Astro, Tom! ¡Nos vemos en unos minutos!"

Cuando la pantalla del teleceptor se oscureció, Shinny reapareció. Había liberado a Mason de los efectos de la carga del rayo, y tanto Mason como Loring estaban a salvo en la sala de almacenamiento. Se acercó y le dio una palmada a Roger en la espalda.

"¡Bueno, parece que lo conseguimos, hijo!" le dijo.

Roger se volvió para mirar al marchito astronauta, quien aún estaba masticando tabaco. "¿Qué te hizo ayudarme, Shinny?" preguntó Roger en voz baja.

"Te diré un pequeño secreto," dijo Shinny con un brillo alegre en sus ojos. "Estuve en la Guardia Solar durante veinte años. Hombre alistado. Tuve un accidente y me lastimé la pierna, pero no fue en el cumplimiento del deber, así que me echaron sin pensión. Desde entonces he estado un poco amargado, se podría decir. Y, curiosamente, fue el Mayor Connel quien me echó."

"Pero tú... tú..." jadeó Roger.

"Digamos," dijo Shinny con una sonrisa, "que una vez que eres un Guardia Solar, siempre eres un Guardia Solar. Ahora, ¿qué tal si llevas este cascarón a Tara?"

"Sí, claro," dijo Roger distraídamente, sus ojos se posaron detrás de la pequeña figura renqueante. Una vez Guardia Solar, siempre Guardia Solar, pensó. Sonriendo, se volvió hacia el tablero de control. Él sentía lo mismo. Él era un Guardia, ¡y era bueno estar de vuelta en casa!

Capítulo 14

El mayor Connel paseaba nerviosamente frente al grupo de astronautas. Tom, Roger, Astro, Alfie y el Sr. Shinny estaban alrededor del pequeño claro entre la Polaris y el Diablo del Espacio. Se había extendido un trozo de tela espacial delgada entre las dos naves para proteger a los hombres del sol abrasador. Connel se detuvo frente a Roger y Shinny.

"¿Y dices que el satélite es tres cuartos de cobre sólido?" preguntó Connel.

"Sí, señor," respondió Roger, "al menos eso es lo que nos dijeron Loring y Mason."

"¿Dónde está?" preguntó Connel. "Quiero decir, ¿dónde exactamente?"

"Lo vi entrar, señor," respondió Roger. "Yo diría que estaba a unas quinientos mil kilómetros fuera de Tara en órbita perfecta."

"¡Por los benditos anillos de Saturno," exclamó Connel, "esto es casi demasiado bueno para ser verdad! Toda la Alianza Solar necesita cobre desesperadamente. Y si lo que dices es cierto, ¡eso es suficiente para que dure ciento cincuenta años!"

"¿No tenía usted idea de que ellos lo habían descubrierto, señor?" preguntó Tom. "Quiero decir, ¿cuándo tomaron ese vuelo no autorizado en su primer viaje aquí?"

"No sospeché nada, Tom," respondió Connel. "Pensé que se habían vuelto un poco rocosos con ese zumo de cohete casero y que se habían puesto a volar sin ton ni son. Imaginaos el colosal nervio de esos dos para querer arrinconar el mercado con el depósito de cobre más grande jamás encontrado."

"¿Cómo piensa recuperarlo, Mayor?" preguntó Shinny.

"No lo sé, Shinny..."

"¡Señor Shinny!" espetó el arrugado astronauta. "¡No soy uno de tus cadetes, Connel!"

"Aún el exaltado caza cohetes, ¿eh?" preguntó Connel, mirando al desdentado astronauta. "¡Eso fue lo que hizo que te expulsaran de la Guardia Solar hace veinte años!"

"¡Tampoco! ¡Y lo sabes!" espetó Shinny. "¡Me retiraste porque me rompí la pierna!"

"Eso ayudó," dijo Connel, "pero la razón principal fue porque eras demasiado exaltado. ¡No podías aceptar órdenes!"

"Bueno," dijo Shinny obstinadamente, "no estoy en la Guardia Solar ahora, y cuando hablas conmigo, hablas con el Sr. Shinny."

"¡Vaya, vieja cabra!" explotó Connel. "¡Debería arrestarte por ayudar a unos criminales!"

"No puedes hacerme nada," ladró Shinny. "¡La prospección es la prospección, ya sea en el cinturón de asteroides o aquí en Tara!"

Incapaces de contenerse por más tiempo, los cuatro cadetes espaciales de repente rugieron de risa al ver a los dos viejos enemigos espaciales mordiéndose el uno al otro. De hecho, Connel y Shinny se alegraban de verse. Y cuando vieron a los chicos doblados de risa, no pudieron evitar reír también. Finalmente, Connel se volvió hacia Roger.

"¿Puedes encontrar ese satélite de nuevo?" preguntó.

"¡Sí, señor!" Roger sonrió.

"Está bien, entonces," dijo Connel finalmente, "vamos a echarle un vistazo. ¡No lo creeré hasta que lo vea!"

"¿Quién es el testarudo ahora?" resopló Shinny, subiendo a la Polaris.

Más tarde, mientras el Crucero espacial volaba suavemente por el espacio, Connel se unió a Roger y Alfie en la cubierta del radar. Los dos cadetes estaban inclinados sobre el escáner de radar.

"¿Habéis captado algo?" preguntó Connel.

"Ahí está, ahí mismo, señor," dijo Roger colocando un dedo en una señal circular blanca en el escáner. "Pero el magnascopio muestra un terreno bastante accidentado. Creo que será mejor que echemos un vistazo al lado opuesto. Tal vez podamos encontrar un lugar mejor para aterrizar."

"Muy bien, Manning," respondió Connel. "Haz lo que mejor te parezca. Dile a Tom que aterrice lo antes posible."

"Sí, señor," respondió Roger.

Dejando a Alfie de guardia en el escáner, Roger se apresuró a bajar la escalera hacia la cubierta de control donde Tom estaba sentado frente al gran tablero.

"Tom," llamó Roger caminando detrás de su compañero de unidad, "vamos a echar un vistazo a este bebé del otro lado. Veamos si podemos encontrar un lugar mejor para aterrizar. Prepárate para recoger la superficie del satélite en el teleceptor tan pronto como nos acercamos lo suficiente."

"Está bien, Roger," dijo Tom. "¿Adónde vas?"

"¡A ver a Loring y Mason en el refrigerador! ¡Quiero ver sus caras cuando les diga que por fin están llegando adonde querían ir, pero bajo circunstancias ligeramente diferentes!"

Tom se rió y se volvió hacia el tablero. "Cubierta de energía, adelante"

"Cubierta de energía, recibido," respondió Astro. "¿Cuándo nos posamos en la piedra preciosa, Tom?" preguntó el venusiano.

"Debería ser pronto, Astro," dijo Tom. "Mejor prepárate para maniobrar."

"¡Correcto!" respondió Astro.

Tom centró toda su atención en el tablero de control y la pantalla del teleceptor sobre su cabeza. Estaba más feliz que nunca en su

vida. El informe enviado a la Academia Espacial por el Mayor Connel había sido respondido con un elogio tanto para Roger como para Shinny por capturar a Loring y Mason. Con Roger de vuelta en la unidad, Tom estaba en paz. Incluso Alfie estaba encantado de ver a Roger de nuevo a bordo de la Polaris.

¡Y Tom se había dado cuenta de que el comandante Connel estaba empezando a llamarlos por sus nombres de pila!

"¡Cubierta de radar a cubierta de control!" dijo Alfie. "Tom, a partir de observaciones casuales, la superficie del otro lado del satélite es más adecuada para un aterrizaje. Te sugiero que observes el planetoide tú mismo con el magnascopio y saques tus propias conclusiones."

"Está bien," respondió Tom. Encendió la pantalla del teleceptor en el magnascopio más potente y estudió la superficie del pequeño cuerpo celeste. Vio un valle profundo con una superficie plana y firme entre dos altos acantilados. Ese sería un lugar complicado para aterrizar, pero parecía el mejor lugar disponible. Tom abrió de golpe el intercomunicador.

"¡Atención! ¡Atención! En espera para aterrizaje. Cubierta de energía en espera para desaceleración. ¡Puente de radar en espera para verificaciones de distancia y altitud!" Las órdenes de Tom crepitaron bruscamente, con fuerza, a través de la nave.

Trabajando juntos con la facilidad y la minuciosidad de los hombres bien familiarizados con su trabajo, Astro y Shinny en la cubierta de energía, Roger y Alfie en el puente del radar, y Tom en la cubierta de control manejando las delicadas maniobras, se combinaron para llevar la gran nave a un aterrizaje seguro en el suelo seco del valle del satélite.

"¡Toma de tierra!" gritó Tom y comenzó a asegurar la nave. Dos minutos más tarde, toda la tripulación se encaraba al Mayor Connel para recibir instrucciones.

"Todos saldremos a diferentes partes del satélite y haremos pruebas geológicas," anunció Connel. "Nos emparejaremos, dos en una lancha a reacción. Astro y Roger, Alfie y el Sr. Shinny, Tom y yo.

Esta es una prueba simple." Levantó un delicado instrumento y un frasco lleno de líquido incoloro. "Simplemente se vierte un poco de este líquido, aproximadamente una cucharada, en el suelo, se espera unos cinco minutos y luego se coloca el extremo en el lugar donde se ha vertido el líquido." Sostuvo un eje de acero de sesenta centímetros de diámetro y un centímetro de diámetro sujeto a un indicador en esfera de reloj con números del uno al mil. El otro extremo del eje estaba afilado como una aguja. "Cuando peguéis esto en el suelo, habrá una lectura en el medidor. Transmitidla. De esta manera obtendremos una estimación de la cantidad de cobre en un área de cinco kilómetros para una profundidad de treinta metros. debe haber más de doscientas toneladas por kilómetro cuadrado para que valga la pena."

Levantó el equipo de prueba para que todos lo vieran y explicó su uso una vez más. Luego, entregando un kit a cada equipo, les ordenó que subieran a las lanchas a reacción.

Justo antes de que la tripulación de terrícolas abandonara la Polaris, Connel les dio instrucciones de última hora.

"Informad a la Polaris en una hora. Realizad tantas pruebas como se pueda en un área lo más amplia posible. No olvidéis dejar a un hombre en la lancha mientras el otro está haciendo la prueba. Mantened encendido el comunicador de audio en la lancha en todo momento. Y aseguraos de que el comunicador del cinturón esté siempre abierto. Revisad el suministro de oxígeno de los trajes espaciales. ¿Todo claro?"

Uno por uno, los astronautas comprobaron a través de los comunicadores de audio que todo estaba claro. La escotilla corrediza en el costado de la Polaris se abrió y las lanchas a reacción volaron hacia la brillante luz del sol de Alpha Centauri, yendo en tres direcciones diferentes.

Tom pilotó su pequeña nave sobre la accidentada superficie del satélite, rodeando los picos más grandes y descendiendo en picado hacia los pequeños valles. Connel indicaría cuándo era el momento de detenerse y Tom dejaría la nave en el suelo. Mientras Connel hacía las pruebas, Tom hablaba con los demás por los comunicadores de audio. Las tres pequeñas naves cubrieron el

satélite rápidamente en secciones divididas uniformemente, informando de sus lecturas en el instrumento a Connel, quien seguía registrando los informes en una libreta en su rodilla.

Una hora más tarde, las lanchas regresaron al Polaris y los terrícolas se reunieron en la sala de control. Connel, Tom y Alfie estaban ocupados reduciendo las lecturas de las pruebas a estimaciones reconocibles en toneladas de cobre por kilómetro cuadrado.

Finalmente, Connel se dio la vuelta, se secó la frente y encaró a los demás.

"¡Este es uno de los mayores descubrimientos para los terrestres desde que aprendieron a despegar!" El gran oficial hizo una pausa y luego mostró los resultados de las pruebas. "¡Este satélite es realmente tres cuartas partes de cobre sólido!"

Hubo un fuerte murmullo cuando todos empezaron a hablar a la vez.

"¿Cómo lo vamos a llevar a casa, señor?" preguntó Tom. "¿No costaría demasiado transportarlo en naves espaciales?"

"Sí, Corbett," respondió Connel, "pero tengo una idea de cómo podemos solucionar ese problema."

"No veo cómo puedes hacer eso," resopló Shinny, "¡a menos que recuperes todo el maldito satélite!"

"¡Eso es exactamente lo que voy a hacer!" respondió Connel.

"¿Qué?" exclamó Roger, olvidando momentáneamente que se estaba dirigiendo a un oficial superior. "¿Cómo diablos vas a hacer eso?"

Connel se volvió hacia el proyector de pantalla de gráficos y lo encendió. Inmediatamente se vio una imagen de la Tierra y su Luna, y mucho más lejos el sol. Connel se acercó a la pantalla y señaló la Luna.

"La Luna es un satélite cautivo de la Tierra, que gira alrededor de la Tierra de la misma manera que la Tierra gira alrededor del Sol. Esa es la misma situación que tenemos aquí. Este satélite es un cautivo

de Tara, y Tara es un cautivo de Alpha Centauri. La diferencia es que el satélite es un cacahuete en comparación con el tamaño de la Luna, con sólo unos veinticuatro kilómetros de diámetro. No estoy seguro, pero creo que puedo obtener suficiente energía reactiva del suministro de combustible del Diablo del Espacio para hacer estallar el satélite fuera de Tara, y agarrarlo y enviarlo de regreso a nuestro sistema solar en una sola pieza. "

"¿Quiere decir, señor," preguntó Tom, perplejo, "que va a arrancar el satélite de la atracción gravitatoria de Tara?"

"Así es, Tom," respondió Connel, "usando el mismo principio para salir de la gravedad que usamos en la Polaris o cualquier nave espacial. Suficiente potencia de los cohetes disparará al Polaris fuera de Tara. Bueno, si puedes conseguir suficiente potencia, también puedes sacar este satélite del agarre de Tara, ya que lo único que lo retiene aquí es la gravedad de Tara, ¡lo mismo que mantiene a la Luna en órbita alrededor de la Tierra!"

Los ojos de Astro se ensancharon. Miró a Connel sin comprender. "Bueno, señor," balbuceó; "se necesitaría... se necesitaría... una tonelada de combustible reactante para quitarle a Tara algo de ese tamaño. ¡La Polaris es un coche para niños en comparación!"

"Tienes razón, Astro," dijo Connel, "pero hay una cosa que has olvidado. El cobre del satélite en sí. Esa será la principal fuente de energía. El combustible reactante del Diablo del Espacio servirá sólo como un motor de arranque, un disparador, podría decirse, para utilizar el cobre como combustible."

Una vez más, Astro jadeó. "Entonces, entonces, no hay nada que lo detenga, señor," terminó lentamente.

Connel sonrió. "Ya lo sé. ¡Voy a contactar con la Academia Espacial ahora para pedir permiso para lanzar la pelota más grande en la historia del hombre!"

Capítulo 15

"¡Bueno, que me convierta en un lunático contemplador de estrellas!" exclamó Roger unos minutos después. "¿De verdad cree que puede sacar este satélite de su órbita?"

"No sólo eso, Manning," dijo Connel con una sonrisa, "sino que podría devolverlo a nuestro sol más rápido de lo que podríamos llegar nosotros mismos."

"Ese sería el proyecto más grande jamás intentado por el hombre, señor," dijo Tom. "¡Estaría transportando un satélite completo de un sistema estelar a otro!"

"Así es, Corbett," dijo Connel. "Acabo de terminar de hablar con la Academia Espacial y me han dado permiso para hacer todo lo que crea necesario para lograrlo. Ahora prestad mucha atención todos. No tenemos mucho tiempo."

Tom, Roger, Astro, Alfie y el Sr. Shinny se reunieron en un círculo cerrado alrededor del mayor en la cubierta de control de la Polaris y lo observaron mientras dibujaba varios diagramas aproximados en una hoja de papel.

"Recuperar el satélite es la parte más complicada de toda la operación. Astro, ¿estás seguro de que hiciste una estimación correcta de la cantidad de combustible reactante en el Diablo del Espacio?"

"Sí, señor," respondió Astro. "¡Lo revisé cuatro veces, y el Sr. Shinny también lo revisó!"

"Está bien, entonces, escucha," dijo Connel. "Le he dado un nombre al satélite. De ahora en adelante lo llamaremos Junior. ¡Y esto se conocerá como el Lanzamiento de Junior! Os expliqué que Junior es un satélite cautivo que gira alrededor de Tara, de la misma manera que nuestra Luna gira alrededor de la Tierra. Tenemos dos problemas. Uno es sacarlo del agarre de Tara. Y el otro es aprovechar la velocidad orbital de Tara alrededor de su sol Alpha

Centauri y la velocidad orbital de Junior alrededor de Tara. Tenemos que combinar las velocidades de las órbitas para que cuando soltemos a Junior gane velocidad."

"Pero ¿cómo conseguimos que las velocidades orbitales nos ayuden, Mayor?" preguntó Alfie. Se le habían resbalado las gafas hasta la misma punta de la nariz.

"Si le dieras una oportunidad al mayor, te lo diría, Gran Cerebro," dijo Roger arrastrando las palabras. Alfie le dirigió a fulminó a Roger con la mirada y se volvió hacia el mayor.

"¿Recordáis cuando erais pequeños y atabais una piedra en el extremo de una cuerda y luego la hacías girar alrededor de la cabeza?" preguntó Connel.

"Claro, algo así como una honda," dijo Astro.

"Así es, Astro," dijo Connel, "y si sueltas la cuerda, la roca volará en la dirección en la que se dirigía cuando la soltaste."

"Ya lo entiendo," gritó Tom emocionado. "¡La gravedad de Tara es la cuerda que sujeta a Junior haciéndolo girar!"

"¡Y la potencia del reactante del Diablo del Espacio colocado en el lugar correcto sería el detonante para soltarlo!" comentó Roger.

"¡Es así de simple, chicos!" dijo Connel con una sonrisa.

"Pero ¿cómo, por los ardientes rayos del sol, va a detener esa maldita cosa cuando se ponga en marcha?" preguntó Shinny.

"Las posibilidades de que Junior golpee algo en el camino a casa son tan pequeñas que no representan un problema. Así que solo hay que apuntar a Junior hacia nuestro sistema solar. Más adelante, se pueden hacer arreglos para desviarlo hacia una órbita alrededor de nuestro sol."

"¿Sabes?," resopló Shinny con alegres ojos brillando, "Eso suena bastante bien."

"Lo es," respondió Connel. Se apoyó en la mesa del tablero de

control y cruzó los brazos sobre su enorme pecho. Miró a cada uno de los cadetes ya Shinny un buen rato antes de hablar. Finalmente dio un paso adelante y se paró entre ellos, volviéndose de vez en cuando para hablar directamente con cada uno de ellos.

"Tenemos sólo cuatro días, cinco horas y algunos minutos para sacar a Junior del agarre de Tara, y más tarde, del agarre de Alpha Centauri. Vosotros, muchachos, tendréis que trabajar como nunca antes habéis trabajado. Haréis cosas que nunca soñasteis que podríais hacer. Trabajaréis hasta que os duela el cerebro y grite el cuerpo. Pero cuando hayáis terminado, habréis logrado uno de los mayores desafíos del hombre. Vais a hacer todo esto porque sé que podéis y porque... ¡yo voy a procurar que lo hagáis! ¿Está eso claro?"

Hubo un "Sí, señor" apenas audible de los cadetes.

"Los seis, trabajando juntos, vamos a enviar un trozo de cobre de veinticuatro kilómetros de diámetro a toda velocidad a través de treintasiete billones de kilómetros de espacio, así que pongámonos en marcha. ¡Ahora mismo!"

Con el mayor Connel rugiendo, rogando y bramando, cuatro jóvenes cadetes y un abandonado astronauta comenzaron la monumental tarea de reunir la masa de información necesaria para el gran impulso del satélite a través del espacio. Durante los tres días que su proyecto estuvo en marcha, Tom, Roger, Astro, Alfie y el Sr. Shinny trabajaron, tal como había prometido el Mayor Connel, como nunca antes habían trabajado.

A última hora de la tarde del tercer día, Connel atravesó la escotilla de la cubierta de control donde Tom estaba ocupado con una tabla de relaciones para equilibrar la cantidad de empuje de cada una de las unidades de potencia de reactiva. Las unidades de potencia iban a sacar a Junior con un impulso inicial fuera de la gravedad de Tara.

"Bueno, Corbett," preguntó Connel, "¿cómo te va con las proporciones?"

"Ya las terminé, señor," respondió Tom, mirando al mayor. Su rostro

estaba demacrado, sus ojos enrojecidos por la falta de sueño. "Pero parece que no puedo calcular la hora para escapar de la órbita en una verdadera tangente."

"¿Has intentado hacer un ajuste para el tirón general de ambos componentes?" preguntó Connel. "¿El de Tara y el de Alpha Centauri en Junior?" Recogió el papel en el que Tom había estado trabajando y echó un vistazo a las cifras.

"Sí, señor," respondió Tom, "¡Pero aún así no consigo que salga bien!"

"Lo conseguirás, Tom," dijo Connel. "Repásalo de nuevo. Pero recuerda, se nos acaba el tiempo. Solo queda un día y unas veinte horas." La voz de Connel era amistosa, más amistosa que en cualquier otro momento que Tom pudiera recordar. Tom sonrió y, tomando una nueva hoja de papel, comenzó de nuevo los complicados cálculos de la hora de escape.

Connel salió de la sala de control y bajó a la cubierta de energía, donde Astro y el Sr. Shinny habían estado trabajando sin dormir durante más de cincuenta horas. Cuando Connel entró en la habitación, encontró a los dos hombres desconcertados sobre un tablero de dibujo.

"¿Cuál parece ser el problema, Astro?" preguntó Connel.

Astro se volvió, sorprendido. "Hemos intentado cinco veces construir ese deflector de plomo para las unidades reactivas, señor," dijo Astro. "Estamos con dificultades para obtener la cantidad correcta de energía reactiva que necesitamos en una unidad tan pequeña."

"Quizá estás tratando de hacerlo demasiado pequeño, Astro," comentó Connel, mirando el dibujo. "Recuerda, esta unidad sólo tiene una función. Iniciar la reacción. Cuando el combustible de reacción se caliente lo suficiente, iniciará una reacción del cobre en Junior que se sostendrá por sí sola. Prueba con una cantidad menor de reactante. Pero hagas lo que hagas, sigue trabajando. Solo queda un día y unas horas."

Connel miró a Shinny. "Que siga trabajando, Sr. Shinny," ordenó. "Sé que puede hacerlo. Pero que siga en marcha."

Shinny sonrió y asintió.

"Lo intentaré, señor," dijo Astro, negando con la cabeza, "pero no garantizaré..."

Connel lo interrumpió con un rugido. "¡Cadete Astro, no quiero su garantía! Quiero esa unidad. ¡Ahora constrúyala!"

Hora tras hora, los cadetes se devanaron los sesos en busca de lo que parecían respuestas imposibles a una tarea imposible. Trabajando hasta que sus ojos se cerraban de golpe, se tumbaban justo donde estaban (cubierta de energía, cubierta de control o puente de radar) y dormían. Se despertaban, aún atontados, tomaban té caliente, comían sándwiches fríos y continuaban su lucha contra el tiempo y la astrofísica.

Uno a uno se fueron resolviendo los problemas y se fueron dejando a un lado para seguir con otros más nuevos que iban surgiendo por el camino. Cada cadete trabajaba en su campo particular, y toda su información era recopilada y coordinada por el Mayor Connel. Más de una vez, Connel había descubierto que las inteligentes mentes de sus cadetes buscaban respuestas a preguntas que él sabía que habrían preocupado a los profesores de la Academia Espacial. Connel, con el ojo puesto en el reloj, su lengua afilada arremetiendo cuando creía detectar pensamientos poco claros, corría de un departamento a otro mientras el trabajo continuaba incesantemente. En la mañana del cuarto día, entró en el puente del radar donde Roger y Alfie habían estado trabajando setenta y dos horas seguidas en un detonador electrónico para activar las unidades reactivas.

"Ahí está, patrón," dijo Roger. "El detonador es todo suyo. ¡Entregado con doce horas de antelación!"

"Buen trabajo, Roger. Tú también, Alfie. ¡Excelente!" dijo Connel apreciando de una mirada el detonador.

"Ah, eso no es nada, patrón," dijo Roger con una sonrisa.

"Cualquiera podría haberlo hecho con Alfie como ayudante. ¡Tiene un cerebro como una calculadora!"

"¡Ahora quiero ver lo inteligentes que sois los dos!" dijo Connel.

"¿Eh?" preguntó Roger estúpidamente. Alfie se había desplomado sobre la cubierta, sujetando la cabeza entre sus manos.

"Quiero una unidad de comunicaciones," dijo Connel, "que pueda enviar un haz constante, una señal que la Academia Espacial pueda captar para seguir a Junior en tránsito hacia la Tierra."

"¿En doce horas?" estalló Roger. "¡Imposible, patrón!"

"Cadete Manning," rugió Connel, "¡No quiero su opinión, quiero esa unidad!"

"Pero un día, señor," dijo Roger. "Ni siquiera un día. Doce horas. No puedo, señor. Lo siento. Estoy tan cansado que no puedo ni ver."

Alfie dejó escapar un gemido bajo.

Connel estudió a los dos cadetes. Sabía que ya les había pedido que hicieran lo imposible, y lo habían hecho. Y merecían que los dejaran en paz. Pero el mayor Connel no sería el mayor Connel si no hubiera dado cada gramo de energía que le quedaba, o la energía que les quedaba a quienes lo rodeaban. Palmeó a Roger en el hombro y habló en voz baja.

"Roger, ¿te dije alguna vez que creo que tienes uno de los mejores cerebros para la electrónica que he visto? ¿Y que Alfie seguramente tendrá un futuro brillante en astrofísica?"

Roger tartamudeó. "Vaya... ah... gracias, señor..."

Alfie miró a Connel y luego luchó por ponerse de pie.

"¿Sabes, Roger?," dijo entrecortadamente, "Si tomamos esa unidad por la que vinimos aquí fuera para probar, ya sabes, la unidad transmisora ..."

Roger lo interrumpió. "Sí, estaba pensando lo mismo. Podríamos

tomar prestada parte de la masa de reacción que Astro sacó del Diablo del Espacio y usarla como fuente de energía."

Connel se apartó de los dos cadetes y salió de puntillas del puente. Sonrió para sí mismo. ¡Iba a ganar su carrera contra el tiempo aún! E iba a hacerlo porque había aprendido mucho atrás que solo se podía presionar a un hombre hasta cierto punto, luego tenías que sentarte, darle una palmada en la espalda, decirle lo inteligente que era y él se esforzaría. Connel casi se rió a carcajadas.

Seis horas después, Connel estaba sentado en su sala, intrigado por uno de los muchos problemas menores del Lanzamiento de Junior, cuando oyó pasos detrás de él. Se volvió. Astro, Tom, Roger, Alfie y Shinny entraron en silencio a la sala. Connel lo miró fijamente.

"¿Qué es?" demandó.

"Hemos terminado, señor," dijo Tom.

"¿Terminado?" explotó Connel. "¿Te refieres a...?"

"Eso es lo que quiere decir, patrón," dijo Shinny con ojos estaban inyectados en sangre por la falta de sueño, pero había un alegre brillo que tiraba en las esquinas.

"¿Todo?" preguntó Connel.

"Todo, señor," dijo Roger. "Las unidades de potencia están construidas y los detonadores instalados. Lo único que se necesita es colocarlas. Tom ha calculado las proporciones y la cantidad de combustible reactante necesario en cada unidad para la tangente de escape. La hora de escape, combinando las velocidades orbitales de Tara y Junior, está completada, y tenemos seis horas y cincuenta y cinco minutos antes del despegue." Se volvió y alborotó el cabello de Alfie. "Alfie y yo hemos completado la unidad de comunicaciones y la hemos probado. Junior está listo para recibir su gran patada en el trasero."

Connel se puso de pie. Se quedó sin habla. Era casi demasiado para creer.

"¡Id abajo a dormir!," Rugió, "Como descubra a uno de vosotros

despierto en menos de cinco minutos, os sancionaré con cincuenta deméritos!"

Los cansados trabajadores le devolvieron la sonrisa a su comandante.

"Yo lo colocaré todo," dijo Connel, "y os despertaré una hora antes de que tengamos que preparar las cosas. ¡Ahora, a planchar la oreja!"

Sus sonrisas se extendieron aún más en sus demacrados rostros y se dieron la vuelta. Connel se acercó al escritorio de la cubierta de control y escribió en el anverso de la página del diario.

«2 de octubre de 2353. Los cadetes espaciales Corbett, Manning, Astro y Higgins y el exastronauta Nicholas Shinny completaron este día todos los preparativos para la operación Lanzamiento de Junior. Por la autoridad que se me ha otorgado como oficial superior de la Guardia Solar, por la presente recomiendo el elogio oficial de "buen trabajo" a los astronautas antes mencionados, y que todos los honores de conformidad con ese elogio les sean otorgados oficialmente. Firmado, Connel, Mayor, OS-GS.»

Cerró el libro y se secó las comisuras de los ojos con el dorso de la mano.

Capítulo 16

"Bueno, amigos," dijo Tom, ahogando un bostezo, "parece que lo logramos. Pero me vendría bien dormir un poco más. ¡Esas cinco horas fueron suficientes para empezar!"

"Sí," asintió Roger con amargura, "pero ¿de dónde sale este lelo venusiano para quedarse con todo el mérito?." Miró a Astro. "Si yo no hubiera construido los detonadores para tus petarditos..."

"¡Petarditos!" gritó Astro. "¡Menudo delgaducho farsante espacial estás hecho! ¡Si yo no hubiera construido esos reactores nucleares, no tendríais nada que detonar!"

Connel apareció en el pequeño comedor de la Polaris, con las manos llenas de papeles y dibujos. "¡Cuando hayáis terminado de felicitaros mutuamente, me gustaría decir algunas cosas!" espetó.

"¿Felicitarlo?" exclamó Roger. "¡Capitán, tiene la cabeza tan gruesa que ni el ruido de la cubierta de energía le llega a los tímpanos!"

"Otra palabra más, Manning," gruñó Astro, "¡Y respiraré hondo y saldrás volando cuando te sople encima!"

"Otra palabra de cualquiera de vosotros," rugió Connel, "¡Y os encerraré a ambos en el calabozo con Mason y Loring!"

De repente, miró a los cinco astronautas. "¿Quién está en guardia de prisioneros hoy?" preguntó.

Los cuatro cadetes y el Sr. Shinny se miraron el uno al otro y luego a Roger.

"Ehh, yo, señor," confesó Roger.

"¡Tenía la remota sospecha de que serías tú!" dijo Connel. "Cadete Manning, una de las primeras cosas que aprende un oficial de la Guardia Solar es a ocuparse de las necesidades de sus hombres y prisioneros antes que a sí mismo. ¿Lo sabías Cadete Manning?"

"Ehh, sí, señor. Iba ahora mismo a…" murmuró Roger.

"¡Pues ve abajo y dales a Mason y Loring sus raciones!"

"Sí, señor," dijo Roger. Se levantó y recogió una bandeja de comida.

"Todos vosotros presentaos dentro de cinco minutos en la cubierta de control para recibir instrucciones," dijo Connel y siguió a Roger por la puerta.

"¿Qué os parece eso?" dijo Astro. "¡Nos rompemos el lomo por él y en cuanto terminamos, comienza de nuevo con la vieja rutina!"

"Eso no tiene nada que ver, Astro," dijo Tom. "Ponte en su posición. Nosotros solo tenemos una o dos cosas en las que pensar, él es responsable de todo."

"Igual que cuando navegaba con él hace veinticinco años," dijo Shinny. Tragó lo que le quedaba del té y echó mano a un puñado de tabaco. "Es todo un astronauta desde la la coronilla hasta la suela de las botas espaciales."

"Me inclino bastante a coincidir contigo, Tom," dijo Alfie con suavidad. "El liderazgo lleva consigo la mayor de todas las cargas: la responsabilidad por la vida de otras personas. Tú, Corbett, como cadete de la cubierta de control, harías bien en tomar nota del patrón de comportamiento del Mayor Connel."

"Escucha," gruñó Astro, "como Tom sea alguna vez un revientarreactores como Connel, yo... yo..."

"No te preocupes, Astro," dijo Tom, riendo. "¡No creo que haya otro Mayor Connel en un millón de años luz!"

Shinny rió en silencio, su cuerpecito temblaba levemente. "Querrás decir, Tommy, que ni en todo el universo habrá otro como el viejo Connel Despegue."

En la cubierta bajo el comedor, Roger equilibraba con cuidado una bandeja en una mano mientras abría la cerradura electrónica del calabozo y daba un paso atrás rápidamente, apuntando una pistola de paralorrayos con la otra.

"Está bien, Mason, Loring," gritó, "¡salid a por esto!" La puerta se abrió y Loring asomó la cabeza. "Cualquier cosa rara," advirtió Roger, "¡y os dejo tiesos tan rápido que no sabréis qué os ha golpeado!"

"¡Ya era hora de que asomaras!" gruñó Loring. "¿Qué intentas, matarnos de hambre?"

"¡Esa no es mala idea!" dijo Roger. Loring tomó la bandeja. Roger le indicó que volviera al interior del calabozo y dio un portazo. Pasó la llave y se apoyó en los barrotes.

"Será mejor que comáis eso ahora que podéis," dijo. "No sirven tan buena comida en un asteroide prisión."

"Nunca nos meterás en un asteroide prisión," se quejó Mason.

"No te hagas ilusiones," dijo Roger. "En cuanto coloquemos las unidades del reactor, enviaremos este trozo de cobre a la Tierra y a vosotros con él. ¡Os van a enterrar!"

"¿Quién va a hacer todo eso?" espetó Loring. "¿Un montón de gamberros y un ruidoso oficial de la Guardia Solar?"

"Sí," replicó Roger.

"¡Cadete Manning!" La voz de Connel rugió por el intercomunicador. "¡Se te ordenó presentarte en la cubierta de control en cinco minutos! ¡Ya llegas un minuto tarde! ¡Preséntate en la cubierta de control ahora mismo y quiero decir ahora!"

Loring y Mason rieron. "El viejo «Despegue» Connel te ha cogido bien el número, ¿eh, chaval?"

"¡Ah, vete a limpiar reactores, trozo de chatarra espacial con cabeza de alfiler! ¡No le llevó mucho tiempo a él mojarte los tubos!"

Connel rugió de nuevo. "¡Maldito sea tu pellejo, Manning, preséntate!"

"Mejor será que zarpes, Manning," dijo Loring; "¡Podrías llevarte otro feo demérito!"

Roger se dio la vuelta y corrió hacia la cubierta de control. Entró sin aliento y paró junto a sus compañeros de unidad mientras Connel lo miraba con frialdad.

"Gracias, cadete Manning," dijo Connel. "¡Apreciamos su presencia!"

"Sí, señor," murmuró Roger.

"Bien," bramó Connel, "ya conocéis vuestras asignaciones. Tomaremos las lanchas a reacción como antes y saldremos en parejas. Tom y yo, Astro y Roger, y Shinny y Alfie. Colocaremos las cargas de reacción en Junior en los puntos marcados en la pantalla de cartas aquí." Indicó la carta en la proyección. "Copiarla en vuestros propias cartas. Cada equipo tomará tres de las unidades de reacción. Mi equipo se instalará en los puntos uno, dos y tres. Astro y Roger en el cuatro, cinco y seis. Alfie y Shinny en el siete, ocho y nueve. Una vez que hayas colocado las cargas, conectad los gatillos de los detonadores y regresad a la nave. ¡Vigilad el tiempo! Si fallamos, pasará más de un año antes de que Junior esté en la misma posición orbital de nuevo. ¿Cuánto tiempo nos queda, Corbett?"

Tom miró el reloj. "Exactamente dos horas, señor," dijo.

"No mucho," dijo Connel, "pero suficiente. No debería tomar más de una hora y media instalar las unidades y regresar a la nave para despegar. ¿Todo claro? ¿Alguna pregunta?"

No hubo preguntas.

"Está bien," dijo el oficial, "¡Poneos el equipo espacial y moveos!"

Manipulando con cuidado las cargas en contenedores en plomo, los seis astronautas cargaron las lanchas a reacción y, uno por uno, despegaron de la Polaris hacia las posiciones marcadas en el mapa.

Trabajando rápidamente, cada uno de los equipos de dos se movió de una posición a otra en la superficie del desolado satélite. Connel, refiriéndose constantemente a su reloj, contaba los minutos mientras, uno a uno, los equipos informaban de la instalación de una unidad de reactor.

"Al habla Shinny. Acabo de instalar la carga de reacción uno en el punto siete."

"Al habla Manning. Acabo de instalar la carga de reacción en el punto cuatro."

Uno tras otro, los equipos informaron. Connel, con Tom pilotando la lancha a reacción, terminó de instalar sus unidades en los puntos uno, dos y tres y se dirigió de regreso al Polaris.

"¿Cuánto tiempo, señor?" preguntó Tom mientras desaceleraba la pequeña nave para aterrizar.

"Menos de media hora, Corbett," dijo Connel nerviosamente. "Será mejor que compruebe a Shinny y Alfie." Llamó por el audífono. "Mayor Connel a Shinny y Higgins, adelante Shinny y Higgins."

"¡Shinny aquí!" llegó la respuesta. "Estamos terminando la última unidad. Deberíamos estar de regreso en cinco minutos."

"¡Hazlo rápido!" dijo Connel. "¡Queda menos de media hora!"

"Lo lograremos," resopló Shinny.

"Entrando para atraque," dijo Tom. "¡Será mejor que se ponga el cinturón, señor!"

Connel asintió. Se ató varias correas a lo largo del regazo y pecho, sujetándose a los lados del asiento. Tom envió en picado la lancha a reacción, redujo la aceleración y pilotó suavemente la pequeña nave dentro de la enorme esclusa de aire en el lateral de la Polaris.

"Será mejor que me suba a la cubierta de control y empiece a calentar los circuitos, señor," dijo Tom.

"Buena idea, Tom," dijo Connel. "Yo intentaré comunicar con Manning y Astro."

Tom dejó al oficial encorvado sobre el comunicador en la lancha a reacción.

"¡Mayor Connel a Manning y Astro, adelante!" llamó Connel. Esperó

un momento y luego repitió. "¡Manning, Astro, adelante! ¡Por los anillos de Saturno, adelante!" Se escuchó el fuerte rugido de una lancha a reacción que se acercaba. Shinny guió la nave hacia la Polaris con un rápido y violento estallido de los impulsores de frenado. El ruido era ensordecedor.

"¡Basta de ese ruido, maldito idiota descerebrado!" rugió Connel. "¡Corta esa aceleración!"

Shinny sonrió y cortó los impulsores. La cubierta de la catapulta de la lancha quedó en silencio, y Connel se volvió hacia el comunicador.

"¡Adelante, Manning, Astro! Al habla el Mayor Connel. ¡Adelante!"

En el lado opuesto del satélite al vacío, Roger y Astro estaban ocupados cavando un agujero en la dura superficie. Cerca estaba la última de las unidades explosivas que se iban a instalar. La voz de Connel retumbó por sus auriculares.

"¡Chico, está explotando sus reactores!" comentó Roger.

"Sí," gruñó Astro. "¡Debería tener que cavar él este maldito agujero!"

"Bueno, aquí es donde tiene que ir. Si el suelo es duro, mala suerte," dijo Roger. "Si lo colocamos en cualquier otro lugar, podría estropear toda la operación."

Astro asintió y continuó excavando. Sostenía una pequeña pala y golpeaba el suelo. "¿Cuánto tiempo nos queda?" jadeó.

"Veinte minutos," respondió Roger. "Será mejor que te des prisa."

"Terminado ahora," dijo Astro. "Trae la unidad del reactor aquí y coloca el detonador."

Roger tomó la pesada caja de plomo y la colocó suavemente dentro del agujero.

"Recuerda," advirtió Astro, "ajusta el detonador para dentro de dos horas."

"No, te equivocas," respondió Roger. "Yo he colocado los detonadores cada vez restando la cantidad de tiempo desde que dejamos la Polaris. Configuré este en veinte minutos."

"Estás equivocado, Roger," dijo Astro. "Su tiempo máximo es de dos horas."

"Escucha, zoquete venusiano," explotó Roger, "¡Yo construí este chisme, sé lo que estoy haciendo!"

"Pero, Roger…" protestó Astro.

"¡Veinte minutos!" dijo Roger, y giró el tornillo de fijación del detonador. "Bien, está todo listo. ¡Salgamos de aquí!"

Los dos cadetes corrieron de regreso al bote a reacción y despegaron de inmediato. Una vez en el espacio, Astro se volvió hacia Roger.

"¡Será mejor que avises al mayor Connel antes de que se explote en pedazos a sí mismo!"

"Sí," asintió Roger. "Supongo que estás en lo cierto." Encendió el comunicador de audio. "¡Atención! ¡Atención! Manning al Mayor Connel. En vuelo de regreso a Polaris. Todas las instalaciones completadas."

"¿Por qué has tardado tanto, Manning?" gritó Connel en respuesta. "¿Y por qué no me respondías?"

"No podía, señor," dijo Roger. "Nos costó mucho cavar un hoyo para la última unidad."

"Volved a la Polaris inmediatamente," dijo Connel. "Vamos a despegar en quince minutos."

"Muy bien, señor," dijo Roger.

En ese momento, la lancha a reacción rodeó la Polaris e hizo un aterrizaje hacia el puerto abierto. Roger frenó la pequeña embarcación y la detuvo junto a las demás.

"Eso es, chico astronauta," le dijo a Astro. "¡Todos en el Expreso Polaris de regreso a casa!"

"Tú asegúrate de darme un buen rumbo, Manning," gruñó Astro sacando su enorme cuerpo de la pequeña cabina de la lancha a reacción, "¡Y yo te daré todo el empuje que quieras!"

Astro aseguró las lanchas a reacción mientras Roger cerraba la escotilla de la esclusa de aire, bloqueando la última vista del pequeño planetoide accidentado. Roger le lanzó al paisaje un beso burlón.

"¡Hasta luego, Junior! ¡Nos vemos en casa!" Los dos cadetes subieron por la escalera que conducía a la cubierta de control.

Tom estaba sentado frente al panel de control y observaba la manecilla del reloj solar. Connel paseaba nervioso de un lado a otro detrás de él. Shinny y Alfie estaban a un lado mirando el gran reloj también.

"¿Cuánto tiempo, Corbett?" preguntó Connel por enésima vez.

"Junior recibe la patada en el trasero en diez minutos, señor," respondió Tom.

"Bien," dijo Connel. "Eso me da el tiempo suficiente para notificar a la Academia Espacial y prepararme para recibir la señal de Junior. ¿Sabes lo que hay que hacer?"

"No tengo que hacer nada, señor," respondió Tom, señalando el reloj solar sobre su cabeza. "En nueve minutos y veinte segundos, las unidades del reactor se detonan automáticamente a intervalos de un segundo."

Roger y Astro entraron en la cubierta de control y se pusieron firmes. Connel les devolvió el saludo y los llamó a descanso.

"Está bien, nuestro trabajo aquí está hecho," dijo Connel. "No tiene sentido quedarse más tiempo. Tom, puedes despegar de inmediato."

"Sí, señor," respondió Tom.

Connel subió la escalera hasta el puente del radar para ponerse en contacto con la Academia Espacial. Astro, Roger, Shinny y Alfie fueron a sus puestos y comenzaron los rápidos preparativos para el despegue. Uno por uno, se comunicaron con Tom en la cubierta de control.

"Cubierta de energía, listo para despegar!" informó Astro.

"Puente de radar, todo listo. Trayectoria despejada delante y arriba," dijo Roger.

"¡Energiza las bombas de refrigeración!" gritó Tom por el intercomunicador.

Las grandes bombas empezaron a resollar bajo la tensión del repentino cambio de Astro a plena carga sin la habitual acumulación lenta. Tom observó la aguja de presión elevarse lentamente frente a él y finalmente extendió la mano y agarró el interruptor principal.

"¡En espera para ascender la nave!" gritó. "¡Despegue en cinco, cuatro, tres, dos, uno, ¡cero!"

Tiró del interruptor. La gran nave se estremeció, vibró y, de repente, se alejó disparada del preciado satélite. Tom se ajustó rápidamente para la caída libre encendiendo los generadores giroscópicos de gravedad sintética, y luego anunció por el intercomunicador:

"¡Comandante Connel! El cadete Corbett informa. ¡Nave en el espacio exactamente a las treinta y una, señor!"

"Muy bien, Corbett," respondió Connel. "La Academia Espacial envía a la tripulación un «¡buen trabajo!». Todo preparado en casa para hacerse cargo del rayo tan pronto como Junior comience su camino de regreso. ¿Cuánto tiempo hasta el despegue cero del satélite?"

Tom miró el reloj. "¡Menos de dos minutos, señor!"

"Está bien," dijo Connel por el intercomunicador, "¡Todos a la cubierta de control si queréis ver a Junior hacer su número!"

En un momento los seis astronautas se reunieron alrededor del magnascopio esperando el acto final de su gran esfuerzo. Sin aliento, con los ojos yendo y viniendo del reloj solar al magnascopio, esperaron a que la manecilla roja se moviera.

"Aquí viene," dijo Tom emocionado. "¡Un segundo, dos segundos, tres, cuatro, cinco!"

En la superficie del planetoide, aparecieron nubes gigantes en forma de hongo trepando hacia el vacío. Una a una, las unidades del reactor explotaron. Connel las contaba mientras estallaban.

"Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…" hizo una pausa. Junior comenzó a alejarse de ellos. "¡Nueve!" gritó Connel. "¿Qué ha pasado con la nueve?"

"Roger," gritó Astro, "¡cometiste un error en el cronómetro!"

"Pero eso es imposible. Yo... yo..."

Connel dio media vuelta, con ojos en llamas, respirando con dificultad. "¿Para qué hora fijaste la última, Roger?" demandó.

"Vaya, veinte minutos respecto a la hora del despegue, señor," respondió el cadete rubio.

"Entonces no detonará hasta dentro de cuarenta minutos," dijo Connel.

"Pero, señor..." empezó a decir Roger, y luego guardó silencio. La sala quedó en silencio. Todos miraron a Roger y luego a Connel. "Honestamente, señor, no quise cometer un error. Yo…" suplicó Roger.

Connel dio media vuelta. Su rostro de repente se veía muy cansado. "Está bien, Roger," dijo en voz baja. "Todos hemos estado trabajando bastante duro. Es probable que se produzca un pequeño error en una operación como esta." Se pausó. "Es culpa mía. Debería haber revisado esos detonadores yo mismo."

"¿Supone esto mucha diferencia, señor?" preguntó Astro.

"Mucha diferencia, Astro," dijo Connel. Se sentó pesadamente.

"Pero ¿cómo, señor?" preguntó Tom.

"Es muy simple, Tom," respondió Connel. Su voz era extrañamente tranquila. "Junior gira sobre su eje cada dos horas, al igual que la Tierra gira cada veinticuatro horas. Pensé en sincronizar las explosiones para que, en el momento adecuado, empujáramos a Junior fuera de su órbita alrededor de Tara y fuera de la órbita mayor alrededor de Alpha Centauri, utilizando ambas velocidades más el empuje inicial. Pero al ser una ráfaga corta, cuarenta minutos tarde, la explosión ocurrirá cuando Junior esté cuarenta minutos fuera de posición," hizo una pausa y calculó rápidamente en su mente; "eso es aproximadamente setenta y siete mil kilómetros fuera de posición. Cuando estalle, en lugar de enviar a Junior al espacio, ¡lo lanzará directamente hacia su propio sol!"

"¿No hay nada que podamos hacer, señor?" preguntó Tom.

"Nada, Corbett," respondió Connel con cansancio; "En lugar de suministrar cobre a la Alianza Solar, dentro de una semana Junior será poco más que una pieza fundida de chatarra espacial." Miró la pantalla del teleceptor. Todo listo, Junior se estaba alejando.

"En espera para plena aceleración, hiperimpulso," dijo el gran oficial en un susurro ronco. "¡Nos vamos a casa!"

Capítulo 17

El suave zumbido del hiperimpulsor llenó la cubierta de energía e hizo que Roger mostrara una mueca de dolor al cruzar la escotilla y saludar a Astro. Bajó la escalera y se detuvo junto al gran venusiano, de torso al aire, que miraba los manómetros en el tablero de control de la cubierta de energía.

"Hola, Roger," dijo Astro con una gran sonrisa.

"Hola, Astro," respondió Roger y se sentó en un taburete cercano.

"Disculpa un minuto, sabiondo," dijo Astro. "Tengo que comprobar el desconcierto alrededor del tubo de reacción tres." El gran cadete se puso apresuradamente un traje protector forrado de plomo y entró en la cámara de reacción. Después de un momento reapareció y se quitó el traje. Sirvió un vaso de agua, se lo entregó a Roger y se sirvió otro.

"Hace bastante calor aquí," dijo. "No me gusta conectar el aire acondicionado cuando estoy en hiperimpulso. Absorbe mi salida de energía y reduce la presión en las bombas de oxígeno."

Roger asintió distraídamente ante la innecesariamente detallada explicación. Astro lo miró con dureza. "Dime, ¿qué te está carcomiendo?"

"Honestamente, Astro," dijo Roger, "nunca me he sentido más miserable en mi vida."

"No dejes que esto te deprima, Roger," dijo Astro. "El mayor dijo que era un error que cualquiera podía cometer."

"Sí," dijo Roger, "pero ¿has visto la forma en que él simplemente... habla?"

"¿Habla?" preguntó Astro sin comprender.

"Sí, habla," dijo Roger. "No grita ni despega ni reparte deméritos

como si fueran caramelos. ¡Nada! Por qué ni siquiera ha mordido a Alfie desde que dejamos a Junior. Simplemente se queda sentado en su sala."

Astro entendió ahora y asintió en señal de acuerdo. "Sí, tienes razón. Preferiría que se fundiera los tubos a como está ahora."

"Tom también debe sentirse bastante podrido," dijo Roger. "Tampoco lo he visto mucho."

"Ni a Alfie," intervino Astro. "Ninguno de los dos ha hecho nada más que trabajar. No creo que ninguno de los dos haya dormido desde que dejamos Tara."

"¡Todo es culpa mía!" dijo Roger. "No soy más que una bocazas bolsa de gas espacial, ¡con un asteroide por cabeza!" Se levantó y se tambaleó hacia la escalera.

"Ey, ¿adónde vas?" gritó Astro.

"Casi lo olvido," gritó Roger desde lo alto de la escalera. "Tengo que servir una comida a nuestros prisioneros. Y talcomo me siento, ¡me gustaría servirla por la garganta!"

Roger fue directamente a la cocina desde la cubierta de control y preparó deprisa comida para Loring y Mason. Lo amontonó en una bandeja y bajó al calabozo.

"Está bien, Loring," gruñó, "¡ven a buscar esto!"

"Bueno, bueno, bueno," se burló Loring. "¿Dónde está el gran espíritu de Manning? Estáis un poco deprimidos desde que arruinasteis esa pequeña operación, ¿eh?"

"Escucha, rata espacial," dijo Manning con frialdad; "¡Una palabra más y te sacaré al pasillo y golpearé esa cabeza tuya hasta dejarla como chatarra espacial!"

"¡Ojalá lo intentaras, pequeño chorlito!" gruñó Loring. "¡Te rompería en dos!"

"Muy bien, amigo," dijo Roger, "¡Te voy a dar esa oportunidad!"

Abrió la puerta de la celda y Loring salió. Roger apuntó con la pistola de paralorrayos y volvió a cerrar la puerta. Dejado adentro, Mason acercó la cara a los barrotes.

"Dale una buena, Loring," siseó. "¡Hazlo pedazos!"

Roger arrojó la pistola de paralorrayos en la esquina del pasillo y se enfrentó al astronauta más pesado. Mantenía los brazos sueltos a los costados y se balanceaba sobre las puntas de los pies. Una leve sonrisa jugó en las comisuras de su boca.

"Empieza a romper, Loring," dijo en voz baja.

"Vaya, serás..." gruñó Loring y se apresuró a entrar. Se lanzó violentamente hacia la cabeza de Roger, pero el cadete se deslizó dentro del puño y giró con fuerza la derecha hacia la parte media de Loring. El prisionero se dobló, se tambaleó hacia atrás y se enderezó lentamente. Los labios de Roger estaban tensos en una mueca de fría ira. Sus ojos brillaban intensamente. Avanzó rápidamente y golpeó dos izquierdas directas a la mandíbula de Loring, luego volvió a doblar al astronauta con un fuerte derechazo al corazón. Loring jadeó y trató de apartarse. Pero Roger le lanzó un directo a la mandíbula. El prisionero se desplomó en el suelo, inconsciente. La pelea había acabado.

Roger se acercó, recogió la pistola de paralorrayos y volvió a abrir la puerta de la celda.

"Muy bien, Mason," dijo con frialdad; "Arrástralo adentro. Y si quieres ponerme a prueba, solo dilo."

Mason no respondió. Simplemente se apresuró a salir y, agarrando a Loring por los pies, lo arrastró al interior. Roger cerró la puerta de un portazo y la cerró con llave.

Frotándose los nudillos y sintiéndose mejor de lo que se había sentido durante días, Roger regresó al puente del radar. Mientras se acercaba a las habitaciones del mayor Connel, escuchó la voz de Connel. Se detuvo y escuchó fuera de la puerta.

"Es un hermoso trabajo de cálculo, Tom," estaba diciendo Connel.

"No veo cómo tú y Higgins habéis logrado hacerlo en tan poco tiempo. Y sin una computadora electrónica que os ayude. Hermoso trabajo, realmente excelente, pero me temo que es demasiado arriesgado."

"Ya he hablado con Astro y el señor Shinny, señor," dijo Tom, "y se han ofrecido como voluntarios. Aún no he hablado con Roger, pero estoy seguro de que estaría dispuesto a intentarlo."

Roger cruzó la puerta.

"Sea lo que sea," dijo Roger, "estoy listo."

"Escuchar a escondidas a su oficial al mando," dijo Connel, mirando especulativamente al cadete rubio, "es una ofensa muy seria."

"Por casualidad escuché mencionar mi nombre, señor," respondió Roger con una sonrisa.

Connel se volvió hacia Tom. "Repasa eso de nuevo, Tom."

"Bueno, señor," dijo Tom, "Junior está cayendo hacia el sol a una velocidad de treinta y cinco kilómetros por segundo en este momento. Pero aún podríamos aterrizar en Junior una lancha a reacción, colocar más explosivos nucleares para sacarlo de la tirón del sol y enviarlo camino a nuestro sistema solar. No obtendríamos tanta velocidad como antes, pero aún así salvaríamos el cobre."

Para entonces, Astro y Shinny se habían unido al grupo y estaban fuera de la puerta en el pasillo, escuchando en silencio.

Connel se agarró la barbilla. "Veamos," dijo, "si pudiéramos volver a Tara en tres días..." Miró a Astro. "¿Crees que podrías traernos de regreso en tres días, Astro?"

"Mayor Connel, por otra oportunidad con Junior," rugió el gran venusiano, "¡lo traeré de regreso en un día y medio!"

"Está bien," dijo Connel. "Ese es un problema. Pero hay otros."

"¿Cuáles señor?" preguntó Tom.

"Tenemos que preparar detonadores de reactantes y tenemos que construir nuevas unidades de reactores. Si pudiéramos hacer eso..."

"Si Astro puede traernos de regreso," dijo Shinny, "y Roger y este joven inteligente Alfie de aquí pueden hacer algunos detonadores, yo construiré las unidades. Después de todo, Astro me mostró una vez cómo hacerlo. Supongo que puedo seguir sus instrucciones!"

"¡Bien!" dijo Connel. "Ahora está el elemento tiempo. ¿Cuánto tiempo necesitaríamos en Junior?" Miró a Tom.

"Déjeme responder de esta manera, señor," dijo Tom. "Solo tendríamos dos horas para colocar las cargas de reacción y activarlas, pero eso debería ser suficiente."

"¿Por qué tan poco, Tom?" preguntó Roger.

"Porque sí," respondió Tom. "Sabemos cuál es la atracción del sol y la potencia de la lancha a reacción. Cuando la atracción del sol sea mayor que la velocidad de escape de la lancha a reacción, la embarcación nunca despegará. Junior sigue cayendo hacia el sol. He basado esa cifra en llegar a Junior en el último momento posible."

"Se necesitarían al menos cinco hombres para configurar las cinco explosiones que necesitamos," reflexionó Connel. "Eso significa que uno de nosotros tendrá que permanecer en la Polaris."

Hubo un coro inmediato y fuerte de "¡Yo no!" de todos.

"Está bien," dijo Connel, "Lo haremos al azar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis. El hombre que saque el número seis se quedará con la Polaris. ¿De acuerdo?"

"Sí, señor," dijo Tom, mirando a su alrededor. "Estamos de acuerdo."

Connel fue a su escritorio y escribió rápidamente en seis hojas de papel. Dobló cada una, se las metió en la gorra y se la ofreció a Astro.

"Muy bien, Astro," dijo Connel, "¡Elige!"

Astro se humedeció los labios y clavó su gran zarpa. El venusiano tocó varios y luego sacó un trozo de papel. Lo abrió y leyó en voz alta. "¡Número dos! ¡Yo voy!" Se volvió y sonrió a los demás.

Connel le ofreció su gorra a Alfie. Alfie metió dos dedos y sacó un resbalón. "¡Número cuatro! ¡Yo voy!" chilló.

Roger y Shinny dibujaron los números uno y tres. Tom miró al mayor. "Adelante, Corbett," dijo Connel.

"Después de usted, señor," dijo Tom.

"¡He dicho que saques uno!" rugió Connel.

"Sí, señor," dijo Tom. Metió la mano y rápidamente sacó uno de los dos papeles restantes.

"Número seis," dijo en voz baja. "Me quedo yo."

Connel, sin molestarse en abrir el último, se puso el sombrero en la cabeza y se volvió.

"Pero, señor," dijo Tom, "yo... ah..."

Connel lo interrumpió con un gesto de sus manos. "¡Sin peros!" Se volvió hacia los demás. "¡Manning, Higgins! Dadme un rumbo de regreso a Junior y hacedlo bien. Astro, Shinny, esperad en la cubierta de poder para el cambio de rumbo. Tom, sube a la cubierta de control. Nosotros vamos a sacarle al sol el cobre de los dientes!"

Una vez más, la energía de los seis astronautas se quemó en períodos de veinticuatro horas de improvisación y cálculos detallados. Roger y Alfie rediseñaron el detonador para asegurar una perfecta coordinación de las explosiones. Astro y Shinny superaron sus esfuerzos anteriores al poner suficiente potencia en las cinco pequeñas unidades de reacción para hacer más de lo requerido. Tom, de pie durante largas horas en la cubierta de control, dedicó su tiempo libre a las tortuosas ecuaciones que implicarían el fracaso o el éxito de todo el proyecto. Y el Mayor Connel, alerta y vivo una vez más, llevó a su tripulación hacia metas más grandes de las que había logrado antes.

Casi tres días después, la Polaris apareció sobre los océanos gemelos de Tara y se deslizó en una órbita justo más allá de la fuerza de gravedad del planeta. A bordo de la nave espacial, los astronautas de ojos rojos hacían los preparativos de último momento.

En constante contacto con la Academia Espacial, utilizando los recursos del personal científico de la Academia para verificar los cálculos más difíciles, los seis hombres de la Polaris trabajaron sin descanso.

Connel apareció en el puente del radar y encendió el escáner de largo alcance.

"Tengo que averiguar dónde está Junior," les dijo a Roger y Alfie.

"Eso no funciona, señor," dijo Roger.

"¿Qué quieres decir con que no funciona?" explotó Connel.

"Junior está cayendo al sol, señor. Las radiaciones lo bloquean desde nuestra posición actual."

"¿No podríamos movernos a otra posición?" preguntó el oficial.

"Sí, señor," dijo Roger, "podríamos. Pero hacer eso tomaría más tiempo, y no lo tenemos."

"Entonces, ¿cómo vas a encontrar a Junior?" preguntó Connel.

"Alfie está ocupado con un escáner especial, señor, uno que es especialmente sensible al cobre. Dado que el sol está compuesto principalmente de gas, con este filtro solo Junior aparecerá en la pantalla."

"Por los anillos de Saturno," exclamó Connel, "¿me estás diciendo que Alfie Higgins está construyendo un nuevo escáner de radar, así como así?"

"Vaya, sí, señor," respondió Roger con inocencia—. "¿Hay algo de malo en eso?"

"No... no..." dijo Connel, retrocediendo del puente. "Sólo... sólo

sigue adelante. ¡Lo estáis haciendo bien! ¡Sí, señor, muy bien!" Salió corriendo del puente.

"Muy gracioso de tu parte, Manning," dijo Alfie, sonriendo.

"Te diré algo más gracioso que eso," dijo Roger. "Siento lo mismo que él. ¿Hay algo que no puedas hacer, Alfie?"

Alfie pensó un momento. "Sí, la hay," dijo al fin.

"¿El qué?" preguntó Roger.

"No puedo... ¿debo decir?, progresar tanto como tú con... eh... las muñecas espaciales."

La mandíbula de Roger cayó. "¡Muñecas espaciales! ¿Te refieres a… chicas?"

Alfie asintió.

"Escucha," dijo Roger, "cuando tengamos a Junior de camino a casa y regresemos a la Academia, te prometo que te mostraré cómo explotar tus reactores con las maravillas espaciales de Átomo City."

Alfie extendió la mano con seriedad. "Y si haces eso por mí, Roger, te mostraré cómo usar el nuevo cerebro electrónico que adquirieron recientemente en la Academia. Solo otra persona puede operarlo. Pero definitivamente tienes el potencial."

Roger lo miró estúpidamente. "¿Eh? Sí. ¡Oh, claro!"

La masa de datos fue reunida y coordinada gradualmente, y por fin, mientras Tom estaba a su lado, el mayor Connel revisó sus cálculos.

"No veo nada malo en esto, Tom," dijo Connel al fin. "Supongo que eso es todo. Suponiendo que aterrizamos en Junior exactamente a las diecisiete horas, llegaríamos al punto de no retorno exactamente dos horas después."

"¿Debo alertar a los puestos para que despeguen hacia Junior?" preguntó Tom.

"Sí," dijo Connel, "deja la Polaris a la deriva en el espacio a unos quinientos kilómetros por encima de Junior. Ahí es cuando despegaremos en lanchas a reacción."

"Sí, señor," dijo Tom. Con los ojos brillantes, se volvió hacia el intercomunicador. "Muy bien, bebés espaciales," anunció, "esto es todo. En espera para disparar a Junior. ¡Allá vamos!"

Capítulo 18

Amaneció sobre las enmarañadas junglas de Tara, seguido por el brillante sol de Alpha Centauri saliendo del mar del este y subiendo lentamente cada vez más alto. En el denso desierto inexplorado, seres vivosvy cosas terribles abrían los ojos y retomaban su interminable búsqueda de alimentos. Una vez más, Alpha Centauri había convocado a un hemisferio de su planeta satélite a la vida.

Mientras tanto, en lo alto de los cielos sobre Tara, seis terrícolas viajaban hacia el resplandor llameante de la estrella solar. Usando delicados instrumentos en lugar de garras, y su inteligencia en lugar de un hambre ciega, se preparaban para luchar con la estrella solar y obligarla a liberar el preciado satélite de cobre de su mortal y consumidora garra.

La tripulación de la Polaris se reunió en la cubierta de control de la gran nave espacial y, frente a su oficial al mando, esperaba pacientemente la orden que los enviara a toda velocidad hacia su objetivo.

"Las lanchas a reacción están listas, señor," informó Tom. "Estamos a la deriva en órbita alrededor de Junior a una altitud de unos quinientos kilómetros."

"¿Significa eso que también estamos cayendo hacia sol?" jadeó Shinny.

"Seguro que sí, Sr. Shinny," dijo Alfie, "a más de treinta kilómetros por segundo."

"Las lanchas a reacción tienen suficiente potencia para regresar desde Junior hasta la Polaris, Sr. Shinny," aseguró Tom. "Y luego la Polaris puede despegar desde aquí. Las lanchas a reacción no pueden subir mucho más alto por encima de Junior tan cerca del sol."

"Pero si superamos el límite de dos horas, la Polaris tampoco podrá despegar," comentó Roger secamente.

"Está bien. ¿Está todo listo?" preguntó Connel. "Astro, ¿el reactante está cargado?"

"No, señor," dijo Astro, "pero está todo listo para estibarlo."

"¡Bien!" dijo Connel. "Ahora todos sabemos lo importante y lo peligrosa que es esta operación. No tengo que repetirlo. Quédate aquí en la cubierta de control, Tom, y mantente en contacto con nosotros en Junior en todo momento. ¿Sabes lo que hacer?"

"Sí, señor," respondió Tom. "Esperar y darles una verificación de advertencia minuto a minuto hasta la hora final del despegue."

"Bien," dijo Connel. "Y recuerda, contamos contigo para que nos diga cuándo despegar. Estaremos demasiado ocupados allí para prestar atención."

"Entiendo, señor," respondió Tom. Su rostro era pasivo. Era muy consciente de la responsabilidad.

"Muy bien," dijo Connel finalmente, "¡el resto de vosotros embarcad en las lanchas a reacción! ¡Este será el viaje más caluroso que jamás haremos, y no quiero que se ponga más caluroso!"

En silencio, sus rostros máscaras sombrías, los cinco astronautas salieron de la sala de control, dejando a Tom solo. En ese momento oyó el toser de los cohetes en las lanchas a reacción cuando, una a una, las pequeñas naves espaciales salieron disparadas de la Polaris. De repente, Tom comenzó a temblar al darse cuenta de la importancia de su tarea: la responsabilidad de contar el tiempo para cinco hombres, tiempo que podría costarles la vida. Si cometía un solo error, contado mal por un minuto, la expedición a Junior terminaría no solo en un fracaso, sino en una tragedia.

En cuanto llegó esa idea, Tom la dejó a un lado y se volvió hacia el tablero de control. Ahora no había tiempo para el miedo. Ahora, más que en cualquier otro momento de su vida, tenía que mantenerse alerta y estar preparado para cualquier emergencia. Cuando era pequeño, a menudo había soñado con el día en que, como astronauta, se enfrentara a una emergencia que solo él podía manejar. Y en sus sueños la había cumplido con gran éxito. Pero

ahora que era una realidad, Tom no sentía nada más que un sudor frío brotando de su frente.

Concentró toda su atención en el gran reloj solar del techo. El tiempo ya había comenzado a escabullirse entre los dedos como granos de arena. Habían pasado diez minutos de las dos horas. «Ya deben estar en Junior,» pensó, y encendió el teleceptor. Se centró en la superficie del satélite. Allí, frente a él, estaban las tres lanchas a reacción. El Mayor Connel, Roger, Astro, Alfie y el Sr. Shinny estaban tan cerca que Tom creía poder tocarlos. Estaban descargando la primera unidad del reactor, con Astro y Shinny cavando el hoyo. Tom miró el reloj, se volvió hacia el micrófono y anunció claramente:

"¡Atención! ¡Atención! Corbett a Connel. Una hora y cuarenta y ocho minutos hasta el despegue, una hora y cuarenta y ocho minutos para el despegue."

Pulsó el interruptor y miró la pantalla con creciente emoción. La tripulación del satélite había completado la instalación de la primera unidad de reactor. Los vio despegar en sus lanchas a reacción hacia el segundo lugar. Ajustó el teleceptor e intentó seguirlos, pero desaparecieron. Miró el reloj.

"¡Atención! ¡Atención! Corbett a Connel. Una hora y cuarenta y siete minutos para el despegue, una hora y cuarenta y siete minutos para el despegue."

Sobre la superficie del satélite, en la profunda sombra de un acantilado, cada uno de los cinco terrestres se detuvo involuntariamente al escuchar la advertencia de Tom.

"¡Olvídate del tiempo!" espetó Connel. "¡Por los benditos anillos de Saturno, terminaremos este trabajo aunque sea lo último que hagamos!"

Connel fue a cada una de las figuras de trabajo y ajustó la válvula, regulando el control de la humedad del enfriamiento del aire en sus trajes espaciales. "Bastante calor ahí, ¿eh, chicos?" bromeó mientras paraba a uno y luego al otro para hacer el delicado ajuste, contrarrestando el calor que se iba aumentando cada segundo que

ellos permanecían en el satélite.

"¿Cuánto calor cree que hace, señor?" preguntó Roger.

"Olvida el calor," dijo Connel. "¡Estos trajes fueron diseñados para soportar la temperatura del lado luminoso de Mercurio! Allí hierve, así que supongo que podemos soportarlo aquí por un tiempo."

Uno por uno, Alfie, Shinny, Roger y Astro completaron sus roles asignados, cavando los agujeros, colocando los reactores dentro, progranando el detonador, cubriéndolo, luego reuniendo rápidamente el equipo, reagrupándose en las tres lanchas a reacción y dirigiéndose hacia el siguiente punto. Al aterrizar, salían de la pequeña aeronave casi antes de que el impulsor dejara de disparar, y comenzaban su frenética excavación en la dura superficie.

Una y otra vez, escuchaban la clara y nítida cuenta del tiempo de Tom. Pasaron cinco minutos, luego diez, y antes de que se dieran cuenta, se había desvanecido una media hora completa del precioso tiempo. Completaron la instalación de la segunda unidad y volvieron a subir a las lanchas. Las dos primeras unidades habían sido enterradas en puntos protegidos del sol por acantilados, y habían quedado resguardadas de los rayos ardientes.

Pero, al acercarse a la posición de la tercera unidad del reactor, Connel buscó en vano algo de sombra. Perdió cinco preciosos minutos explorando un área de varios kilómetros, pero no pudo encontrar nada que los protegiera en la llanura.

"Será mejor que os pogáis los protectores de vidrio ultravioleta en los cascos, muchachos," gritó por el comunicador de la lancha. "Va a hacer mucho calor y será peligroso."

"Sí, señor," fueron las respuestas de las otras dos lanchas que volaban cerca.

Roger comenzó a reacondicionar sus cascos espaciales con el cristal oscuro que los protegería de los cada vez más intensos rayos del sol.

"¿Alguna vez has estado fuera con el sol dándote directamente sin protección, Roger?" preguntó Astro.

"No," respondió Roger. "¿Y tú?"

"Una vez," dijo Astro en voz baja. "En Fobos, la segunda luna de Marte. Estuve dirigiendo reactores en los viejos quemadores químicos. En un carguero llamado Astronauta Feliz. Un tubo nos sopló encima. Por suerte estábamos lo bastante cerca de Fobos para hacer un aterrizaje, o la fuga habría alcanzado los tanques de combustible principales y nos habría llevado en pedazos hasta otra galaxia."

"¿Qué pasó?" preguntó Roger.

"Tuve que salir afuera," dijo Astro. "Yo era un novato en la tripulación, así que, naturalmente, tenía que hacer todo el trabajo sucio."

La llamada de advertencia de Tom desde la cubierta de control de Polaris, sintonizada con los comunicadores abiertos de todos las naves a reacción, irrumpió por el altavoz.

"¡Atención! ¡Atención! Corbett a Connel. Una hora y veinte minutos para el despegue. Una hora y veinte minutos para el despegue."

Los dos cadetes se miraron al escuchar la voz de Tom, pero ninguno habló. Finalmente Roger preguntó: "¿Qué pasó en Fobos?"

"Nadie se molestó en decirme que," continuó Astro, "yo tenía que protegerme de los rayos ultravioleta del sol, pues Fobos no tenía atmósfera. Ese era uno de mis primeros saltos al espacio y yo no sabía gran cosa. Salí y comencé a trabajar en el tubo. Hice el trabajo bien, pero durante las tres semanas siguientes, tuve la cara hinchada y no podía abrir los ojos. Casi me quedo ciego."

Roger gruñó y continuó alineando los cascos de plástico transparente con forma de pecera con los escudos protectores más oscuros.

La voz de Connel resonó en la cabina por el comunicador: "Supongo que será mejor que bajemos y terminemos de una vez. No veo nada que nos brinde protección allí abajo. Aseguraos de que el control de la humedad esté encendido todo el tiempo." ¡Tan pronto como

salgáis de la lancha, la temperatura os golpeará a doscientos grados!"

"Sí, señor," fue la respuesta de Shinny por el intercomunicador. Roger encendió el comunicador y reconoció la orden.

Astro y Shinny siguieron la lancha a reacción de Connel hacia una larga inmersión hasta la superficie del satélite. Salir de la lancha refrigerada a la tórrida superficie desprotegida de la llanura era como entrar en un horno. Incluso con trajes espaciales como protección, los cinco terrestres se vieron obligados a trabajar en relevos en la excavación del agujero para la unidad del reactor.

"¡Atención! ¡Atención! Corbett a Connel. ¡Una hora exactamente para el despegue! Una hora, sesenta minutos, para el despegue."

Tom apagó el micrófono del teleceptor y, en la pantalla observó a sus compañeros espaciales trabajar bajo el sol abrasador. Iban por delante del tiempo. Una hora para completar dos unidades más. Tom se permitió un suspiro de esperanza y alivio. Aún podrían arrebatar el satélite de cobre de la poderosa atracción del sol.

De repente, Tom escuchó un sonido detrás de él y se dio la vuelta. Sus ojos se abrieron con horror.

"¡Loring!" jadeó.

"Quita la mano de ese micrófono, Corbett," gruñó Loring; "O te congelaré!

"¿Cómo… cómo has salido?" Tom tartamudeó.

"Tu amigo, Manning," se burló Loring con una breve risa, "decidió que quería plancharme las orejas. Así que lo dejé. Estaba tan ansioso por hacerme perder algunos dientes que no se dio cuenta de la cuchara que me escondí!"

"¿Cuchara?" preguntó Tom con incredulidad.

"Sí," dijo Mason, atravesando la puerta, con una pistola de rayos paralelos apuntando a Tom. "Unos pocos dientes por una cuchara. Un buen trato. Esperamos a que tus amigos abandonaran la nave, y

luego cortocircuité la cerradura electrónica del calabozo."

Tom miró a los dos hombres con incredulidad.

"Muy bien, Corbett, ve a ese tablero de control," gruñó Loring, apuntando a Tom con la pistola de rayos paralelos. "Vamos a volver a Tara."

"¿A Tara?" exclamó Tom. "Pero el mayor Connel y los demás... están... están en el satélite. ¡Si no los recojo, caerán al sol!"

"Bueno, eso no está tan mal," se burló Loring. "Oye esto, Mason. Si no nos quedamos y los recogemos, ¡caerán al sol!"

Mason se rió con ganas y avanzó hacia Tom. "Sólo me arrepiento de una cosa, Corbett. Que no pueda quedarme para ver fritos a Connel y a Manning! ¡Ahora saca este cascarón de aquí y hazlo rápido!"

Capítulo 19

"¡Mayor!" gritó Astro. "¡Mire! ¡La Polaris! ¡La Polaris está despegando!"

Los cinco terrestres miraron hacia la plateada nave espacial que desaparecía rápidamente en el claro vacío azul del espacio. Sin dudarlo, Connel corrió hacia la lancha a reacción más cercana y rugió en el comunicador.

"¡Corbett! ¡Corbett! ¡Adelante, Tom!"

Esperó, el silencio del altavoz era más amenazador que cualquier cosa que el astronauta hubiera encontrado antes. Una y otra vez, el oficial de la Guardia Solar intentó contactar con el cadete en la Polaris. Finalmente se volvió hacia los cuatro tripulantes que rondaban la lancha a reacción, esperando contra toda esperanza.

"Sea lo que sea," dijo, "estoy seguro de que Tom está haciendo lo correcto. ¡Vinimos aquí para hacer un trabajo y lo vamos a hacer! ¡Moveos! Aún tenemos que preparar el resto de estas unidades de reactor."

Sin una palabra, los cinco hombres regresaron a sus pequeñas lanchas y siguieron a su oficial al mando.

El sol crecía y el calor se intensificaba a cada minuto, pues cada minuto los acercaba casi dos mil kilómetros a la cegadora superficie del sol. Con los mecanismos de control de humedad y enfriamiento de los trajes espaciales operando a su máxima capacidad, pero brindando poco alivio, Alfie, Roger, Shinny y Astro enterraron la cuarta unidad y se dirigieron al quinto y último emplazamiento. De vez en cuando, uno de ellos se volvía y lanzaba una rápida mirada al espacio azul que se elevaba sobre sus cabezas, esperando encontrar que el crucero espacial hubiera regresado. O bien, aguzaban el oído para oír la voz de Tom contando los minutos. Pero no veían ni oían nada. Se concentraron en su tarea, trabajando como demonios para completar las instalaciones según lo planeado. No podían detenerse ahora para preguntarse qué había sucedido

con la Polaris, ni siquiera esperar su rápido regreso. Tenían un trabajo que hacer y lo hacían de manera silenciosa, eficiente y segura.

Astro se puso de pie, pequeña pala en mano colgando al lado. Observó a Roger y Alfie traer las última unidad del reactor desde la lancha a reacción del mayor Connel. La bajaron suavemente por el agujero y dieron un paso atrás mientras Shinny, bajo la atenta mirada del Mayor Connel, colocaba el detonador. Shinny dio un paso atrás y Astro comenzó a tapar la caja de plomo.

"Ya está," dijo Connel. "¡Hemos terminado!"

Lo que Connel quería decir era que habían terminado con la colocación de las unidades del reactor, pero supo de inmediato que sus palabras habían sido interpretadas como algo que cada uno sentía pero que no se había atrevido a poner en palabras.

Connel comenzó a corregir este malentendido, pero se contuvo a tiempo. Pensó que no estaría bien que pusiera excusas por lo que sabían que era la verdad.

"Está bien, todos a mi lancha," espetó. "Astro, tú y Roger sacad todo el combustible de las otras lanchas y vertedlo en la mía. Estaremos apretados, pero cabemos todos en una nave. No sirve de nada derrochar combustible."

Astro y Roger se dedicaron a la tarea de vaciar el combustible de sus lanchas y cargarlo en la de Connel.

Alfie se acercó para unirse a ellos, mientras Shinny y Connel escudriñaban el cielo en busca de alguna señal de la Polaris.

"Esta es una situación desesperada, ¿no es así, Roger?" preguntó Alfie.

"A priori, yo diría que sí," dijo Roger arrastrando las palabras, "pero con dos grandes osos polares como Astro y el mayor Connel, no creo que tengamos muchos problemas."

"¿Por qué no?" preguntó Alfie.

"¡Porque podemos dejarlos salir para que empujen!"

"Y si eso no funciona," resopló Astro, "dejaremos salir a Manning para que hable de sí mismo. Eso debería darnos suficiente gas para alejarnos de este pedazo de cobre."

"Creo," dijo Alfie enfáticamente, "que me estás tomando el pelo, Manning."

"Vaya, ¿qué te dio esa idea?" preguntó Roger en tono herido.

"Esta es una situación seria, ¿no?" preguntó Alfie, mirando a Astro.

"Claro que lo es, Alfie," dijo Astro con seriedad, "Y yo soy el primero en decir que estoy un poco asustado"

Alfie sonrió. "Me alegro mucho de que hayas dicho eso, Astro," dijo, "Porque me siento exactamente igual." Se dio la vuelta y caminó hacia el mayor Connel.

"¿Por qué le has dicho eso?" siseó Roger a Astro. "¿Qué intentas hacer? ¿Hacer feliz al pequeñajo o algo así?"

"¡Míralo!" dijo Astro. "Soy el doble de su tamaño. Ahora pensará que si un grandullón como está asustado, el también tiene derecho a estarlo."

Roger gruñó apreciando la forma en que Astro había tratado los temores de Alfie y se volvió hacia la carga del combustible.

El mayor Connel se acercó y los observó transferir lo último del combustible a los tanques.

"¿Cuánto tienes ahí, Astro?" preguntó.

"Yo diría que lo suficiente para mantener el vuelo durante unas tres horas, señor. Teniendo en cuenta una carga tan grande."

"Hmmm," reflexionó Connel. "¿Sabes? que nos enfrentamos a grandes obstáculos, ¿no?"

Roger y Astro asintieron.

"Si Tom no regresa pronto, estaremos tan cerca de la atracción del sol que ni siquiera una nave del tamaño de la Polaris podría salir de ella."

"¿Cuánto tiempo tenemos, señor?" preguntó Roger.

"No demasiado, Manning," dijo Connel. "Por supuesto, podemos despegar en la lancha y recorrer unos cien kilómetros, en caso de que Tom regrese. Entonces no tendrá que traer la Polaris hasta aquí. Pero si se nos acaba el tiempo allá arriba, tendremos que volver a Junior y arriesgarnos a que no caiga en las garras del sol."

Hubo una pausa mientras Astro y Roger consideraban esto.

"Eso significaría," preguntó Roger, "que estaríamos aquí cuando las unidades del reactor estallen, ¿no es así, señor?"

"Así es, Manning," dijo Connel, admitiendo el peligro. "Aunque Junior fuera expulsado de la fuerza del sol, no podríamos sobrevivir a las explosiones."

"¿No podríamos despegar en la lancha a reacción y luego aterrizar después de las explosiones, señor?" preguntó Astro.

"Sí," admitió Connel, "podríamos hacer eso. Pero la radiactividad sería tan poderosa que no duraríamos mucho más que unos pocos días. No tenemos equipo antirradiación. Ni siquiera comida ni agua." Hizo una pausa y examinó el cielo. "No," dijo con una voz sorprendentemente casual, "la única forma en que podemos salir de esta es que Tom vuelva a buscarnos."

Shinny y Alfie se acercaron y se unieron al grupo alrededor dla lancha. Nadie dijo nada. No había nada que decir. Cada uno de ellos sentía el calor ardiendo por su traje espacial. Cada uno sentía el mismo miedo tensándole la garganta. No había nada que decir. El Polaris no estaba a la vista, el cielo estaba vacío de todo excepto por Alpha Centauri, la gran masa de gases ardientes que antaño todos habían visto solo como una silenciosa y centelleante estrella en los cielos, sin soñar que algún día los iba a arrastrar implacablemente hacia su yo fundido.

Tom Corbett tenía un plan.

Se sentó en el tablero de control del gran crucero espacial, aparentemente observando las agujas y los indicadores en el panel, pero su mente corría desesperadamente. El plazo de dos horas acababa de pasar. El gran reloj solar había pasado su manecilla roja más allá del último segundo. Solo un milagro podría salvar a los cinco hombres sobre Junior ahora. Pero Tom no contaba con un milagro. Contaba con su plan.

"¡Sigue conduciendo este cascarón espacial, Corbett!" ordenó Loring detrás de él. "¡Mantengan los cohetes abiertos de par en par!"

"Escucha, Loring," suplicó Tom. "¿Qué tal si les doy un respiro a esos tipos? Si no los recojo, morirán todos."

"Eso no está tan mal," gruñó Mason.

"Mira," dijo Tom desesperadamente, "te prometo que no te pasará nada. Te dejaremos libre y..."

Loring lo interrumpió. "¡Cierra el pico y concéntrate en los controles! Tú y el Mayor Connel y los otros chusmas son los únicos tipos entre que yo quede libre o que regrese a un asteroide prisión. Así que no creerás que voy a dejar que sigan con vida, ¿verdad?" Él sonrió torcidamente.

"¡Sucio rata espacial!" gruñó Tom y de repente saltó del asiento de control.

Loring levantó amenazadoramente la pistola de rayos paralelos. "¡Un paso más y te congelaré tanto que creerás ser un trozo de hielo!" le gritó.

Mason se dirigió al otro lado de la cubierta de control. Tenían a Tom bloqueado a ambos lados.

"Ahora vuelve a los controles, Corbett," gruñó Loring, "o te dejo tieso ahora mismo."

"Está bien, Loring, tú ganas," dijo Tom. Se sentó y examinó el panel de control. Intentó con todas sus fuerzas no sonreír. Loring y Mason

habían caído en la trampa. Ahora ambos estaban separados. Mason permanecía en el lado opuesto de la sala. Tom respiró hondo, cruzó los dedos y puso en acción el siguiente paso de su plan. Extendió la mano y tiró al máximo del interruptor principal de aceleración. La Polaris saltó hacia adelante como si hubiera salido disparado de un cañón.

"Ey," gruñó Mason, "¿qué estás haciendo?"

"Quieres más velocidad, ¿no?" preguntó Tom.

"Está bien," dijo Mason, "¡pero no intentes nada raro!"

"No veo cómo. No dejas de apuntarme con ese paralorrayo," respondió Tom.

Se levantó, pausadamente para no alarmar al nervioso dedo en gatillo de Loring, y se volvió lentamente.

"¿Qué pasa esta vez?" preguntó Loring.

"Te acabo de dar un impulso extra de velocidad. Todo la Polaris acelerará. Ahora tengo que ajustar la mezcla del combustible, de lo contrario, tendremos que limpiar los tubos."

"Sí," se burló Loring. "Bueno, sé que se te da bien en el tablero de control." Hizo un gesto con la pistola de rayos paralelos. "¡Vuelve a sentarte!"

"En la unidad espacial normal, sí," coincidió Tom. "Pero ahora estamos en hiperimpulso. Hay que hacerlo allí," señaló un grupo de válvulas y ruedas en un lado de la cubierta de control; "una de esas ruedas de válvulas."

"Quédate donde estás," dijo Mason. "¡Yo lo haré!" Se movió a la esquina. "¿Cuál es?" preguntó.

Tom tragó saliva y luchó por que no se notara en su voz el terrible nerviosismo. Tenía que sonar lo más casual posible. "La roja. ¡Gíralo a la derecha, fuerte!" dijo él.

Loring se sentó y Mason se inclinó sobre la rueda de válvulas. Le

dio a la rueda un fuerte giro. Se oyó de pronto el sonido de un motor desacelerando en algún lugar dentro de la gran nave. Tom se agarró al borde del tablero de control y esperó. Lentamente al principio, pero seguro, Tom sintió que comenzaba a flotar de su silla.

"¡Ey!" gritó Mason. "¡Estoy… estoy flotando!"

"Son los generadores de gravedad," gritó Loring. "Corbett nos ha engañado. ¡Estamos en caída libre!"

Tom levantó los pies y se empujó tan fuerte como pudo en el panel de control. Salió disparado de la silla y cruzó la sala de control justo cuando Loring disparaba su pistola de rayos. Hubo un fuerte silbido cuando se disparó el arma, y luego el ruido sordo de un cuerpo contra la pared, cuando Loring fue repentinamente empujado por el retroceso de la carga.

Tom se agachó como una araña en la esquina superior de la cubierta de control, con las piernas dobladas debajo de él esperando que Mason disparara. Pero el astronauta más pequeño estaba dando tumbos bocabajo en el centro de la habitación. Cuanto más se esforzaba, más indefenso se volvía. Movía los brazos y piernas en un esfuerzo por nivelarse mientras seguía intentando disparar la pistola de rayos.

Tom vio su oportunidad y se lanzó de nuevo por el aire, directamente hacia el astronauta flotante. Pasó junto a él en el aire. Mason intentó agarrarlo, pero Tom retorció el cuerpo hacia un lado y le quitó la pistola de rayos de la mano.

Se dio la vuelta y centró su atención en Loring, el más peligroso, pues ahora estaba apoyado contra un mamparo esperando a que Tom presentara un blanco fijo. Loring empezó a disparar, pero Tom lo vio a tiempo y salió disparado de la pared hacia la escotilla. Giró el cuerpo por completo y, con el hombro encorvado, disparó a Loring con su pistola de rayos. La descarga alcanzó el objetivo y Loring se quedó rígido, su cuerpo flotó lentamente sobre la cubierta. De espaldas a la pared, preparado para el retroceso, Tom dobló el brazo lentamente y apuntó a Mason. Disparó y el astronauta quedó rígido.

Tom sonrió. Ninguno de los astronautas le iba a causar más problemas ahora. Se impulsó ligeramente hacia la izquierda y se disparó hacia la válvula que Mason había cerrado sin saberlo. Tom la activó y se aferró a un tubo elevado hasta sentir que el tranquilizador tirón de la gravedad sintética lo empujaba hacia la cubierta. Loring y Mason, en las mismas posiciones en las que estaban cuando Tom había disparado, se posaron lentamente en cubierta. Tom se acercó y bajó la vista hacia ambos. Sabía que podían oírlo.

"Para dos astronautas inteligentes como vosotros," dijo Tom, "habéis olvidado la física básica. Las leyes del movimiento de Newton, ¿recordáis? Todo objeto en movimiento tiende a seguir a la misma velocidad a menos que esté influenciado por una fuerza externa. Disparar la pistola de rayos ha sido esa fuerza exterior que os va a lleva directamente a un asteroide prisión ¡Y será mejor que empeceeis a rezar para que yo pueda sacar a esos tipos de ese satélite, porque si no lo hago, terminareeiss friéndoos al sol con nosotros!"

Comenzó a arrastrarlos a una taquilla y liberarlos de los efectos de la descarga del rayo, pero, recordando la condena a muerte y a sangre fría de Connel y los demás en el satélite, decidió dejarlos donde estaban.

Se volvió hacia el tablero de control y encendió el micrófono. Estaba demasiado lejos para captar una imagen en el teleceptor, pero los demás podían oírlo en el audio, si, pensó Tom, aún estaban vivos.

"¡Atención! ¡Atención! ¡Polaris al Mayor Connel! Mayor Connel, ¿puede oírme? Adelante, Mayor Connel, Astro, Roger, alguien, ¡Adelante!"

Se apartó del micrófono y disparó los impulsores de estribor a toda velocidad, haciendo una curva amplia en el espacio y dirigiendo la Polaris de regreso a Junior.

Capítulo 20

"Sólo hay una respuesta, muchachos," dijo Connel. "Loring y Mason han escapado y se han apoderado de la nave. No puedo pensar en ninguna otra razón por la que Tom nos abandonaría así."

La lancha a reacción estaba abarrotada. Alfie, el más pequeño, estaba sentado en el regazo de Astro. Durante más de una hora habían sobrevolado en círculos el satélite de cobre buscando en vano en los cielos circundantes alguna señal de la Polaris.

"Mayor," dijo Roger, quien estaba encorvado sobre el volante de la pequeña nave espacial, "casi nos hemos quedado sin combustible. Será mejor que nos detengamos en el lado nocturno de Junior, el lado alejado del sol. Al menos ahí estaríamos fuera del calor directo."

"Muy bien, Roger," dijo Connel. "De hecho, podríamos seguir moviéndonos hacia el lado nocturno cada hora." Luego añadió en voz baja, pensativo: "Pero nos hemos quedado sin combustible, ¿dijiste?"

"Sí, señor," dijo Roger. "Hay suficiente para bajar." Roger envió la nave en una inmersión poco profunda. De repente, los cohetes se apagaron, al haberse agotado lo último del combustible. Roger deslizó la lancha hasta que esta se posó suavemente en el lado nocturno del planetoide.

"¿Cuánto tiempo antes de que se detonen las unidades del reactor?" preguntó Shinny.

Connel se volvió, pensando que había escuchado algo en los comunicadores, luego respondió a la pregunta de Shinny. "Sólo cuatro horas," dijo.

La tripulación de astronautas salió de la lancha a reacción hacia la tranquila oscuridad del lado nocturno del planeta. No quedaba nada por hacer.

Se sentaron en la dura superficie del planeta, mirando las extrañas estrellas en lo alto.

"¿Sabes?," dijo Astro, "podría ser capaz de configurar algo para convertir algo del uranio 235 en los reactores para alimentar la lancha a reacción."

"Imposible, Astro," dijo Alfie. "Necesitarías un engranaje reductor. Y no solo eso, sino que no tienes herramientas para manejar la masa. Como abras una de esas cajas, la radiación te freirá inmediatamente."

"Alfie tiene razón," dijo Connel. "No hay nada que hacer más que esperar."

El mayor Connel volvió la cara hacia arriba, todo lo que pudo con el enorme casco en forma de pecera, para mirar al cielo. Sus ojos vagaron de un cúmulo de estrellas a otro, desde la resplandeciente Regulus hasta la brillante y poderosa Sirius. Ahogó un suspiro. ¡Cuánto había deseado ver más, y más, y más de lo ancho, lo alto y lo profundo! Recordó sus primeros días cuando era joven en su primer viaje a Luna City; su primera sensación al aterrizar en un mundo alienígena; su patrón, viejo, sabio y paciente, que le había enseñado su credo de astronauta: «Viaja ancho, profundo y alto», le había dicho el patrón al joven Connel, «pero nunca tan lejos, tan ancho o tan profundo como para olvidar que eres un terrícola ni cómo actuar como un terrícola.» Incluso ahora, años después, la voz ronca resonaba en sus oídos. No pasó mucho tiempo después de que conoció a Shinny. Connel sonrió tras el protector de su casco mientras miraba al arrugado astronauta, que ahora era viejo y desdentado, pero que aún tenía el mismo brillo alegre en los ojos que Connel había advertido la primera vez que lo vio. Connel se había alistado como primer oficial en una nave al espacio profundo con destino a Titán. Shinny había subido a bordo y se había presentado a Connel como operador de cohete. Shinny había comenzado rápidamente a rugir en pijama por los pasillos del enorme carguero cantando fragmentos de viejas canciones a todo pulmón. ¡A Connel le había llevado cuatro horas encontrar dónde había escondido Shinny la botella de zumo de cohete! Connel se rió. Miró al anciano con cariño.

"Ey, Nick," dijo Connel dirigiéndose al hombre por su nombre de pila por primera vez, "¿recuerdas la vez que me tomó cuatro horas encontrar esa botella de zumo de cohete que escondiste en ese viejo carguero a Titán?"

Shinny se rió a carcajadas, su voz fina llegó a los auriculares de los demás, así como a los de Connel.

"¡Claro que sí, Lou!" respondió Shinny, usando el primer nombre de Connel. Ahora solo eran viejos astronautas reviviendo viejos tiempos juntos. "¡Qué curioso, sin embargo, nunca supiste que tenía otras dos botellas escondidas en la cámara del tubo!"

"¡Vaya, viejo truhán espacial!" rugió Connel. "¡Me liaste uno buena!"

Roger, Astro y Alfie nunca habían oído el nombre de pila de Connel. Pronunciaron el nombre mentalmente, haciendo coincidir el nombre con el hombre. Desconocidos entre sí, decidieron que el nombre encajaba con el hombre. ¡Lou Connel!

"Dime, Lou," preguntó Shinny, "¿de qué parte del bendito universo vienes? Nunca me lo dijiste."

Hubo una larga pausa. "Un lugar llamado Estados Telfair, en el sur profundo del continente norteamericano. Crecí en una granja cercana. Solía ir a pescar por la noche y mirar las estrellas." Hizo otra pausa. "Me escapé de casa. No sé si alguien aún está allí o no. ¡Nunca regresé!"

Hubo un largo silencio mientras cada hombre imaginaba a un muchacho pescando a altas horas de la noche, descalzo, con los dedos de los pies colgando sobre el agua, un gusano moviéndose en el extremo de un sedal, más interesado en las estrellas que centelleaban en lo alto que en cualquier pez que pudiera pasar nadando y picar el anzuelo.

"¿De dónde eres, Nick?" preguntó Connel.

"Nacido en el espacio," se rió Shinny, "en un carguero de pasajeros que transportaba colonos hasta Titán. Nunca tuve un soplo de aire fresco natural hasta que fui casi un adulto. Nada más que material

sintético bajo las pantallas de la atmósfera. Mi padre era ingeniero de minas. Yo era el único niño. Una noche una pantalla reventó y casi todos murieron asfixiados o congelados. Mi padre y mi madre estaban entre ellos. Despegué después de aquello. Llevo en las profundidades desde entonces. Benditos anillos de Saturno, estaría en una bonita granja cerca de Venusport, viviendo de una pensión si no me hubieras echado de la Guardia Solar."

"Vaya, serás viejo trozo de chatarra espacial," rugió Connel; "debería..." Connel no terminó lo que iba a decir.

"¡Atención! ¡Atención! Roger... Astro... Mayor Connel... ¡Adelante, por favor! ¡Al habla Tom en la Polaris!

Como si hubieran sido alcanzados por un rayo, los cinco astronautas se sentaron erguidos y luego corrieron hacia la lancha a reacción.

"¡Connel a Corbett!" rugió el mayor. "¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido?"

"No tengo tiempo para explicarlo ahora, señor," dijo Tom. "Loring y Mason escaparon y me obligaron a llevarlos a Tara. Me las arreglé para superarlos y volar hasta aquí. Reúnase a unos ciento veinte kilómetros por encima de Junior, señor. ¡Voy a llevar la Polaris!"

"¡No!" gritó Connel. "Eso no sirve de nada, Tom. Nos hemos quedado sin combustible. Hemos gastado todo nuestra energía."

"Entonces espere," dijo Tom con gravedad. "¡Voy a aterrizar!"

"¡No, Tom!" rugió Connel. "No hay nada que puedas hacer. Estamos demasiado lejos de la atracción del sol. ¡Nunca volverás a despegar!"

"No me importa que todos terminamos como cenizas," dijo Tom, "¡Voy a aterrizar!"

Se cortó la comunicación y; desde la izquierda, sobre el horizonte cercano del pequeño satélite, la Polaris apareció a la vista como un dragón de fuego de cola roja. Se disparaba en una maniobra previa al aterrizaje antes de comenzar a caer lentamente hacia la superficie del planetoide.

Tan pronto como la Polaris tocó el suelo, se abrió la compuerta de la esclusa de aire. Desde la portilla de cristal de la cubierta de control, Tom saludó a los hombres debajo de él.

Shinny subió a la esclusa primero, seguido de Astro, Alfie, Roger y Connel. Mientras Roger y Alfie cerraban la escotilla, Astro y Connel ajustaban la presión de oxígeno y luego esperaron a que el suministro volviera a la normalidad. Por fin cesó el siseo del aire y se abrió la escotilla de la parte interior de la nave. Tom los saludó con una sonrisa y una mano extendida.

"¡Me alegro de aceptaros a bordo!" bromeó.

Después de que terminó la palmada en la espalda entre Roger, Astro y Tom, Connel interrogó a Tom sobre su extraña partida del satélite.

"Fue como le dije, señor," explicó Tom. "Salieron del calabozo," hizo una pausa, sin mencionar la cuchara que había usado Loring ni cómo la había conseguido. "Me obligaron a llevarlos a Tara. Me las arreglé para desconectar la gravedad y les di una lección de lucha en caída libre. Aún están congelados en la cubierta de control."

"¡Buen chico!" dijo Connel. "Iré a hablar con ellos. Mientras tanto, Astro, tú, Shinny y Alfie bajad a ver cuánto combustible tenemos en el suministro de emergencia. Vamos a necesitar cada gramo que tenemos."

"Sí, señor," dijo Astro. Los tres se apresuraron a subir a la cubierta de energía.

Connel siguió a Roger y a Tom hasta la cubierta de control. Loring y Mason aún estaban en las posiciones en las que estaban cuando Tom había disparado su paralorrayo. Connel tomó la pistola de Tom y desactivó el neutralizador. Disparó dos veces y los dos hombres se levantaron temblorosos. Connel se enfrentó a ellos con los ojos encendidos.

"¡Voy a decir muy poco a esas dos ratas que corretean por el espacio!" espetó Connel. "No voy a encerraros en el calabozo; no voy a encerraros de ninguna manera. Pero si hacéis un movimiento en falso, ¡os someteré a un consejo de guerra aquí y ahora! Ya

habéis causado demasiados problemas con vuestro egoísmo, al poner en peligro la vida de seis hombres. Si no logramos salir de este satélite, será porque nos pusiste en esta posición. Ahora id abajo y mirad qué ayuda podéis brindar a Astro. Y si alguno de vosotros alzáis la voz por.poco siquiera, voy a dejar que ellos se ocupend de vosoteos! ¿Está eso claro?"

"¡Sí, señor!" murmuró Loring. "Lo entendemos, señor. Y haremos todo lo que podamos para," para," compensar lo que hemos hecho."

"¡Lo único que puedes hacer es mantenerte fuera de mi vista!" dijo Connel fríamente.

Loring y Mason dejaron atrás a Connel y bajaron a la cubierta de energía.

"¡Atención! ¡Atención! ¡Cubierta de controll, Mayor Connel! Señor, al habla Roger en el puente del radar. Acabo de revisar las cifras de Tom en el empuje, señor, y no estoy seguro, pero creo que hemos pasado el punto de seguridad."

"Gracias, Roger," dijo Connel. Se volvió hacia el intercomunicador. "¡Cubierta de energía, adelante.!"

"Cubierta de energía, recibido.," dijo Astro.

"¿Loring y Mason están ahí?" preguntó Connel.

"Sí, señor. Los estoy poniendo a trabajar en la cámara de radiación, señor. ¡Estoy apilando todo el combustible de emergencia en las cámaras de reacción para intentar acumular un gran empujón!"

"¿Por qué?" preguntó Connel.

"Oí lo que dijo Roger, señor," respondió Astro. "Esto nos dará suficiente empuje para salir de la gravedad del sol, pero hay otra cosa que puede que no lo soporte."

"¿El qué?" preguntó Connel.

"Las bombas de refrigeración, señor," dijo Astro. "Es posible que no puedan manejar una carga tan caliente como esta. Podríamos

explotar."

Connel lo consideró un momento. "Haz lo que puedas, Astro. Tengo absoluta fe en ti."

"Sí, señor," dijo Astro. "Y gracias. Si este cascarón no se cae a pedazos, la haré escapar."

Connel se volvió hacia Tom, quien estaba listo en el panel de control.

"Todo listo, señor," dijo Tom. "Roger me ha dado una trayectoria clara adelante y arriba. ¡Lo único que necesitamos es el empujón de Astro!"

"A menos que Astro pueda generar suficiente presión en esas bombas de refrigeración para manejar la sobrecarga de combustible reactante, estamos acabados. ¡Saldremos de esta luna en pedazos!"

"Cubierta de potencia a cubierta de control."

"Adelante, Astro," dijo Tom.

"Casi listo, Tom," dijo Astro. "La presión máxima es de ochocientos y ahora estamos en siete setenta."

"Muy bien, Astro," respondió Connel. "Déjala acumular hasta un par de ochocientos y dispara a mis órdenes."

"Sí, señor," dijo Astro.

Las poderosas bombas de la cubierta de energía empezaron a chirriar. Cada vez más alto aumentaron la presión, hasta que la nave comenzó a balancearse bajo la tensión.

"En espera, Tom," ordenó Connel, "y si alguna vez has girado esos diales, ¡gíralos ahora!"

"Sí, señor," respondió Tom.

"Presión acumulada hasta siete noventa y uno, señor," informó Astro.

"¡Atención! ¡Todos los miembros a los cojines de aceleración!"

Uno a uno, Shinny y Alfie, Loring y Mason, Astro y Roger se sujetaron a los cojines de aceleración. Todos colocaron el escáner de radar y se amarraron al puente del radar. Connel se dejó caer en la silla del segundo piloto y se hizo cargo de los controles de la nave, sujetándose, mientras Tom a su lado hacía lo mismo. El zumbido de las bombas era ahora un silbido agudo que ahogaba todos los demás sonidos, y la gran nave se estremeció bajo la fuerza del empuje que se acumulaba en su corazón.

Delante del panel de control de la cubierta de energía, Astro observó cómo el manómetro aumentaba de manera constante.

"Presión hasta siete noventa y seis, señor," exclamó Astro.

"¡En dspera para disparar todos los impulsores!" rugió Connel.

"Que sea bueno, gigante venusiano," gritó Roger.

"¡Siete noventa y nueve, señor!" gritó Astro.

Astro observó que el indicador de presión se deslizaba lentamente hacia la marca de los ochocientos. En toda su experiencia, nunca lo había visto por encima de los setecientos. Shinny, también, sus alegres ojos brillaban, había visto cómo la aguja dudaba de un lado a otro y finalmente alcanzaba la marca de los ochocientos.

"Ochocientos, señor," gritó Astro.

"¡Dispara todos los impulsores de popa!" rugió Connel.

Astro accionó el interruptor. En el tablero de control, Connel vio una luz roja encendida. Bajó el interruptor principal con fuerza.

Eso fue lo último que él recordó.

Capítulo 21

Tom se agitó inquieto. Giró la cabeza de un lado a otro. Tenía la boca seca y una sensación de malestar en la boca del estómago. Abrió los ojos y miró fijamente el panel de control frente a él. Instintivamente, empezó a comprobar los diales y los indicadores. Se decidió por uno y esperó a que su corazón palpitante volviera a la normalidad. Sus ojos se aclararon y el medidor apareció a la vista. Leyó las cifras en voz alta:

"Distancia en kilómetros desde la partida: veintitres mil doscientos..."

Algo hizo clic. Dejó escapar un chillido.

"¡Lo logramos! ¡Lo logramos!" Se giró y empezó a golpear a Connel en la espalda. "¡Mayor Connel! ¡Mayor, despierte, señor! Lo logramos. ¡Estamos en órbita! ¡Junior está muy por detrás de nosotros!"

"Uh... eh... qué, Tom? ¿Qué?" Dijo Connel, rodando los ojos. En toda su experiencia, nunca había sentido tanta aceleración. Echó un vistazo al indicador.

"Distancia," leyó, "veinrlticuatro mil kilómetros." El indicador siguió contando.

"¡Lo logramos, señor!" dijo Tom. "¡Astro nos dio una patada en los pantalones que nunca olvidaremos!"

Connel sonrió ante la emoción de Tom. Había motivos para estar emocionado. Estaban libres. Se volvió hacia el intercomunicador, pero antes de que pudiera hablar, la voz de Astro rugió en sus oídos.

"Informe desde la cubierta de energía, señor," dijo Astro. "Aceleración normal. Solicito permiso para abrir el hiperimpulsor."

"¡Permiso concedido!" dijo Connel.

"Mire, señor," dijo Tom, "en la pantalla del teleceptor. ¡Junior está recibiendo los empujones!"

Connel miró la pantalla. Una a una, las nubes blancas de polvo de las unidades del reactor explotaban en la superficie del planetoide. Pronto todo el satélite se cubrió con la nube radiactiva.

"Me alegro de que no estemos en ese bebé ahora," susurró Tom.

"¡Lo mismo digo, astronauta!" dijo Connel.

Era la noche del primer día completo, después de haber dejado a Junior, antes de que comenzara la rutina del largo viaje de regreso a la Academia Espacial. La Polaris estaba en control automático y todos estaban reunidos en el comedor.

"Bueno, muchachos," dijo Connel, "nuestra misión es un éxito total. He rerminado de hacer un informe para la Academia Espacial y todo va bien. Por cierto, Manning," continuó, "si estás preocupado por haber roto tu palabra cuando escapaste de la estación espacial, olvídalo. Lo compensaste con creces con tu trabajo para ayudarnos a atrapar a Loring y Mason."

Roger sonrió agradecido y tragó. "Gracias, señor."

Loring y Mason, que habían comido separados de los demás, escuchaban en silencio. Loring se levantó y se enfrentó a ellos. La habitación quedó en silencio.

Loring se sonrojó.

"Me gustaría decir algo," comenzó vacilante, "¿si puedo?"

"Adelante," dijo Connel.

"Bueno," dijo Loring, "es difícil decir esto, pero Mason y yo, bueno..." Hizo una pausa. "No sé qué nos pasó en el primer viaje aquí, Mayor, pero cuando vimos ese satélite y el cobre, algo salió mal aquí dentro de la cabeza. Una cosa llevó a la otra y, antes de que nos diéramos cuenta, estábamos metidos en ello tan profundo que no pudimos salir."

Los rostros alrededor de la mesa eran pétreos, inexpresivos.

"Nadie merece menos consideración que Mason y yo. Y... bueno, usted mismo sabe, señor, que fuimos bastante buenos astronautas en su tiempo. Nos eligió para el primer viaje a Tara con usted."

Connel asintió.

"Y bueno, señor, lo principal es sobre Jardine y Bangs. Sé que nos van a enviar al asteroide prisión y lo merecemos. Pero hemos estado pensando, señor, en las esposas e hijos de Jardine y Bang. Ellas deben de haberlo perdido todo en el accidente de la Annie Jones, así que si el mayor recomendara que Mason y yo fuéramos enviados a las minas de Titán, en lugar de a la roca, podríamos enviar nuestros créditos para ayudar a cuidar a los niños y todo."

Nadie habló.

"Eso es todo," dijo Loring. Él y Mason salieron de la habitación.

Connel miró alrededor de la mesa. "¿Y bien?" preguntó. "Esta es vuestra primera lucha con la justicia. Cada uno de vosotros, Tom, Roger, Astro, Alfie, os vais a enfrentar a este tipo de cosas durante sus carreras como astronautas. ¿Qué haríais?"

Los cuatro cadetes se miraron, cada uno preguntándose qué diría el otro. Finalmente, Connel se volvió hacia Alfie.

"Tú eres el primero, Alfie," dijo Connel.

"Los enviaría a las minas, señor," dijo Alfie.

La cara de Connel era de impresión. "¿Roger?"

"Lo mismo digo, señor," respondió Roger.

"¿Astro?" preguntó Connel.

"Haría cualquier cosa para ayudar a los niños, señor," dijo Astro, que también era huérfano.

"¿Tom?"

Tom vaciló. "Se merecen la roca, señor. No tengo ningún sentimiento por ellos. Pero si van a la roca, eso no hace más que castigarlos. Si van a las minas, serán castigados y también ayudarán a alguien más. Los enviaría a Titán y los exiliaría de la Tierra para siempre."

Connel estudió a los cadetes un momento. Se volvió hacia Shinny.

"¿Crees que tomaron una buena decisión, Nick?"

"Me gusta lo que el joven Tommy, aquí, dijo, Lou," respondió Shinny. "La mejor parte de la justicia es cuando el hombre mismo sufre por sus propios sentimientos de culpa, en lugar de lo que le haces como castigo. ¡Creo que lo hicieron bien!"

"Está bien," dijo Connel. "Haré la recomendación como se me ha sugerido." De repente se volvió hacia Shinny. "¿Qué hay de ti en todo esto, Nick? No me refiero a que estuvieras compinchado con Loring y Mason. Sé que solo estabas buscando prospecciones y has demostrado ser un verdadero astronauta. Pero ¿qué te sucederá ahora?"

"Te diré lo que me va a pasar," espetó Shinny. "¡Vas a volver a alistarme en la Guardia Solar, aquí mismo! ¡Ahora mismo!"

"¿Qué?" explotó Connel.

"¡Y luego me vas a jubilar, aquí mismo, ahora mismo, con una pensión completa!"

"¿Por qué, viejo arrugado espacial?" De repente miró alrededor de la mesa y vio las caras risueñas de Tom, Roger, Astro y Alfie.

"Está bien," dijo, "pero entre tu alistamiento y tu jubilación, voy a hacerte pulir cada pedazo de bronce en este cascarón espacial, ¡desde la antena del radar hasta los tubos de escape!"

Shinny sonrió con su sonrisa desdentada y miró a Tom.

"Toma el libro de registro, Tommy," dijo. "Esto es oficial. ¡Voy a hacer algo que ningún otro hombre en toda la historia de la Guardia Solar hizo antes!"

"¿El qué, Sr. Shinny?" preguntó Tom con una sonrisa.

"¡Alístarse, servir y retírarme con una pensión completa, todo en la misma maldita nave espacial, la Polaris!"

FIN